

A sepia-toned portrait of a man with a long, full white beard and mustache. He is wearing a dark, high-collared ecclesiastical robe with a large white cross on the chest and a white lace stole. He also wears a dark, square-topped hat. He is seated, with his right hand resting on a dark wooden chair. The background is a plain, light-colored wall.

LUIS AMIGÓ,

religioso,
fundador
y obispo

AGRIPINO GONZÁLEZ, T. C.

LUIS AMIGÓ,
religioso, fundador y obispo

LUIS AMIGÓ,
religioso, fundador y obispo

AGRIPINO GONZÁLEZ, T.C.

*A mis hermanos y hermanas,
los religiosos terciarios capuchinos,
en el 150 aniversario del nacimiento
de nuestro buen Padre y Fundador.*

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados

© Agripino González Alcalde, T.C.

Depósito Legal: V-3802-2003

Maquetación e impresión: Martín Impresores, S.L. - Valencia

ÍNDICE

Presentación	11
1. Marco histórico.	15
2. La saga de los Amigó.	29
3. Formación humana y religiosa.	43
4. Ponerse a fraile.	57
5. El convento de La Magdalena.	73
6. Comisario de la Orden Tercera.	89
7. El progreso siempre creciente... ..	103
8. De Masamagrell a Torrente.	117
9. Pruebas y amarguras.	133
10. La Cuestión Amigoniana.	149
11. El Padre Luis Ministro Provincial.	165
12. A Madrid, Villa y Corte.	179
13. Id al mundo entero... ..	193
14. Camino del Principado Catalán.	207
15. Su vida en Solsona.	221
16. A la Ciudad del Agua Limpia.	235
17. Su ministerio pastoral en Segorbe.	251

18. Silueta espiritual de Luis Amigó.	265
19. Últimos días de Mons. Luis Amigó.	277
20. Ocaso del Patriarca.	291

PRESENTACIÓN

La presente obra del padre Agripino González, *Biografía de Luis Amigó*, es en realidad una reelaboración de la que –con el título *Fray Luis Amigó y Ferrer. Biografía*– escribió y publicó el propio autor en 1983.

Tiene, sin embargo, la *biografía* que aquí se presenta, notables novedades con relación a la anterior, que afectan no sólo a la estructura misma de la obra, sino también a la concepción y desarrollo de algunos de los capítulos.

La estructura del actual escrito se podría dividir perfectamente en tres partes, a la vez diferenciadas y conjuntadas.

La primera de ellas –compuesta de los tres capítulos iniciales– comprende el marco histórico en que nace Luis Amigó, los años de su infancia, y los de su juventud hasta que decide –como el propio autor expresa en el título del cuarto capítulo de la obra– *ponerse a fraile*.

Dicho de otro modo, en esta primera parte el autor desarrolla en tres capítulos lo que en la biografía de 1983, desarrollaba en un solo capítulo, entonces titulado *Retablo de infancia*.

La que se podría considerar *parte segunda* –la más amplia y substancial– recoge, desde el capítulo cuarto al decimotercero, ambos inclusive, la experiencia religiosa y fundacional del protagonista. Dignos de especial mención son el capítulo *séptimo –El progreso siempre creciente...–* en el que se narra la fundación de las *Hermanas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia*; el *octavo –De Masamagrell a Torrente–* en el que se hace lo propio con la fundación de los *Religiosos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores*; el *noveno –Pruebas y amarguras–* donde quedan reunidos, formando unidad temática, los dolores y sufrimientos que las dos Congregaciones amigonianas ocasionaron a su Padre y Fundador, y finalmente, el *duodécimo y decimotercero –A Madrid, Villa y Corte e Id al mundo entero...–*, respectivamente– en los que se da cuenta de la *apertura misionera* de las dos fundaciones religiosas llevadas a cabo por el Padre Luis. No deja tampoco de ser especialmente interesante en esta, por así decir, *segunda parte* de la obra, el capítulo *décimo –La Cuestión Amigoniana–* en el que se profundiza en el doloroso problema surgido

entre los Terciarios Capuchinos cuando su original proyecto de vida –en el que religiosos laicos y religiosos clérigos estaban llamados a vivir en armonía y sin distinciones– entró en conflicto con las *Normas* emanadas de la Santa Sede en 1901 y con la legislación inmediatamente posterior de la Iglesia.

Para terminar, *la tercera parte* –compuesta por los capítulos que van desde el decimocuarto al vigésimo– recrea los años de la vida de Luis Amigó, desde que accede al episcopado hasta que pasa apaciblemente a la *Casa del Padre*. De esta tercera y última parte, merece destacarse, sin duda, de forma particular el capítulo *decimooctavo*, en el que el autor traza una *silueta espiritual* del Padre Luis Amigó.

En cuanto al estilo de la presente obra hay que resaltar que ha conservado en buena medida el procedimiento narrativo mediante *sketchs*, que se veía en la homónima obra de años antes, y ha mantenido –y perfeccionado– el ropaje, a menudo *exuberante, rápido y cálido*, y el *corte clásico, sereno y equilibrado* de que hablaba el propio autor en la presentación que él mismo escribió para su obra en 1983.

Restaría decir que la obra contribuye a incrementar la cultura amigoniana y es un instrumento válido para todo aquél que quiera

seguir profundizando en el conocimiento y cariño a la persona del Padre Luis Amigó y Ferrer, cuando está para cumplirse –el próximo 17 de octubre de 2004– el 150 aniversario de su nacimiento.

Juan Antonio Vives Aguilera

EPLA, 15 de septiembre de 2003
Solemnidad de Nuestra Madre de los Dolores

1. MARCO HISTÓRICO

Aseguran los clásicos que la geografía y la cronología son los ojos de la historia. Integran las coordenadas de la historia. Y constituyen el cañamazo en el que se engarzan las gestas, más o menos humildes o brillantes, de los hombres. Por lo que a la vida del Venerable Luis Amigó se refiere, es decir, a sus etapas de niño, religioso, fundador y obispo -etapas en las que distribuimos toda su vida- ésta se desenvuelve en un marco geográfico que se extiende desde Segorbe y Sagunto hasta las riberas del Segura, en la Comunidad Valenciana. Salvo, naturalmente, los años de formación capuchina y un breve período de seis años que transcurre su vida en el Principado Catalán, como Administrador Apostólico de la diócesis de Solsona. Cronológicamente hablando, por otra parte, cubre casi toda la segunda mitad del siglo XIX y primer tercio del XX. Éste es su marco existencial. Y en este marco encuadramos toda su vida.

Veamos su marco geográfico lenta, despacio-
samente. Hagamos imaginativa, sentimental-
mente, la ruta que hacían los aragoneses o
baturros para bajar al Reino. Recorramos su
mismo itinerario bien mediado ya el mes de
noviembre, cuando bajaban a Valencia del Cid,
años ha, para aprovisionarse de frutos secos
para la Navidad. Sí, contemplemos el paisaje de
las riberas del Mediterráneo en el otoño, la
estación de los frutos, la estación más bella del
año en la huerta levantina.

Apenas abandonamos la meseta, dejamos
atrás los crudos fríos otoñales y nos adentra-
mos por el Valle del Palancia, el tiempo se
encalma, el clima se mitiga y el otoño se mues-
tra amablemente tibio y soleado. Los huertos
descubren pudorosos sus frutos maduros, ya
en sazón.

Cruzamos primeramente Segorbe, la ciudad
del Agua Limpia, abundante, y de una huerta
feracísima. Y nos acordamos de que un día no
lejano será la ciudad residencial del Obispo
Luis Amigó. Y un poquito a la derecha dejamos
Altura, casa noviciado de sus hijas espiritua-
les, las hermanas terciarias capuchinas. Y
seguimos descendiendo lenta, pausadamente,
hasta divisar el Mediterráneo. A la izquierda
vemos Sagunto. Y seguimos con la imaginación

y con la vista hasta lograr alcanzar la vía del mar. Allí, a la derecha, entre naranjales recamados de infinidad de globos dorados por un sol otoñal -al abrigo del Monte Picayo- percibimos Puzol. Su nombre nos recuerda el Puzzuoli del golfo de Nápoles. Posee una gran significación, siempre cordial para nosotros. Es la casa solariega de los Amigó.

Y proseguimos en dirección a Valencia por la antigua carretera de la huerta. Pudiéramos también hacerlo por la vía férrea o, más fácilmente hoy, por la autovía. Pero preferimos seguir la antigua ruta comarcal. Enseguida divisamos El Puig de Santa María, sobre un leve altozano, centro y altar mayor de la Comunidad Valenciana. Alcázar, santuario y ciudadela. Y recordamos las peregrinaciones de Luis Amigó y sus terciarios al Monasterio de Nuestra Señora del Puig. Y, a la entrada del pueblo, pero un poquito más al interior, severamente alineada al borde de la antigua calzada romana, se yergue esbelta, linda, la cartuja del Ara Christi. Es un delicioso monasterio cartujano del siglo XVI. Hoy ha sido bellamente restaurada y devuelta ya a su antiguo esplendor. Es la primera mansión de los hijos espirituales del Venerable Luis Amigó, los terciarios capuchinos.

Y seguimos avanzando por la antigua carretera de Sagunto hacia Valencia. Luego de cruzar el poblado de La Creu, y sin solución de continuidad por lo que a edificaciones se refiere, nos adentramos ya en Masamagrell. Seguimos la carretera, hoy convertida en calle mayor del pueblo y, a la altura del número 80, hallamos la casa natalicia de Luis Amigó. Torcemos luego a la izquierda y, ya en la Plaza de la Constitución, admiramos la iglesia parroquial, en cuya pila bautismal fue bautizado. Giramos a la derecha y vemos el convento de las hermanas terciarias capuchinas. Pasamos y visitamos la iglesita conventual, en cuyo trasagrario reposan sus restos mortales en espera del día de la resurrección.

Sin abandonar todavía el pueblo, cruzamos la vía férrea Valencia-Rafelbuñol y nos acercamos al convento capuchino de La Magdalena. Se halla situado a escasos quinientos metros de la población. Es todo un santuario rodeado de cipreses y naranjales. En él Luis Amigó pasa la etapa más fecunda de su vida religiosa. Es el guardián del convento. Desde él dirige las órdenes terceras. En él escribe las Constituciones de sus hijas e hijos espirituales y, finalmente, en él lleva a cabo la fundación de sus religiosos terciarios capuchinos.

Proseguimos todavía por la antigua carretera comarcal en dirección a Valencia. Cruzamos primero Meliana. Luego, Albalat dels Sorells. Dejamos a la izquierda Alboraya. Y, por la calle de Sagunto -un día todos ellos núcleos florecientes de las órdenes terceras-, alcanzamos las torres ochavadas de los Serranos. Cruzamos el umbral de su desvencijada puerta y nos adentramos ya por las primeras callejuelas de Valencia del Cid o de Valencia la Mayor. Recordamos que Luis Amigó, en la Ciudad del Turia, pasa los primeros veinte años de su existencia. En ella transcurre su niñez. En ella acude a la escuelita de don Sebastián Piedra, en los alrededores del Portal de Valldigna, para aprender las primeras letras. Durante ocho años se forma en el seminario conciliar. Y cada día, como todo buen valenciano que se precie, al caer la tarde y luego de despedirse de la Virgen de los Desamparados, se recoge en su casa familiar de la calle Sant Bertomeu, 5.

Luego del merecido descanso en la Ciudad del Turia nosotros, de nuevo imaginativa, sentimentalmente, proseguimos nuestra peregrinación. Abandonamos la urbe levantina por la Puerta Sucronense. Nos dirigimos hacia el sur, hacia el Xúquer o Júcar. Seguimos por la calle de San Vicente Mártir, o de la Roqueta, en dirección a Torrente. Vamos, concretamente,

en busca del convento alcantarino de Nuestra Señora de Monte Sión. Se yergue el delicioso convento sobre un leve alcor o altozano del pueblo, morada de los religiosos terciarios capuchinos. ¡Con qué amor les visitaba el Venerable Luis Amigó! ¡Cómo gozaba, con la liturgia conventual de sus hijos, las tardes de domingo!

Por necesidad hemos de avivar el paso. Tenemos que alcanzar todavía L´Ollería. Y se encuentra a 75 kilómetros de la Ciudad del Turia, en el Valle de Albaida. Es un pueblo de secano, al abrigo del puertecillo de su mismo nombre. Allí, en el convento capuchino de los santos Abdón y Senén, Luis Amigó deja seis de los mejores años de su vida dedicado totalmente a las órdenes terceras dependientes del convento, y a los jóvenes seminaristas seráficos residentes en el mismo.

Finalmente hemos de dar un gran salto hasta Orihuela, en la Huerta del Segura. De su capuchino convento Luis Amigó es guardián. Y de él sale elegido por la Divina Providencia para obispo de Tagaste y Administrador Apostólico de Solsona, en las Montañas del Principado Catalán. Desde el punto de vista de la geografía hemos pasado paulatinamente de las tierras del naranjo, a las del algarrobo y del olivo, para

recalar finalmente en la Huerta del Segura. Cronológicamente, son los casi ochenta años de la existencia terrenal de Luis Amigó.

Al panorama geográfico de fondo delineado cabe dotarle seguidamente de un marco político, religioso y social adecuado. La empresa -la verdad- no resulta nada fácil. Nada fácil, ni sugestiva, ni atrayente, la verdad. Pero vamos al ello.

El siglo XIX español, especialmente en su segunda mitad, y primer tercio del XX, se caracteriza por una gran inestabilidad en todos los órdenes. Es efecto, sin duda, de las constantes luchas internas. Intestinas, dicen los entendidos. Ellos sabrán el porqué.

Los diversos gobiernos difícilmente se pueden mantener largo tiempo en el poder. Esta inestabilidad da lugar a una larga etapa, mal llamada de la alternancia, del tortilleo o de los cesantes, que tanto juego proporciona a la novela realista. El siglo llega a conclusión con el desastre -decadencia con ribetes de postración nacional- de 1898. Por aquellas calendas España no es sino el fiel reflejo de las características generales europeas de la época. Es decir, invasiones extranjeras, sublevaciones, luchas fratricidas, exclaustración, cambios de regímenes, incluso de dinastías, luchas parla-

mentarias,... Es una época cargada de tensiones, y también de esperanzas.

Por otra parte el liberalismo, que hunde sus raíces en la Constitución de Cádiz de 1812 -¡Viva la Pepa!-, se apodera de las clases políticas dirigentes. Dicho liberalismo, a más del movimiento romántico, propicia y alienta el despertar de las independencias de las naciones hispanas.

Todo ello produce la quiebra de casas comerciales, déficit presupuestario, inflación galopante y precios disparados y disparatados. A todo esto es preciso añadir la terrible peste del cólera que visita pueblos y ciudades con mayor frecuencia de la que fuera de desear. Y también el hambre se generaliza. Y se enseñorea de la nación española. La pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas causa un trauma en la conciencia nacional. Produce un descrédito en las estructuras políticas y sociales. Y conduce a un radicalismo, cada vez más pronunciado, a favor de las proclamas de la Internacional socialista y de las ideas anarquistas.

Las huelgas en las zonas industriales, y aun los atentados terroristas, están a la orden del día en los dos primeros decenios del siglo siguiente, el siglo XX. El fruto lógico y natural es la Semana Trágica de Barcelona, con el con-

siguiente incendio de iglesias y conventos, asesinatos y luchas callejeras. Hechos que se vuelven a repetir con la proclamación de la Segunda República en 1931, la rebelión socialista de Asturias en 1934 o la persecución religiosa de 1936. Todo ello, como es natural, origina las suficientes lacras sociales como para que florezca el drama romántico y la novela realista. ¡Ah!, y también la fundación y el florecimiento del suficiente número de congregaciones religiosas destinadas a mitigarlas. Entre éstas hay que enumerar a las hijas e hijos espirituales del Venerable Luis Amigó.

A las clases oprimidas se les ofrece la posibilidad de un rescate social, mientras la Iglesia todavía sigue predicando la vieja teoría de la resignación. Bien es verdad que la encíclica *Rerum Novarum*, de León XIII, de finales de siglo, representa un momento muy significativo para la difusión y confirmación de la doctrina social de la Iglesia.

Políticamente hablando, los avatares de la España del siglo XIX fácilmente se sintetizan en tres guerras carlistas. Cambio de dinastía, con don Amadeo de Saboya. Cambio de régimen, con la Primera República. Restauración borbónica, con Alfonso XII. Y pérdida definitiva de las colonias, en 1898. En el siglo XX nos

encontramos con la etapa de las alternancias, la dictadura de Miguel Primo de Ribera y la Segunda República. Y en este marco de inseguridad, como consecuencia lógica y natural, la muerte violenta de varios presidentes de la nación española.

Pero lo que ciertamente maravilla todavía más es el hecho de que, en medio de este marasmo nacional, sea el pueblo llano, dotado de las más altas virtudes cívicas y religiosas, el salvador de la empresa nacional. El pueblo sencillo, agrupado en infinidad de asociaciones de carácter caritativo, religioso y social, mantiene vivo el rescoldo de las esencias nacionales de Dios, Patria y Rey. En el caso del Venerable Luis Amigó, es don Gregorio Gea, la Escuela de Cristo, la Orden Tercera, y el apoyo de algunas almas buenas, quienes le conducen al claustro, aunque para ello tenga que cruzar los Pirineos y pasar a Francia para poder tomar el hábito capuchino.

Como marco social y religioso no podemos olvidar que la evolución de la sociedad española, bajo los gobiernos liberales, no produce grandes progresos sociales. Sigue siendo en su mayor parte rural y campesina. Y, generalmente, al servicio de latifundistas, de modo muy especial en las regiones meridionales. Por lo

que se refiere al desarrollo minero e industrial no se progresa tan rápidamente como en otras naciones europeas. Sí, existe un proletariado obrero que se desarrolla especialmente en las provincias vascongadas, Asturias, Cataluña y Valencia. Pero la verdad es que hasta finales del siglo XIX, bajo el influjo de Marx y Bakunín, la población obrera no adquiere conciencia de su fuerza. Y la agrupación en sindicatos de ámbito nacional y de signo socialista y anarco-sindicalista no se da hasta bien entrado ya el siglo XX. Prácticamente hasta 1931. Por lo demás el nivel de vida del pueblo es generalmente bajo.

Ciertamente que la cultura popular adquiere un nivel bastante aceptable gracias a la difusión de la escuela oficial gratuita. En años anteriores dos de cada tres españoles no saben leer. No obstante siguen existiendo bolsas de analfabetismo en las barriadas de las urbes y en los cortijos de los latifundios. El levante español -que es el que interesa a nuestro fin y del que especialmente tratamos- en este aspecto no es de los territorios mayormente evolucionados. Y, por lo que se refiere a las instituciones asistenciales, están casi exclusivamente a merced de la iniciativa privada, especialmente de índole piadosa y devota. La fundación de más de setenta congregaciones

religiosas femeninas y seis masculinas en el siglo XIX en España, y en su mayor parte de carácter educativo, caritativo y asistencial, son buena prueba de ello.

En cuanto a la situación religiosa de la época es preciso afirmar que el laicismo liberal, en buena parte heredado de la revolución francesa, alimentado por la masonería, a la que están afiliados gran parte de los corifeos de la política, crea serias dificultades a la Iglesia durante todo el siglo XIX. Es verdad que la Constitución de Cádiz, no obstante su espíritu innovador e igualitario, se manifiesta respetuosa con la religión católica. Pero, la mayoría del episcopado y del clero la recibe con recelo.

Bajo el régimen liberal se suceden serios atropellos contra las libertades de la Iglesia y contra sus bienes. Una serie de leyes, dictadas entre los años 1835 a 1837, concluye con la supresión de las órdenes religiosas y con la enajenación de todos sus bienes. Es la llamada *Desamortización* llevada a cabo por Mendizábal. Esta supresión casi total de religiosos se prolonga más de cuarenta años. Concretamente hasta 1877 en que retornan a España, precisamente a Antequera, Málaga, los primeros capuchinos. Entre ellos el Venerable Luis Amigó.

Por otra parte las relaciones con la Santa Sede día a día se van haciendo más difíciles, quebrándose en diversas ocasiones. El clero secular, pero especialmente los religiosos, al verse sometidos simultáneamente a dos diferentes autoridades, tienen dificultad para contentar a entrambas. Cuando, finalmente, se da la unión con Roma en 1885 el Venerable Luis Amigó escribe dos cartas, desbordantes de gozo y de la más exquisita gratitud a Dios, a los Santos de la Orden, al Sumo Pontífice y a los Superiores Mayores Capuchinos, *porque en nuestra Religión sagrada obedecer es reinar*, escribe.

De todos modos en el primer tercio del siglo XX las relaciones con la Santa Sede se van enconando aun más, especialmente en los períodos en que los liberales detentan el poder. Los proyectos de ley sobre asociaciones religiosas, sobre matrimonio civil o sobre la libertad de enseñanza, son otros tantos campos de batalla. Y esta política antirreligiosa, y abiertamente persecutoria, es denunciada abiertamente por Pío XI a todo el mundo en la encíclica *Dilectissima nobis*. Esto explica, en buena parte, el furor anticlerical que se desencadena en la zona roja en 1936. Para estas fechas Luis Amigó ya camina hacia las regiones eternas. Fallece el 1º de octubre de 1934. Pero su suce-

sor en el obispado de Segorbe, Mons. Miguel Serra y Sucarrats, ha de pagar el tributo de sangre de su propia persona y del 55,4 % de los sacerdotes de su diócesis.

En este breve marco geográfico, histórico, religioso y social pretendemos engarzar la vida del Venerable Luis Amigó. Los casi ochenta años de su vida. En él se enmarca su figura como religioso, fundador y obispo. Y muy especialmente su dimensión de fundador y apóstol de la juventud desviada del camino de la verdad y del bien. En él se inserta su vida, con sus luces y sus sombras. En este marco histórico se encuadra su existencia y tiene sentido y relieve toda su actuación.

2. LA SAGA DE LOS AMIGÓ

En nuestra anterior peregrinación sentimental, imaginativamente, a la Ciudad del Turia, apenas rebasamos Sagunto y nos encaminamos a tomar la vía del mar, a la derecha -¿lo recordáis?- dejamos Puzol. En el centro mismo de la población descuella por su sobria elegancia la casa solariega de los Amigó.

Puzol dista 18 kms. de Valencia. Es un delicioso pueblo de la huerta levantina, limpio, nuevo, hacendoso. Todo rodeado de verdes naranjales. Se encuentra situado al abrigo del último espolón de la Sierra Calderona. Hasta no hace muchos años, en las partes bajas de la huerta, se cultivaba el arroz. Y, en el secano, almendros, olivos, algarrobos y viñedos. Goza de un clima agradable. Disfruta de inviernos dulces y suaves, y de veranos calurosos.

Una rama del tronco de los Amigó planta sus reales en la población desde los lejanos tiempos de la reconquista, en la Baja Edad Media.

Lo cierto es que ya en 1811 don Francisco Esteve cuenta sus muchos haberes de mayorazgo en libras y sueldos. De todos modos el verdadero patriarca de la casa solariega de los Amigó es su nieto José Amigó Esteve. Casa éste con doña Josefa Chulvi, asimismo natural de Puzol. Del matrimonio nacen ocho vástagos: Josefa, Teresa, José Tomás, Juan Gaspar, Mariano, Romualdo, María Rosa y Mariana. Don José, según el dicho italiano, ha nacido con la camisa. Es decir, es un hombre con suerte. Es verdad que hereda de sus progenitores una fortuna considerable. Pero él, con trabajo, maña y el correr del tiempo, sabe hacerla prosperar hasta conseguir triplicarla.

Es don José un varón robusto, con su blusa negra y alpargatas blancas, de esparto. Es un labrador muy templado, trabajador infatigable y de un gran sentido nada común. Ocupa una casa amplia del pueblo, en la Calle Caballeros, 12. Cuenta con numerosas habitaciones, corrales, lagares, y sus prensas de vino y aceite. Posee, además, casas y haciendas en los pueblos comarcanos de Masamagrell, Rafelbuñol, Museros, y hasta en Torres-Torres. Y con el tiempo adquiere una casa de habitación y morada en Valencia, en la calle La Soledad, número 11. Así los hijos pueden seguir sus estudios en la universidad, sin tener que retor-

nar diariamente al pueblo. Las hijas, como es lo normal en la época, concluyen sus días sin saber firmar.

En sus años ya maduros a don José, en el buen tiempo, al menos dos o tres veces por semana le invade el compromiso ineludible de ir a la ciudad a mercar. Llama a su criado Antonio Cataluña y le dice:

- “Engancha la mula tordilla, *La Peregrina*, a la tartanita del toldo redondo, que nos vamos a Valencia”.

En casa queda su esposa, doña Josefa Chulvi quien, con su criada Carmela Almenara, prepara la necesaria pitanza para la numerosa prole. Y para sus pastores, gañanes y cultivadores del viñedo. Y, en el buen tiempo, también para las jóvenes ocupadas en la deshojadura de la morera. “¡Cantad, cantad, doncellas, ya que la deshojadura de la morera es cantarinal!”, como escribe F. Mistral. Pero don José, al atardecer del día, vuelve contento de la ciudad porque siempre consigue algo bueno. Sabe, además, que sus hijos van bien en los estudios. Y concluye la jornada laboral dirigiendo el rezo del santo rosario, ante un cuadro al óleo de la Virgen al Pie de la Cruz, con los súbditos de su casa solariega.

Al final de sus días todavía puede dejar a cada uno de sus ocho vástagos casa, o un terrenito en que poder levantarla, 830.705 reales de vellón para repartirse entre todos ellos, y algunos maravedís, maravedíes o maravedises, que de las tres formas se permitía decir, al menos antes. ¡Ah!, el bueno de don José dicta testamento el año de 1845, pero no lo dicta ya en libras y sueldos, como el abuelo, sino en reales de vellón y maravedís, como digo.

A su hijo don Juan Gaspar Amigó y Chulvi-padre de nuestro biografiado, Venerable Luis Amigó- en la repartición de los bienes paternos le toca en suerte media casa de la que la familia habita en la ciudad de Valencia. Está situada en el barrio tercero y cuartel del mar. Se encuentra a dos pasos de la universidad literaria. Residiendo en ella, primero José Tomás Amigó y luego sus otros dos hermanos, Juan Gaspar y Mariano, cursan los estudios de abogacía. Cuando fallece su buen padre, don Juan Gaspar está concluyendo los estudios universitarios. A sus 24 años, es decir, en 1846 es ya abogado. Y, antes de concluir el año, toma por esposa a doña Genoveva Ferrer y Duset, natural de la Ciudad del Turia. Se casan en la parroquia de San Bartolomé el 21 de noviembre de 1846.

Posiblemente los nuevos consortes truecan la casa recibida en suerte por otra en Horno Quemado 2. Pues, lo cierto es que en la nueva residencia, al año escaso de estar casados, nace la primogénita, Emilia Rosario. Los demás hijos van naciendo, como ya consigné en alguna otra ocasión, acá y acullá, por la amplia geografía levantina, y sin mayor orden y concierto que el que la Divina Providencia, en su bondad, tiene a bien depararles. O tal vez efecto del excesivo amor que don Juan Gaspar profesa a las cartas, como seguidamente se verá. ¡Que todo hay que decirlo!

¿De dónde le nace a don Juan Gaspar ese su amor al juego? Pues, a ciencia cierta, no lo sabemos. Pero seguramente que su estancia en Valencia, por razones de estudios, le deja tiempo más que suficiente para adelantar también en el jugo. Por este motivo la familia Amigó tiene sumo interés en que ejerza su profesión de abogado pero, a ser posible, lejos de Valencia y en núcleos de población relativamente reducidos. Y por esto mismo la familia Amigó-Ferrer cambia de casa y fortuna más de lo que fuera de desear. Y todo ello por culpa del excesivo amor que don Juan Gaspar profesa a los malditos naipes, como digo. Seguramente esto explique que la segundogénita, Genoveva, vea ya la luz en Puzol.

Precisamente por esta época debe de ser cuando don Juan Gaspar, al término de una partida de cartas, es perseguido por otros jugadores con la clara intención de calentarle el lomo a su gusto y placer. Le persiguen por el camino de Puzol a Masamagrell hasta una tejería del llamado *Barranc*. Pero esta vez por pies consigue librar el cuerpo entero incólume, sano y salvo. Este mismo amor malsano a los naipes le obliga en diversas ocasiones a empeñar, y aún vender, fincas de la herencia paterna. Menos mal que su buena madre, que le conoce bien, se las compra y él, versado en leyes, nunca olvida cerrar la venta sin incluir en ella una última cláusula en la que se reserva el *derecho a redimir o carta de gracia* de adquirir nuevamente la propiedad en el término indicado. ¡Ah!, y en el mismo precio, lo que generalmente cumple.

Continuando, pues, con la enumeración de los hijos de don Juan Gaspar diremos que Julio nace en Alfara de Algimia, José María, en Masamagrell, y las tres pequeñas, esas sí, esas nacen ya en la ciudad de Valencia. Y más concretamente, en la calle Muro de Santa Ana, 4.

Nuestro biografiado -que responde al nombre civil de José María Amigó, al de Fray Luis de Masamagrell, como capuchino; y como obis-

po se le conoce por Luis Amigó- viene a la luz en Masamagrell cuando don Juan Gaspar ejerce en el pueblo el cargo de Secretario del Ayuntamiento. Nace el 17 de octubre de 1854 en la calle Mayor 80, a las ocho de la noche. Precisamente en una casita que, en la repartición de bienes, cupo en suerte a su abuela paterna doña Josefa Chulvi.

Don Juan Gaspar y doña Genoveva, que en esto de la religión siempre fueron muy cuidados, el mismo día de nacer lo presentan al señor cura, rector de la parroquia, don Rafael Jover, para que derrame sobre el tierno infante las aguas bautismales. Y al día siguiente, obviamente, tienen lugar los festejos familiares.

La familia Amigó-Ferrer permanece escaso tiempo en Masamagrell pues, José María recibe desde los primeros años esmerada educación religiosa y literaria en Valencia, donde se traslada la familia al poco de nacer él. A ciencia cierta no sabemos qué casa habita por estas fechas. Pues es claro que don Juan Gaspar y familia cambian de fortuna y de lugar más que un circo pobre, razón por la que doña Genoveva no debió de tener nunca problema en casa con telaraña alguna. Lo cierto es que José María recibe la confirmación en la iglesia de San Lorenzo en 1857, de manos de don

Francisco García Abella. Y algún tiempo después comienza a frecuentar la escuelita de don Sebastián Piedra. Es ésta una especie de kínder, pero en edición de 1860, situado en los alrededores del Portal de Valldigna de la ciudad de Valencia.

Los estudios, frecuentemente conocidos como primarios, los realiza seguramente en el colegio de los Padres Escolapios de la calle Carniceros, según se viene transmitiendo por tradición oral entre los padres de la institución. A partir del verano de 1866 prosigue sus estudios como alumno externo en el seminario conciliar de Valencia. Por estas fechas seguramente que la familia Amigó-Ferrer habita ya en la Calle Baja 54, junto a la plazoleta del Árbol, en el Barrio del Carmen, y muy cerquita del colegio calasancio.

Es ésta una casa maja, grande. De esas casas amplias, espaciosas y con dos balcones a la calle. De las de 2160 reales de vellón de renta anual. Cuenta también con servidumbre, pues el hecho de que María Benita Pérez, sirvienta navarra, granadita ya, sí, pues lleva veinte años en Valencia y ronda el medio siglo de existencia, les sirva como asistente, o criada, así lo da claramente a entender.

En 1866 José María Amigó, juntamente con su hermano Julio, toma la primera comunión en la iglesia parroquial de San Nicolás, en el Barrio de La Seu de Valencia, de la que fue rector en su día el futuro Papa Calixto III. Indudablemente que es ésta una fecha de gozo y plenitud en la casa de los Amigó-Ferrer. Seguramente uno de los últimos días que la familia disfruta de un gozo pleno, sin nubes, sin sombra alguna.

Pero -lo que siempre sucede-, nunca es completa la dicha en la casa del pobre o en todo caso nunca es duradera. Pues aquí pone fin José María Amigó a su vía sacra para iniciar, ya en tan temprana edad, su vía dolorosa que normalmente concluirá en la cima del Calvario. Pues Calvario, y no pequeño, van a suponer para él los acontecimientos políticos y familiares de los años siguientes.

El otoño de 1868 se inicia con la caída de Isabel II, la reina de los tristes destinos, que tiene que partir para el exilio en París. En Valencia hay algaradas. Los insurrectos pasan por delante de la casa de los Amigó-Ferrer y parecen furias infernales. Y el año siguiente, 1869, nuevamente se repiten las algaradas. Los amotinados se hacen fuertes en los alrededores de la Plaza Redonda. El General Rafael Primo

de Rivera coloca la flota frente al puerto de Valencia y bombardea sin cesar a los amotinados. Son siete largas horas de angustia. La familia Amigó-Ferrer huye de la ciudad y halla piadosa acogida en Godella, en la Calle Mayor 68, seguramente en una casa de su pariente María Vicenta Amigó y Val, propietaria de la misma.

Tampoco el 1870 es un año todo lo bueno que fuera de desear. Pues las tropas de Cavour y Garibaldi, con la toma de Porta Pía al amanecer del 20 de septiembre de 1870, ponen punto final a los Estados Pontificios. Por otro lado don Gaspar Amigó se viene resintiendo ya de hidropesía, enfermedad que le conduce al sepulcro el día de San Álvaro de Córdoba. Es el atardecer del 7 de noviembre de 1870. Durante los últimos meses de vida don Juan Gaspar todavía tiene fuerzas para ir recogiendo los préstamos otorgados con que dar mayor seguridad a la familia que se dispone a dejar. Aparte, claro, de la Divina Providencia. De todos modos, y en cuanto a préstamos se refiere, sí deja bien claro a mujer e hijos que no recibirán ni un céntimo más del prestado, contentándose, en todo caso, con recibir del deudor insolvente el equivalente en arroz con cáscara. ¡Ah!, y fijando el precio quien les

devuelve el préstamo recibido. ¡Así de cuidados y detallistas son los Amigó-Ferrer!

Lo cierto es que con la muerte de don Juan Gaspar también doña Genoveva recibe un duro golpe moral. Y, naturalmente, se resiente. Se ve sola y con cinco de familia relativamente pequeños a los que atender y alimentar. Además el mayor, Julio, se encuentra fuera de casa pues, en una de las redadas de los carlistas, intentaron requisarle el caballo, a lo que él respondió: *Donde va mi caballo voy yo*. Y con los carlistas se va, razón por la que no está presente a la muerte de ninguno de sus padres.

Las condiciones vitales se van complicando y quien ahora debe de hacer frente a la situación familiar en la saga de los Amigó es el segundo, José María, nuestro biografiado. Se hace necesario encontrar un tutor y reducir gastos superfluos. El tutor, como ya lo tenía hablado su buen padre antes de morir, será don Francisco Pérez Montejano, cura párroco de San Juan del Hospital y muy amigo de don Juan Gaspar. Y la residencia será en Calle Serranos, 27, una residencia más pobre y reducida, y a la que por lo mismo ya no se traslada la asistenta María Benita Pérez, a quien el joven José María tanto apreciaba.

La muerte de la madre ocurre al año siguiente el día de San Lorenzo mártir, el de la parrilla, el día más caluroso del verano, 10 de agosto de 1871. Doña Genoveva es víctima de un tifus fulminante, contagiada de su hija Pepita, y agravada, sin duda, por sus sufrimientos morales al verse con pocos recursos y sin el humano apoyo de la familia. La pobre vuela al cielo con una buena carga de méritos y sufrimientos, cosa que, por lo demás, nunca ahorra el Señor a quienes verdaderamente ama. De todos modos José María Amigó, como responsable de sus hermanas, puede muy bien confesar que “en tan tristes circunstancias nos faltó, a mis hermanas y a mí, el apoyo necesario de la familia”, la que, por lo demás, no es ni indigente ni pequeña, si bien vive desperdigada por los pueblos de la Huerta Valenciana.

Por estas fechas, precisamente el 21 de octubre de 1871, recibe la familia un legado de su pariente Leonor Amigó Antoni. Que en esto se echa también de ver cómo la Divina Providencia nunca abandona a los suyos. Pero, dicha sea la verdad, no saca de apuros a los Amigó-Ferrer. Pues, entre lo escaso del legado, los muchos dispuestos a recibirlo y lo que el abogado se queda entre las uñas, seguramente que, como en la cena del Dómine Cabra, de

don Francisco de Quevedo, se consume casi todo el legado.

Con la muerte de los padres, y haciendo de tutor su tío José Tomás Amigó, aunque sin apenas ejercer, la familia Amigó, y su preceptor don Francisco Pérez Montejano, nuevamente emigra. Esta vez pasa a habitar a la Calle Sant Bertomeu, 5. La casa es propiedad de la hermana mayor, Emilia Rosario. Al menos así consta en el Padrón Municipal de Valencia. La familia Amigó aporta la nueva residencia, el corto producto de unas pocas fincas que les quedan en Masamagrell y Puzol, y quien atiende a la casa. Y por su parte el párroco de San Juan del Hospital, sus haberes de sacerdote y la tan necesaria tutela y seguridad para la familia.

De todos modos con la muerte de sus buenos padres el ánimo de José María queda tan abatido y en una tan espantosa soledad que le parece hallarse solo en el mundo, al que de muy buen grado hubiese dejado en seguimiento de sus padres. No obstante las circunstancias adversas que le rodean, el llamamiento interior a la religión no cesa, por más que juzgue imposible su realización. Y con el apoyo de algunas buenas almas sigue sus estudios, aunque con el pensamiento siempre puesto en el

claustro, según él escribe. ¡Bendito sea el Señor en sus misericordias!

José María Amigó pronto, muy pronto, se va a Meliana (Valencia) y dicta testamento a favor de sus tres hermanas. Es un testamento, modelo de sencilla piedad y compasión, que dicta ante el abogado señor Francisco Guanter. Y, el 28 de marzo de 1874, Sábado de Pasión, parte para el convento capuchino de Bayona en las tierras francesas de los Bajos Pirineos.

3. FORMACIÓN HUMANA Y RELIGIOSA

La familia de José María Amigó es una familia cultivada y muy religiosa. De cristianos viejos, se decía en aquel entonces. Su padre, don Juan Gaspar, se educa en el Real Seminario de Nobles de la Ciudad del Turia, cuya dirección y formación espiritual corre a cargo de los jesuitas. Luego cursa filosofía y jurisprudencia durante siete años en la antigua Universidad Literaria de Valencia. Y se licencia en Leyes.

Es don Juan Gaspar asimismo muy versado en lenguas clásicas y en italiano, así como también muy amante de la música. Ejercita ésta en corales parroquiales, acompañado a veces de sus hijos, los domingos y fiestas de guardar, como decía el Catecismo de Astete. ¡Ah!, y cultiva también la poesía, disciplina en la que recibe diversos premios literarios.

Por su parte la madre es la tradicional ama de casa valenciana. Tiene primorosamente

adornada la residencia familiar con media docena de cuadros de su santa patrona Genoveva, a más de otros de la Virgen del Pilar, de Nuestra Señora de la Merced, y una valiosa talla del Cristo de la Agonía.

Cuando, al caer ya del día, don Juan Gaspar se recoge en casa, preside el rezo del santo rosario en familia. Y lo dirige personalmente, ante un crucifijo y dos candelabros pequeños de bronce, y con un rosario grande engarzado, de plata sobredorada, de los de a cuatro pesetas de antes. Por otra parte, y aquí se echa de ver también la profunda religiosidad de los Amigó, la abuela materna fue ya enterrada con el hábito de Nuestra Señora la Virgen del Carmen; su padre, con el de la Orden de San Francisco; y su buena madre, con el de la Tercera Orden de Carmelitas Descalzas de Santa Teresa. No es de extrañar, pues, que, de tan buenos padres, José María reciba ya desde los primeros años una esmerada educación religiosa y literaria, como él mismo asegura.

Desde luego que, apenas trasladada la familia a Valencia, don Juan Gaspar inscribe a su hijo José María en la escuelita que don Sebastián Piedra regenta en los alrededores del Portal de Valldigna. Es la primera escuela privada, de ideología totalmente católica, que se

abre en la ciudad. Es, como ya dije en otra ocasión, un kínder, pero en edición de 1860. Tiene su pasante que cada día recoge los niños por la ciudad y, al concluir las clases, les acompaña con seguridad hasta sus casas. Hace así méritos para suceder algún día al maestro en la dirección y enseñanza en la escolita.

En estos años todavía se pueden ver por la ciudad, a primeras horas de la mañana, algunos lecheros que arrear sus vacas. El vaquero las ordeña en plena calle. Seguidamente sube el cantarillo de leche a quien desde algún balcón se lo pide. Y, luego, continúa la procesión hasta el próximo cliente. En una de estas paradas forzosas -el hecho bien pudo suceder en la plaza de la Concordia o en la de los Ciegos- mientras el vaquero sube la leche y el pasante se va a recoger un niño, algunos de éstos jovencitos intentan torear con sus abrigos las vacas del lechero. Total, que una de ellas, al parecer un tanto bravía, la emprende ciegamente con el más pequeño, José María Amigó. Menos mal que a los lloros de los niños enseguida acuden vaquero y pasante y todo queda, por fortuna, en un susto morrocotudo y media docena de revolcones y peladuras por hacer de maletilla a tan corta edad. ¡Benditos sean mis santos patronos!, exclamará posteriormente en su ancianidad.

Concluidos los años de formación en la escuelita de don Sebastián Piedra, los dos cursos siguientes, 1864-1866, los estudia probablemente en los escolapios de la calle Carniceros. Ésta, al menos, es la tradición que se mantiene viva en el colegio hasta el día de hoy. Seguramente que asiste al centro con su hermano Julio, algo mayor que él. Por otra parte no nos resulta fácil saber hoy cómo funciona el colegio por estas fechas por cuanto los escolapios en 1855 sufrieron también el ostracismo. De todos modos los ediles de la ciudad, de quienes entonces dependía la enseñanza, solían tener cierta consideración con jesuitas y escolapios, órdenes que a la sazón ejercían con solvencia la enseñanza.

Los años siguientes, es decir, de 1866 a 1874 -en que José María ingresa en los capuchinos de Bayona, Francia- cursa sus estudios en el seminario conciliar de Valencia. En él estudia latín y humanidades, filosofía y primer curso de teología. Es la etapa áurea del seminario conciliar. Reúne el máximo de alumnado de su historia -1466 inscritos- razón por la que los estudios realizados en el seminario son serios y el centro goza de merecida fama.

Durante los años de formación José María Amigó, excepción hecha de un corto período de

tiempo en 1869 en que, por los avatares de la guerra, habita en el pueblo de Godella, reside sucesivamente en la calle Muro de Santa Ana, 4; calle Baja, 54; calle de los Serranos, 27 y calle Sant Bertomeu, 5. Siempre, naturalmente, dentro del reducido núcleo ciudadano delimitado por el recinto amurallado.

En José María Amigó la formación humana y científica corre pareja con la formación religiosa. De todos modos su formación espiritual, recibida especialmente durante los ocho años de asistencia al seminario conciliar, no es puramente teórica, sino práctica y sobre todo muy, muy pastoral. En aquel entonces goza la ciudad, tal vez por una necesidad creada a consecuencia de la exclaustación, de un crecido número de cristianos seculares comprometidos, y de asociaciones piadosas, que mantienen viva la fe y la religiosidad en el pueblo llano.

A José María Amigó, ya desde niño, le da el Señor inclinación al sacerdocio, por lo que sus juegos son de ordinario hacer altares, decir misas y celebrar fiestas. Por otra parte siempre tuvo pocos amigos, pero elegidos de entre los mayores que él e inclinados a la piedad, lo que le permite continuar con ellos dicha costumbre de organizar fiestas, cantar misas y predicar, costumbre que conserva hasta bien mayorcito.

Una de sus primeras amistades es la del ebanista don Gregorio Gea, hombre sencillo, religioso, trabajador, piadoso y altruista. Varón de una fe ardentísima y comunicativa, centra todo su afán en la recristianización del obrero en una época de mucha pobreza y de increencia suma, abonada por los ideales románticos y libertarios.

Con los primeros ahorros don Gregorio adquiere en 1864, en la calle de la Beneficencia, una casa que intitula *Colegio de San Francisco*. La destina a albergar seminaristas pobres. Llega a acoger en su residencia hasta 70 jóvenes. Posteriormente funda el *Patronato de la Juventud Obrera de Valencia*. Con seminaristas externos de la ciudad, de su Residencia de San Francisco, y con el apoyo de algunas gentes de bien, logra formar un numeroso grupo de catequistas. A su taller de ebanistería acuden los sábados infinidad de jóvenes, entre ellos nuestro biografiado José María Amigó. Del sencillo artesano aprenden los rudimentos de su arte de ebanistería y se preparan para la catequesis que el domingo siguiente imparten en la iglesia de San Sebastián, por la mañana; y por la tarde, en las barracas de la huerta valenciana.

En su modesto taller de ebanistería aprende José María Amigó el arte de tratar la madera y los rudimentos de artes y oficios, juntamente con un gran celo y espíritu apostólico, que tan útil le ha de ser posteriormente en sus Escuelas de Reforma.

“Luego, deseosos de mayor perfección -escribe-, solicitamos el ingreso en la Escuela de Cristo, instalada en las Escuelas Pías; pero para mi admisión se tropezaba con la dificultad de no tener la edad reglamentaria, inconveniente que allanó el santo varón Gregorio Gea, fundador del Patronato de Valencia, el cual pertenecía a aquella Junta y me tomó grande afecto.”

Son las Escuelas de Cristo congregaciones de sacerdotes y laicos dotadas de una espiritualidad seráfica y penitencial. Ostentan una finalidad compasiva y misericordiosa. Su finalidad es el aprovechamiento espiritual y aspiran en todo al cumplimiento de la voluntad de Dios, de sus preceptos y consejos. Los congregantes caminan a la perfección según su propio estado y obligaciones. Pretenden la enmienda de su propia vida, penitencia y contrición de los pecados, mortificación de los sentidos, pureza de conciencia, oración, frecuencia de sacramentos y obras de caridad. Manifiestan un

aprecio grande de lo eterno y desprecio de lo temporal. Asimismo profesan una tiernísima devoción a la Santísima Virgen María.

Las Escuelas de Cristo, naturalmente, cuentan también con ejercicios de piedad externos. Entre éstos se enumeran en sus Constituciones los de visitar cada semana a los pobres del Hospital General, a lo menos un día. Los seglares asisten a la hora de la comida para servir a los enfermos con toda humildad. Y los sacerdotes acuden por las tardes para confesar a los hospitalizados y atender a su consuelo espiritual.

Cada año van tres veces los hermanos de la Escuela de Cristo, sacerdotes y seglares, a visitar a los pobres de las cárceles. Es en el tiempo de la Cuaresma, en la Porciúncula y por Pascua de Navidad. Los sacerdotes para confesarlos y los seglares para ejercitar la caridad que tuvieren devoción.

Las Constituciones de la Escuela disponen también que ésta es más bien interior y retirada, y su principal instituto los ejercicios de mortificación y penitencia. Advierten asimismo que la Escuela aspira a la imitación de Cristo Señor Nuestro, por lo que el ejercitante en todo debe tener delante de los ojos su santa pobreza.

De todos modos -hay que reconocerlo y admitirlo- en los tiempos de que nos ocupamos no es que la Escuela de Cristo de Valencia brillara en su máximo esplendor. Pues, a veces, difícilmente los congregantes llegan para cubrir los puestos de dirección. No obstante la Escuela de Cristo, desde el punto de vista de la formación religiosa y humana, marca profundamente al joven José María Amigó. Con anterioridad a que, deseoso de mayor perfección ingrese en la Orden Franciscana Seglar, en la Escuela profundiza ya en su espíritu franciscano y en su opción misericordiosa. Recibe esa espiritualidad profundamente evangélica, piadosa y penitencial; hecha de fraternidad, pobreza y buen ejemplo; dotada de humildad y obediencia absolutas; y con esa opción por el hermano enfermo y necesitado en los hospitales, cárceles y demás lugares de dolor. ¡Ah!, y profesa una tiernísima devoción a la Santísima Virgen María.

Pudiera parecer ésta una apreciación excesiva. No obstante, y aun a riesgo de parecer exagerado, confieso mi convencimiento de la gran influencia que ejerce la Escuela de Cristo en la formación del joven José María Amigó. A mi modo de ver constituye el primer paso firme y seguro para el posterior ingreso en la Orden Franciscana Seglar, luego en los capuchinos y,

finalmente, para la fundación de sus dos congregaciones religiosas a las que dota de una espiritualidad netamente franciscana y de una misión asimismo profundamente seráfica y misericordiosa.

A partir ya de 1868 una serie de acontecimientos adversos hacen que el joven José María vaya madurando en su formación religiosa y humana a golpes de dolor y sufrimiento. El destronamiento de Isabel II en el 68, las algaradas de la revolución cantonal del 69, la muerte de sus padres en el 70 y 71, y la falta del necesario apoyo de la familia en tales circunstancias, van modelando en él un espíritu tierno, compasivo y misericordioso. Despiertan en él asimismo un gran deseo de vida más perfecta ingresando en religión. Tan tristes acontecimientos contribuyen a desprender más su afecto de las cosas de la tierra y avivan su deseo de abandonar la sociedad para habitar en la soledad del claustro.

Efectivamente, no obstante las circunstancias adversas que le rodean, no cesa el llamamiento interior a la religión, por más que juzgue imposible poder llevarlo a efecto. Y con el apoyo de algunas almas buenas sigue sus estudios en el seminario, aunque siempre con el pensamiento fijo en el claustro. Para estas

fechas tiene ya su director espiritual en la persona del jesuita padre Llopart, con quien consulta su vocación religiosa, a la vez que pone por intercesor al seráfico Padre San Francisco.

Mientras tanto inicia el primer curso de teología. Y, deseoso de mayor perfección, en marzo de 1873 ingresa en la Orden Tercera de Penitencia y comienza también su año de noviciado. Lo realiza en el convento de las Monjas Clarisas de la Puridad y San Jaime, de Valencia, a escasos pasos de la casa familiar y de la basílica de la Virgen de los Desamparados. Las órdenes terceras, ya se sabe, confiesan a Francisco de Asís por padre, profesan su regla, visten su estameña franciscana y desarrollan un ministerio bien concreto. Pues “para esto han sido llamados los hermanos y las hermanas: para curar a los heridos, vendar a los quebrantados y volver al recto camino a los extraviados”.

Por otra parte la mística de las órdenes terceras es sumamente sencilla. Los hermanos terciarios viven como peregrinos y forasteros en este mundo. Si ofenden, confiesan humildemente sus pecados. Ningún hermano provoca a la ira o al escándalo. Y todos, por su misma mansedumbre, son estimulados a la paz, la concordia y la benignidad. Viven en el mundo,

sin ser del mundo. Son seculares mansos, modestos y pacíficos; apacibles y humildes. No litigan, ni se enzarzan en discusiones, ni juzgan a los otros hermanos. Viven gozosos en el Señor, alegres y convenientemente agradables. Y se esfuerzan por mantenerse siempre sencillos y menores, amables y fraternales. Seguramente que, ante este programa que se le presenta, José María Amigó puede ya entonces exclamar con Francisco de Asís: “Esto es lo que yo quiero, esto es lo que yo busco, esto es lo que, en lo más íntimo de mi corazón, yo anhelo poner en práctica con toda mi alma”.

Ingresa, pues, José María Amigó en la Orden Tercera, pero siempre con el pensamiento fijo en el claustro. El año de noviciado en la Orden Tercera, así como las amistades de sus cuatro amigos José Guzmán, Isidro Domínguez, Manuel Tomás y Vicente Vivó, que también aspiraban al ingreso en religión, fueron modelando su espíritu, ya desde esta edad orientado hacia lo divino, enganchado por las parábolas de la misericordia e inclinado a enseñar al que no sabe, a corregir al que yerra o a dar buen consejo a quien lo ha menester.

El estudio de la teología en el seminario conciliar levantino, el noviciado en la Orden Tercera, su director espiritual y sus amistades

van modelando teórica y prácticamente su formación humana y religiosa y lo van conduciendo insensiblemente hacia la Familia Franciscana, cuya librea viste en el convento capuchino de Bayona, Francia.

Con esta formación humana y religiosa, con este bagaje de ilusiones, con esta formación franciscana, acompañado de tan buenos amigos, y para no tener que servir a un gobierno revolucionario, y menos teniendo que combatir la causa carlista, estimada por todos los hombres de orden como la católica, la que está defendiendo también su hermano Julio, es lógico y natural que se embarque con dirección al convento capuchino de Bayona, en Francia.

La Divina Providencia, a José María Amigó y a Manuel Tomás una vez, pues, recibidos los documentos necesarios para poder salir de España, tan difíciles de conseguir entonces a causa de la guerra carlista, les proporciona un guía experimentado que les acompaña hasta el convento capuchino de Bayona. Otorgado, pues, testamento en Meliana, Valencia, a favor de sus hermanas, de las que no tiene valor para despedirse, ambos amigos parten para el convento el 28 de marzo de 1874, Sábado de Pasión.

La ruta a seguir es la común y corriente de entonces. Zarpan del puerto de Valencia y, luego de una breve escala en el de Barcelona, pasan frente a Perpiñán y Narbona y poco después atracan en el puertecillo francés de Cette. No lejos del lugar de desembarco dejan a su derecha la isla de La Camarga, con su Santuario de las Tres Marías, donde pastan manadas de toros y caballos salvajes, cruzan las llanuras de las Landas y, a última hora del día 31 de marzo, llegan al convento capuchino de Bayona, su destino definitivo. Es al atardecer del Martes Santo de 1874.

A sus tres hermanas les ha dejado bajo la amable y fiel tutela de don Francisco Pérez Montejano, cura de San Juan del Hospital. Habitan la casita de su hermana mayor Emilia Rosario, en la calle Sant Bertomeu, 5, y que seguramente ha conseguido a cambio de la que le tocó en suerte de la herencia materna en la partida de Morvedre, plaza de san Pedro Nolasco 48, extramuros de la ciudad de Valencia.

¡Gracias sean dadas por todo al Señor!

4. PONERSE A FRAILE

Ponerse a fraile en los capuchinos de Bayona, por supuesto, no supone dar de lado a su formación humana y religiosa. Tampoco la presupone. Más bien la exige. Y los frailes del convento, si de algo pecan, no es precisamente de falta de exigencias a la hora de preparar a sus candidatos para la vida consagrada.

El convento de Bayona es un monasterio franciscano edificado según todos los cánones de la estricta observancia. No le falta de nada. Ni el recortado patiecillo con la imagen de la Inmaculada en el centro sobre el brocal de la cisterna. Ni la cruz desnuda que a la puerta del convento recibe la plegaria del peregrino. Ni la campana colgada de la espadaña de la iglesia monástica. Ni siquiera la segunda campanita que, mediante complicados artilugios de cuerdas y alambres, más de una vez sobresalta al soñoliento y anciano portero. Ni las ventanitas de las celdas de 90 x 60 centímetros, y partidas

en cuartillos -de mayores dimensiones no las permite la estricta observancia-. Eso sí, muchas de ellas sin cristales, por lo que sus humildes inquilinos han de aplicar guarniciones de grasa a ciertos papeles de estraza que colocan a guisa de vidrios. De esta manera dejan colar un poco más de luz a las celdas y resguardan un poquito mejor del intenso frío en el invierno. Pero muy poco en todo caso.

Por otra parte el convento ha sido edificado de limosna a mediados del pasado siglo XIX. Su fundador es el bendito fray Fidel de Vera, quien años ha se larga a pie a Roma, con fray Fermín de Ecay, a recabar personalmente de Su Santidad Pío IX el permiso de fundación. Y dota al convento de un reglamento tan estricto que los frailes de la misma necesidad tienen que hacer virtud.

Tres años pasa José María Amigó en Bayona, en aquel convento tan frecuentemente batido por los fríos aires de Las Landas. Va completando su formación franciscana. Formación que se le transmite fundamentalmente por contagio. A través de la convivencia fraterna. Formación que tanto empeño pone en la renuncia, en el desapropio y en el robustecimiento de la voluntad. Los formadores ponen tanto tesón en la transmisión de estos ideales

que ni siquiera le permiten el estudio del francés, por el que manifiesta una gran afición. Están empeñados, sin duda, en regresar cuanto antes a la Península Ibérica.

Por aquellos años llegan al convento frailes de los exclaustrados de España, de los expulsados de Venezuela, Guatemala, Cuba y El Salvador, y de los escapados de la guerra de Filipinas. Son todos ellos varones penitentes. Están dotados de un gran espíritu ascético. Pero se les han ido pegando a las sandalias barros de todas las latitudes. ¡Ah!, y no pocos vicios de las más diversas procedencias. Por eso el venerable fundador del convento, como digo, tiene que imponer un rígido reglamento a sus frailes. Como siempre, el reglamento es de estricta observancia, especialmente para jóvenes y novicios. Y de tal modo es así que sus formadores no quieren permitir profesar al joven José María Amigó. Tienen la fundada impresión de que no resistirá las austeridades de la vida capuchina.

De todos modos José María Amigó profesa en el convento de Bayona el 18 de abril de 1875. De ahora en adelante se va a llamar Fray Luis de Masamagrell. Y el acta de profesión, que él personalmente redacta de su puño y letra, está escrita en términos que ponen

miedo. La firman como testigos el padre guardián, el padre vicario y el padre lector. Todavía permanece en el convento casi dos años, tiempo más que suficiente para concluir otros tantos cursos de sagrada teología.

En aquellos días también llega al convento el padre Ambrosio de Benaguacil. Ha perdido la tercera guerra carlista de 1872-1876. Ha redactado testamento en la villa de Chelva. Al Señor Arzobispo de su diócesis, como prueba suma de veneración y respeto, y por vía de mejora, le deja el mejor de sus breviarios. Y luego se encamina al convento, como quien se apresura a amarrar su nave a seguro puerto. Y, además, con la clara intención de concluir en él sus días. Pero llega el pobre en la mala circunstancia en que, por haberse vuelto al siglo algunos de los padres exclaustros, el Provincial de Tolosa prohíbe terminantemente recibir ningún otro exclaustro. Pero todo tiene remedio, menos la muerte. José María Amigó convence al guardián para que el padre Ambrosio dé los ejercicios espirituales a la fraternidad. Así los frailes podrán comprobar si el exclaustro que llama a la puerta conventual, y nuevamente desea acogerse a sagrado, presta para algo más que para hacer número. Supera la prueba con nota y, de nuevo, es admitido a la fraternidad.

Están ya designados los frailes para la fundación de Antequera. Entre los elegidos se cuenta el joven corista Fray Luis de Masamagrell. Uno de los días el padre Ambrosio -seguramente sintiendo ya la muerte a los talones, pues muere 2 de noviembre de 1880- le dice a Fray Luis de Masamagrell: *Chiquet, tú te encargarás de les meues monchetes (Joven, tú te encargarás de mis monjitas)*. El joven corista ignora que el padre Ambrosio tenga fundación alguna. De todos modos, y andando el tiempo, hará la fundación de sus hijas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia. Algunas de aquellas mujeres pasarán a formar parte del grupo fundacional, por lo que la expresión, con el andar del tiempo, resultará hasta profética.

El 10 de junio de 1876, Têmporas de Pentecostês, Fray Luis de Masamagrell recibe la tonsura y las órdenes menores de manos de Mons. Francois Lacroix, obispo de Bayona. Y ya en marzo del año siguiente parte para la fundación del convento de Antequera, Málaga. Hace el viaje en la segunda expedición en compañía de su padre lector, fray Bernabé de Astorga. Y los fundadores se reúnen en Antequera alrededor de San José del año del Señor de 1877. A propósito, cuando la segunda expedición, luego de cruzar España en uno de

aquellos trenes asmáticos, que atraviesan la meseta resoplando humo como de fumador nervioso, llega a Córdoba la mora, unos mozalbetes que les ven con aquella pinta comienzan a reír a mandíbula batiente.

- Que son moros, ¿o no lo ves?, afirma un jovenzuelo fijando su atención en los más jóvenes, con sus barbas ralas.

- Te digo que son judíos, ¿o no ves cómo visten?, perjura otro, que más bien se fija en los hábitos que llevan todos.

- ¡Chico, qué bichos tan raros! ¿Queréis que vayamos y les damos una puñalada?, insinúa un tercero a quien apenas apunta el bigote.

Y a continuación sigue todo un coro de rechiflas, burlas y chirigotas. ¡Y lo mal que eso debe sentar!

De todos modos al caer el día consiguen llegar a su destino, al convento capuchino de Antequera. Es uno de los días inmediatos ya a la festividad de San José de 1877. Al umbral de la puerta grande del convento les espera el padre Esteban de Adoáin, y algún que otro hermano más, llegados precedentemente.

Es el padre Esteban un navarro de cuerpo alto, manos sarmentosas, y de larga barba

blanca, lo que le proporciona una estampa sumamente venerable. Es una figura ascética, pero muy amable. Es un hombre al que, además, hay que reconocerle que el Señor le ha dotado de un gran don de gentes.

El día cinco de abril inicia una novena a Nuestra Señora de la Gracia. Y el último día de la misma tiene que predicarla fuera de la iglesia, pues dicen antiguas crónicas que se le juntaron alrededor de quince mil oyentes. Luego de la novena, claro, ¡santa audacia!, enarbola el estandarte de la Divina Pastora y, en ordenada procesión, lleva a la devota comitiva hasta el convento capuchino. Es una forma de manifestar que aquellos bichos raros no son tan malos, ni tan raros, como parecen. Y que el convento capuchino necesita una reparación a fondo para ser habitable, pues, el pobre, está que se cae por los cuatro costados y muchos más que tuviera.

A propósito, como les han recibido en el pueblo con tanto recelo, y hasta con temor, a juzgar por las habladurías que las gentes se pasan de boca en boca, contratan para la reparación del convento al albañil de peores intenciones. Es éste un tal Curro Montoya, individuo astuto e insociable, hombre de rapiña y un tanto vio-

lento. A veces, en sus modos rudos, resulta hasta insolente.

- “Que cada cual conserve lo que tenga y que robe lo que pueda”.

Es ésta la más social de todas sus teorías. Las más insociables, naturalmente, se las calla. De todos modos su mirada torva, y su aspecto huraño y retraído, no dan a los frailes buena espina. Menos mal que el hombre poco a poco se va convirtiendo y, algún tiempo después, se erige en el mejor defensor de los religiosos.

Para la Cruz de Mayo, bien entrada la primavera, el clima antequerano es ya muy benigno. El día dura más. Y suele lucir un sol espléndido. Al borde de caminos y cañadas florecen arbustos, flores silvestres, cardos morados, adelfas y buganvillas. Los frailes recorren los cortijos para la mendicación. Y se van ganando palmo a palmo la confianza de los pueblos. Y las gentes se familiarizan con los frailes. Los aldeanos ya no les miran tan de soslayo y con tanto recelo y suspicacia como al principio.

De todos modos hay que decir que por estas fechas España ha salido de un período eminentemente revolucionario y las masas no ofrecen seguridad alguna. El gobierno de Alfonso XII no

se cree seguro ante la conjura de los partidos que aspiran a detentar el poder. Menudean las injurias contra los fieles. El canto de himnos religiosos fuera de la iglesia se castiga con multas. Algún gobernador quiere encerrar a los fieles en masa en lugar sagrado. Y hasta alcalde hubo, como es el caso del de Dos Hermanas, que abolió el Concilio de Trento, según dicen. ¡Váyate por Dios!

Por lo demás los días se pasan en la soleada Antequera con la rapidez de lo visto y no visto. Como se pasan los años de la juventud. Los padres mayores se dan a la predicación. Los coristas, al estudio de la teología. Y los hermanos legos se encasquetan el sombrero de paja y se emplean en el cuidado de la huerta, en la recogida de frutas y verduras, limpieza de caminos y demás atenciones propias de todo convento. Fray Luis de Masamagrell estudia el cuarto de teología y se dispone ya a recibir el orden sagrado del subdiaconado. Lo recibe con su compañero, fray Francisco de Valencia, el 15 de junio de 1878. Y se lo otorga el obispo de Málaga, Mons. Esteban José Pérez, *ad titulum praeceptatis* (¡caramba con los clásicos!). Es decir, para entendernos, *a título de pobreza*.

Los capuchinos, apenas plantados en Antequera, inician su rápido desarrollo. Pero pron-

to se dan recelos en la fraternidad. También entre ellos hay desavenencias y contiendas. Y al padre Bernabé de Astorga lo ponen como no digan dueñas. Tanto que los jóvenes coristas escriben a Roma. Menos mal que luego se redimen en la primera oportunidad. Copiando el modelo de la política de España de entonces, también entre ellos hay dos bandos. Quienes desean para Comisario General de los españoles al padre Bernabé de Astorga, y quienes proponen al padre Joaquín de Llevaneras. Y lo peor de todo es que ambos contendientes pretenden servir a la Orden pero, a ser posible, desde la cúpula de la misma, naturalmente. Esta vez Fray Luis de Masamagrell escribe al Ministro General de Roma proponiendo para el cargo a su buen padre Lector. Lo propone para Comisario General de España. Ignoramos sobre la oportunidad de la carta. Tampoco sabemos si de la misma se le derivaron serias consecuencias en lo sucesivo.

De todos modos, y para darnos cuenta del espíritu que en aquel entonces anima al joven Fray Luis de Masamagrell, hay que decir que el día de difuntos del año 1878 emite su *Voto de Ánimas*. Es decir, voto de entregar todas sus obras buenas para liberar del purgatorio -incluso dando con sus huesos en él a su muerte- a cuantas almas desee salvar la Santísima

Virgen. ¡El de Masamagrell no se anda con chiquitas, no!

Aseguran algunos que Fray Luis de Masamagrell estuvo de familia en la fraternidad de Sanlúcar de Barrameda. No resulta fácil saberlo hoy y, menos todavía, poderlo demostrar. De todos modos, si fuese verdad, hubo de ser por muy poco tiempo, pues en enero de 1879 lo encontramos ya en la fraternidad del convento capuchino de Montehano, en Cantabria.

El convento alcantarino de Montehano es un trocito de encanto adelantado hacia el Cantábrico, desposado con el mar océano. Se abre a la mar y a la vida en la ría que penetra entre Santoña y Laredo. Y el convento se define como mansión de paz, donde todo ruido merece el nombre de irreverencia, a no ser el del mar. Tiene el encanto agreste de un retiro monacal.

Fray Luis de Masamagrell viene a Montehano un día lluvioso del mes de enero de 1879. Concretamente, llega al atardecer del día 19, en que la iglesia celebra de Los Santos Mártires de Esmirna. Va a formar parte de la nueva fraternidad. Y la vida conventual se inaugura al día siguiente, festividad de San Sebastián, quien será en lo sucesivo el patrón del conven-

to, como lo fue con anterioridad a la exclaustación.

El convento, sobre un cerrillo, es un viejo caserón rodeado de castaños, encinas y hayas centenarias. Luce, frente al mar y al oriente, una portada antañona de piedra, que muestra sus muchos años y su larga historia. El convento semeja un viejo galerón anclado en la bahía. Lo construye don Beltrán León de Guevara en 1421 para los padres observantes, quienes lo habitan hasta la exclaustación de 1835. Pasa luego a los padres capuchinos a finales de 1878. Tiene una capilla monacal un poquito oscura, pero recogida y silenciosa, donde reposan los restos mortales, tanto de su fundadora, la Marquesa de Viluma, como los de doña Bárbara Blomberg, la madre de aquel gran genio de la guerra que fue don Juan de Austria, el *Jeromín* del padre Coloma.

En el cercano pueblo de Santoña recibe Fray Luis de Masamagrell, el 8 de marzo de 1879, el orden sagrado del diaconado. Y el día 29 del mismo mes y año, y en su mismo convento, el presbiterado. Es la cuarta dominica de cuaresma de aquel año y se lo administra el señor obispo de Santander Mons. Vicente Calvo y Valero. Él fue quien hizo donación del convento a los capuchinos. A partir de entonces da

comienzo a una intensa vida pública de servicio y apostolado entre las gentes de la Montaña.

A propósito, uno de aquellos días, en que está dando ejercicios en la parroquia de Escalante, concretamente el día de san Isidro, bien entrada ya la primavera montañesa, fray Melquíades baja a su encuentro a la parroquia. Le acompaña don Pantaleón Mier, cura párroco; el teniente de alcalde del municipio, don Ramón Haya; y una señora de lactancia, llamada Josefa Castillo. Bien envuelto, y en una canastilla de mimbre, le traen un nuevo Moisés, pero de secano. Lo ha encontrado fray Melquíades al abrir por la mañana el postigo de la puerta del convento. *No está bautizado. Se le pondrá por nombre Jesús, María y José*, se lee en un pape-lucho colocado en el fondo de la canastilla. Y los cuatro acompañantes empeñados en que lo bautice Fray Luis de Masamagrell. Ante la insistencia no puede negarse y así lo hace, dando al acto la mayor solemnidad posible. Es el primer bautismo que hace y, a un Marcelino Pan y Vino cualquiera. Fue anuncio y presagio de la fundación que más tarde hará de la Congregación de Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia, cuyo ministerio de bautizar también sus hijas espirituales llevarán luego a cabo en los lugares más alejados e inhóspitos del globo terráqueo.

Por lo demás su ministerio en la Montaña es el ministerio sacerdotal. “El Señor me ha ungi-do y me ha enviado para predicar la buena nueva a los abatidos, sanar los corazones que-brantados, notificar la libertad a los cautivos, anunciar la liberación a los encarcelados, y proclamar el año de gracia del Señor”. Y en atención a dicho ministerio recorre los pueblos de Escalante, Isla, Soano, Cicero...

“¡Qué bellos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz!”

Su preocupación es la de ser testigo de la Palabra. Es decir, vive obsesionado por esparcir la semilla evangélica. Palabra orada, palabra meditada, palabra predicada, palabra significa-tiva... Y no cabe duda de que aquel año, con la ayuda de Dios y del trabajo humano, hace una buena sementera. Pues muy pronto brotan pujantes las Hijas de María y los Luises y, andando el tiempo, también numerosas vocacio-nes de vida consagrada para sus hijas terciarias capuchinas.

Precisamente por estas fechas es. Concreta-mente, el Lunes de Pascua. Tiene que predicar en el pueblecillo de Soano la fiesta de la Santísima Virgen, patrona principal del pueblo. Lo cierto es que se hace un lío y hasta pierde el hilo del sermón que, por lo demás, tiene muy

bien aprendido de memoria. Pero al salir de la iglesia una anciana prorrumpe en alabanzas: *¡Bendito el vientre que te concibió!*, y que él agradece con toda el alma por ser un elogio de su buena madre. Seguramente que al sermón asistió también la joven Petra María Quintana quien, años después, ingresa en la congregación de sus hijas terciarias capuchinas y hoy se la honra ya con el título de Beata Rosario de Soano, mártir.

Por lo demás todo su ministerio en la Montaña se centra en predicar ejercicios espirituales, dar misiones populares, visitar la cárcel de Santoña y servir la dirección espiritual, por las mañanas; y por las tardes, vida conventual de oración, silencio y recogimiento, y vida de fraternidad. Así se va preparando en la soledad de Montehano, frente al mar, para su siguiente ministerio pastoral en el convento de Santa María Magdalena de Masamagrell, Valencia, su pueblo natal.

5. EL CONVENTO DE LA MAGDALENA

Fray Luis de Masamagrell despliega una gran actividad apostólica en la Montaña. Tanta que llega a enfermar. Por otra parte el Comisario Apostólico de entonces, como todos los comisarios del mundo, mantiene abiertos más frentes de batalla que soldados dispone para la guerra. Pero no hace problema alguno por tan poca cosa. Cambia el personal a su placer, y ya está. Le basta decir: “Hermano, la Santísima Virgen quiere que Su Caridad se traslade mañana a tal convento”. Y a la mañana siguiente se puede ver a dicho hermanito con su hábito, y el hatillo al hombro, camino de su nuevo destino.

- ¿Lo quiere la Santísima Virgen o lo quiere el Padre Comisario?

- Es igual. Lo quiere, y basta.

Sea como fuere, lo cierto es que el padre Joaquín de Llevaneras durante el verano de 1881 envía al novel sacerdote Fray Luis de

Masamagrell a la casa que unos bienhechores del convento tienen en Escalada, Burgos, y cuya dueña es oriunda del pueblo de Escalante. Le envía a reponer su salud y a esperar obediencia. Precisamente lo manda a casa de los Diez-Gallo.

Esta familia habita una casita en el altillo de la carretera de Montehano a Cicero. Y cuando algún viajero quiere llegar al convento de Montehano, si la marea está alta y el convento rodeado por las aguas de la ría, la familia Diez-Gallo toca una campanita. Y el barquero de los frailes toma su barca -que para estos casos los Reyes Católicos regalaron una al convento- y sale a recoger al caminante. Por esta razón la familia es muy amiga de los frailes. Posee además, como digo, una buena casa, sólida, de piedra y con escudo de armas nobiliario en el frontis, en Escalada.

En dicha quinta o masería -piensa el padre Joaquín de Llevaneras- puede muy bien Fray Luis de Masamagrell reponer su salud. Entretanto él elabora las tablas de las diversas familias capuchinas. A Fray Luis de Masamagrell lo destina al convento de Fuenterrabía, Guipúzcoa. Pero, pensándoselo mejor, lo cambia por el P. Buenaventura de Lumbier. Y, finalmente, termina por enviarle de familia al

convento de La Magdalena, en Masamagrell, su pueblo natal.

El Reverendísimo, nos dice Fray Luis de Masamagrell, ha consultado al doctor y éste le ha dicho que juzga conveniente su traslado al país de origen, para ver si aquellos aires y aguas le prueban mejor. Lo cierto es que, dado que no debe de existir gran diferencia entre los aires y aguas de la Montaña y los de Levante -vamos, eso al menos pensamos nosotros- el traslado seguramente se debe a la voluntad de Dios y a la conveniencia del padre Joaquín de Llevaneras, que necesita padres jóvenes para el trabajo.

El primer día de agosto, pues, Fray Luis de Masamagrell toma en el norte uno de esos trenes que, jadeantes y asmáticos y dando negros resoplidos, como de fumador nervioso, cruza la ancha piel de toro llamada España. El amanecer del día dos hace su entrada en Valencia. Primero Segorbe, luego Sagunto, y Masamagrell, y el Barranc del Carraixet, y Alboraya... Su buen amigo José Guzmán no tiene paciencia para esperar y sale aquí a recibirlo. ¡Qué sana alegría! ¡Qué abrazos efusivos, largos, interminables!... Puede figurárselos quien conozca el carácter abierto, franco y efusivo de los hijos de la Huerta Levantina. Todavía disponen ambos

amigos del tiempo suficiente para poder lucrar la indulgencia de la Porciúncula, es decir, del llamado Perdón de Asís.

Desde Alboraya lo acompaña a la estación Churra de Valencia, donde le esperan don Francisco Pérez Montejano y Julio Amigó, su hermano. Y los cuatro se dirigen a casa, donde ya les están aguardando asimismo sus tres hermanas y otras señoras. Aquí nuevamente se repiten los abrazos y demás muestras de cariño que han agrandado los casi ocho años de obligada ausencia desde que zarpó para Bayona aquella noche triste del Sábado de Pasión, 28 de marzo de 1874.

Al día siguiente, misa de acción de gracias en el camarín de la Virgen de los Desamparados, y cuarenta y ocho horas más para disfrutar con la familia. La estricta observancia capuchina, en aquel entonces al menos, no da para más.

A los dos días, y al caer de la tarde del cinco de agosto, Fray Luis se presenta en el convento capuchino de La Magdalena, donde la obediencia le retiene por varios años. Los suficientes para que, durante éstos, oriente a sus hermanas en la elección de estado y pueda bendecir personalmente en matrimonio a las tres. A la puerta de los cipreses grandes del convento

salen a recibirle el padre Estanislao de Reus, guardián, y el padre Tomás de la Piña, maestro de novicios. Fray Luis de Masamagrell, apenas llega al convento, es nombrado ya vicemaestro de novicios y organizador de las venerables órdenes terceras en tierras levantinas.

Es la Magdalena el típico convento franciscano de la estricta observancia. Edificado bajo la piedad, sobriedad y pureza franciscanas de finales del XVI, presenta la austeridad arquitectónica capuchina propia de la época. En su fachada resalta la imagen de la Magdalena, y los siete Dolores, en cerámica de Manises. En el centro, una gran cruz de hierro de forja, media docena de cipreses, algunos banquillos rústicos de mampostería y... la imagen del capuchino que desgrana viejas cuentas del rosario. La exedra de los cipreses grandes invita al peregrino a un sorbo de agua y de silencio antes de acceder al interior de la oscura iglesia monacal.

Ya dentro, las celdillas se alinean en torno a un patiecillo central. Tampoco falta la cisterna claustral, como en el convento de Bayona, sobre la que se eleva una bella imagen de la Inmaculada, con su enredaderilla en medio, su garrucha y su herrada, y con su corredorcillo circular bajo y silencioso cuyos lunetos acogen

ingenuas escenas de la vida del Seráfico Padre San Francisco.

Dicho convento fue fundado por San Juan de Ribera en el año del Señor de 1597, y en el mismo se pudo gozar de la paz del claustro y de los tibios amaneceres de la huerta hasta el 1835, en que sus moradores son expulsados. Un piezazo enorme y despiadado destruye la vida religiosa en él. Ni más ni menos que como en tantos otros monasterios. Pero el 4 de octubre de 1879 nuevamente lo reabre la tenacidad de los padres capuchinos. A dicho convento es enviado Fray Luis de Masamagrell el verano de 1881, como digo. Desde entonces el viejo convento, pleno de vitalidad, da la impresión de un galeón que, arriadas sus velas, reposa plácidamente en las márgenes juncosas del Mar Mediterráneo. Los tonos verdes de sus naranjales, en contraste con los dulces y suaves del azul marino, dotan al monasterio capuchino de un marco de ensueño.

Algunos hechos, de aspecto como milagroso, se dan los primeros años de estancia de Fray Luis en el convento de la Magdalena. Uno de los que ocurrió es la célebre multiplicación del pan de un mediodía cualquiera. Algo simple, pero hermoso. ¡Que éstos son los temas de conversación en la casa del pobre!

Los capuchinos de entonces viven de limosna. Limosna que, por lo demás, pueden pedir únicamente en especie. Esto les obliga a vivir al día, pobres e itinerantes. Y a aferrarse a la Providencia como a una divina madre. Pues, saben por experiencia que al día siguiente han de salir de nuevo a la mendicación. Aquel día los hermanos limosneros se han marchado lejos. Y, claro, lo que siempre sucede. Basta que falte pan para que a uno le entre hambre de siete días. En todo caso al ver el padre guardián que los limosneros no vuelven para la hora de comer, llama a Fray Luis y le dice:

- “Véngase conmigo y repartiremos el pan que haya en cada uno de los puestos de los religiosos”. Y así lo hacen.

Pero como, según costumbre de la Orden, lo único que los religiosos pueden pedir, si les falta, es pan y agua, y en la fraternidad la mayor parte son religiosos jóvenes, es de esperar que, al poco de comenzar a comer, empiecen también a levantarse a pedir pan. Por esto le dice a Fray Luis el guardián, padre Reus:

- “Hoy va a ser la risa lo que suceda en el comedor.”

Pero, ¡cuál no sería la admiración de ambos viendo que todos comen y que nadie pide pan!

Piensan que los frailes se han hecho cargo de la falta de pan y que por esto no lo han pedido. Pero, concluida la comida, dan una vuelta por el refectorio y aún hallan en muchos de los puestos algún mendrugo de pan. Por lo que hubieron de exclamar:

- “¡Bendita sea la providencia y misericordia del Señor!”

Otro de los numerosos hechos que ocurre por aquel entonces en el convento es el caso de los pellejos de aceite. Es un día lluvioso de octubre. Amanece. Una llovizna tonta azota los cañaverales. A ratos, sobre la huerta, luce un sol bobo, abotagado y bermejo, como polvo de ladrillo. Tonet, el del molino, lee el periódico a la puerta de su aceña. Un pensamiento loco le martillea las sienas. Y piensa para sí:

- “Los frailes de la Magdalena deben de estar pasando hambre. Sin duda con este tiempo -se dice- no han podido salir hoy a la mendicación.”

A toda prisa toma un saco de harina. Lo amasa. Y cuece el pan. Por el caminillo hondo de los llidoners o almeces parte raudo hacia el convento. Y toca a su puerta en el preciso instante en que una fila interminable de frailes está haciendo su ingreso en el refectorio.

¡Bendito sea Dios en su Providencia!, exclama Fray Luis, mientras se dirige a la portería para agradecer donativo tan oportuno. Es inútil. Tonet se pierde ya lejos, por la vaguada de los cipreses grandes. Vuelve a su tahona de la Punta de Ruzafa. Mientras tanto sigue lloviendo. Es una lluvia menuda. Un chirimiri que cala hasta los huesos. Lluve a intervalos.

A finales de 1885 el Padre Luis es elevado a rango de guardián del convento. Un convento que, al menos a mesa -que suele ser lo más preocupante para guardianes y, sobre todo, para administradores- son ochenta que viven de limosna. Es seguramente éste el año más trabajoso, por los hechos dolorosos que le suceden. Tanto que llega a enfermar por segunda vez. Mueren cuatro de los religiosos de la fraternidad y otras cuatro de sus hijas terciarias. De todos modos hay que confesar que, no obstante, cuenta con la Divina Providencia que le es propicia durante el cólera de 1885.

Una tarde de abril, bermeja y áspera como cilicio de fraile, el cabo de la Guardia Civil golpea con la aldaba a la puerta del convento de la Magdalena.

- “Padre, lo siento, pero no tengo más remedio que acordonar los pueblos de Masamagrell, Museros y la Puebla de Farnals. Los frailes no

podrán salir”. La epidemia del cólera se extiende ya como mancha de aceite, con un silencio definitivo.

- “Pero, ¿no saben ustedes que somos más de ochenta -le replica Fray Luis-, y que vivimos de limosna?”

- “¿Qué quiere que le diga, padre! Nosotros cumplimos órdenes.”

El Venerable Luis Amigó tan sólo puede murmurar:

- “¡Pues Dios proveerá!”

Y así sucede, pues el Señor proveyó. ¡Y de qué manera tan abundante, caray! Un constante hormigueo de gentes de a pie, por entre los naranjales y las empalizadas de las huertas, llevan provisiones a la Magdalena. Acarrean víveres a los frailes en tal abundancia que tienen alimentos para muchos días. Incluso para la olla de pobres y estudiantes que a las doce acuden a la puerta del convento con escudillas a procurarse la sopa boba.

¡Sea bendito el Señor en su Providencia!, exclama el bueno de Fray Luis de Masamagrell.

De todos modos no se crea que las tierras levantinas se arrullan en las olas del Mar Mediterráneo en su primigenia inocencia terre-

nal, como en el regazo amoroso de un dios inmenso. Que los cañaverales crían sierpes y, en mentes turbias y corazones torcidos, suele fermentar la tiña destructora de la mejor convivencia. Y las tierras de Alboraya, tierras del sol naciente, son una buena prueba de ello. *La Barraca*, de don Vicente Blasco Ibáñez, ambientada en el lugar, viene a confirmar lo dicho.

Por esta época el pueblo goza de las suaves auras marinas. El campo y los caminos proporcionan esa pequeña emoción latina de yuntas y caballos de labranza. Pero la aparente paz virgiliana se ve alterada con la llegada de un segundo cacique al pueblo. Don Manuel Juan Soler es el nuevo párroco. Ha sido capellán castrense y a su hábito talar se le han ido añadiendo ribetes de mando militar y los monosílabos rudos y tajantes del cuerpo. Naturalmente, su actitud contrasta fuertemente con las formas de decir y hacer de don Antonio Martí, un alcalde a la vieja usanza. Y no sabemos si es por herencia familiar, o por terquedad caciquil de su padre, pues en el pueblo nadie sabe cuando recibió la vara de mando. Lo cierto es que el señor párroco no pisa demasiado la iglesia. El continuo visiteo al casino de Bétera no le permite tiempo para tanto. Y al señor alcalde tampoco. Y no es por oposición sistemática a la

religión, no, sino simplemente que no hay peligro de que le vaya a invadir veleidad mística alguna. Y es que a las funciones religiosas les tiene alergia simplemente porque sí.

En un segundo punto están asimismo ambas autoridades de acuerdo. Es en profesarse una mutua y cordial enemistad. Por esto causa la natural sorpresa el advertir que cierto día párroco y alcalde acuden a sus respectivos y distantes puestos en la función de iglesia que Fray Luis de Masamagrell se dispone a celebrar con sus terceros. Ambos, la verdad, acuden simplemente para cumplimentar la amable invitación que el fraile capuchino les ha cursado. Además es una forma de demostrar que todavía, gracias a Dios, existen clases. Pero el levantarse de sus respectivos asientos, como movidos por un resorte invisible, y abrazarse ambas autoridades en medio de la iglesia, es todo uno. Sin duda es obra de la gracia de Dios, y de Fray Luis que ha tejido un sentido fervorín sobre el perdón de los enemigos. Otro tanto, siguiendo el ejemplo de sus autoridades, realizan los feligreses enemistados. Doña María Pastor, por una parte, y don José Llistar, médico del pueblo, por otra, ambos asistentes al acto, vienen a confirmar el relato autobiográfico del Padre Luis. Y hasta el día de hoy se refie-

re el hecho por tierras de Alboraya, y sus ya escasas barracas.

El caso de la Punta de Ruzafa, sucede también por las mismas fechas, sí. Y asimismo es digno de relatar. Nosotros lo relatamos así: En la Partida de la Punta, frente al mar, ha fundado Fray Luis de Masamagrell la orden tercera seglar. Las fiestas patronales del pueblo se celebran el día de la Inmaculada. Y ha sido invitado a predicar el sermón de la misa mayor. Estando en conversación en casa del hermano ministro, luego de cenar, éste le dice que las gentes están divirtiéndose en la plaza. Representan *Els Coloquis*, que escenifica el llamado *Baile de Torrente*.

Lo cierto es que, como tiene noticias de las indecencias que se representan y cantan en dichas diversiones, lleno de indignación decide ir -crucifijo en mano, cual otro Francisco Javier- y echar en cara el hecho a los comediantes. Pero, dado que le disuaden de ello, decide volverse al amanecer al convento y dejar al pueblo sin sermón. También de esta decisión consiguen disuadirle, pero en el sermón de la misa de tal manera arremete y recrimina el abuso de mezclar los obsequios a la Virgen con las diversiones que ofenden al Señor, que ni los

mismos clavarios se atreven a ponerse en su presencia.

- ¡Ah! ¿Que qué es el *Baile de Torrente*?

- Sencillamente, es una pantomima coreográfica popular valenciana. Se compone de bailes y episodios cómicos. Y concluye con la denuncia al Corregidor de que los gitanos han engañado a un vecino del pueblo en las ventas realizadas. Éste trata de apresarlos con lo que se arma una zapatiesta y contienda fenomenal entre los gitanos y la ronda, con lo que se da fin al baile, que acaba como el *Baile de Torrente*.

- ¿Y por esto tanto revuelo?

- Pues sí. Porque a Fray Luis el celo de la casa de Dios le devora. Reconocerá luego que tal vez no fue lo suficientemente prudente en esta situación. Lo cierto es que hasta los mismos comediantes quieren citarle a los tribunales. No obstante acaban por ir a pedirle perdón, al tiempo mismo que manifiestan su resolución de no hacer más semejantes espectáculos.

- “¡Bendito sea el Señor que de tal modo mueve los corazones de los hombres valiéndose de los más viles instrumentos!”, exclama Fray Luis de Masamagrell.

De todos modos las continuas salidas del padre guardián a las predicaciones cuaresmales, a las reuniones de los cuartos domingos de mes en La Montañeta del convento, las frecuentes peregrinaciones y, finalmente, las reiteradas visitas con motivo de sus fundaciones, ofrecen del Padre Luis, al finalizar su guardiánia -especialmente a varios de sus hermanos de fraternidad-, la figura de un guardián alegre, disipado, poco recogido, sin espíritu capuchino y... no sé cuantas cosas más.

De todos modos -y siempre bajo la apariencia de no violentar la propia conciencia- alguno de sus hermanos en religión, y hasta de toma de hábito, escribe a Roma acusándole de frecuentes salidas del convento y de trato con seglares y con su familia, que lo ha puesto en un estado tan disipado que parece un niño que no tiene quien le mande. Asimismo le acusa de que nunca está en casa, de mucho trato con seglares, de salidas a bautizar a sus sobrinos. ¡Ah!, y también de gastos superfluos, como es el caso de haber puesto teléfono en el convento y hecho una conducción de aguas hasta la cruz de La Montañeta.

Evidentemente no debe de resultar cosa fácil armonizar la restauración de la venerable orden tercera de penitencia en la Comunidad

Valenciana, fundar dos congregaciones religiosas y, al mismo tiempo, ser fraile de celda. Pero bueno, ¡Sea todo por el amor de Dios!

6. COMISARIO DE LA ORDEN TERCERA

Fray Luis de Masamagrell es la fiel imagen del capuchino, del de antes, del tradicional. Religioso sencillo y campechano, sonrosado y robusto, con su estameña parda, su amplia barbita y sus sandalias. Con su capucha, su rosario y su cordón de lana blanca, limpia.

Espiritualmente Fray Luis de Masamagrell es el religioso piadoso y paciente. Misionero y popular. Caritativo y ecuánime. Cargado de experiencia y devociones... ¡Ah!, y altamente providencialista. Que los capuchinos de la Restauración, todos, parecen directamente conectados con la Divinidad.

En la fraternidad de Santa María Magdalena se han venido reuniendo frailes mayores con un grupito de jóvenes. En verano los días son largos y las noches frescas. Los frailes, luego de tomar la frugal colación, tienen el recreo de la noche. Lo disfrutan en el patio de los cipreses

grandes. A la puerta de la iglesia conventual. Es un lugar fresco y agradable. Los mayores toman asiento en unos banquitos de pobre mampostería adosados a la pared. Y los jóvenes, a su alrededor, escuchan las batallitas acaecidas a los más ancianos en las misiones más lejanas.

Sin duda que comentan también sobre el Comisariato Apostólico. Y, por supuesto, sobre su venerable padre comisario, el padre José de Llerena. Lo cierto es que una de las primeras empresas en que el recién llegado Fray Luis de Masamagrell ocupa su tiempo es en trabajar por la supresión del Comisariato. ¡Ah!, ¿que qué es el Comisariato Apostólico?

Sencillamente, es una regalía de la que disfrutan los capuchinos españoles cuando el superior general de la Orden no es español. Disponen de un comisario apostólico con quien organizan su vida religiosa sin contar con Roma. Y es que, en la época de que tratamos, los religiosos españoles están bajo una doble autoridad. Pero resulta -y así lo dice la Biblia- que nadie puede servir a dos señores. Y así también lo practican demasiados eclesiásticos del siglo XIX. Se someten de peor gana a la autoridad de su respectivo soberano que a la del Papa Rey. Y, frecuentemente, desobedecen

a entrambas autoridades. Que en esto -¡por qué no decirlo!- algunos eclesiásticos se manifiestan un poco demasiado cerriles. Y por esta causa lo que frecuentemente consiguen, y no sin razón, es ser expulsados sucesivamente de las diferentes naciones de Europa.

Y, ¿qué supone la supresión del Comisariato Apostólico?

Sencillamente, supone la unión de los capuchinos españoles con la cúpula de toda la Orden. Han vivido días de destierro. Y ahora saldan la unión con un pacto de obediencia y de unidad en la fraternidad. Los ochenta capuchinos de la Magdalena, que se dice pronto, pueden cantar a coro: *¡Oh, día verdaderamente feliz! ¡Cuán bello y cuán dulce es vivir los hermanos unidos!* Y así se lo escribe el joven Padre Luis, guardián ya del convento, al Ministro General. Francamente, la unión con toda la Orden es un hecho glorioso, honra de los capuchinos españoles.

Otra de las empresas a que el joven Fray Luis de Masamagrell se entrega denodadamente en el convento de la Magdalena es la de impulsar las órdenes terceras. Apenas llegado al convento, el padre guardián, que a la sazón lo es Estanislao de Reus, con muy buen acierto le nombra Comisario de la Venerable Orden

Tercera. Y con fecha 20 de octubre de 1881 le otorga todas las facultades inherentes al cargo. Ministerio apostólico tan conforme a sus aficiones lo recibe con satisfacción, pues sabe por experiencia el gran bien que la Orden Tercera aporta a las almas y a los pueblos.

Desde luego echar adelante las órdenes terceras es una empresa titánica. En Masamagrell y sus alrededores no se conoce la Orden Tercera. En Alcira y otras ciudades lleva una vida lánguida. Efecto de la exclaustación, y luego de más de cuarenta años expulsados los religiosos, cometen no pocos abusos contrarios a la vida misma de la Orden Tercera. Ministro y maestro de novicios hay que ignora exista una regla para los terceros. Éstos visten y profesan a la vez. Aquellos delegan sin tener potestad. Finalmente la generalidad de las congregaciones ni conoce los visitadores, ni sabe lo que es una visita.

Pero esto no arredra al joven y dinámico Fray Luis de Masamagrell. Se da cuenta enseguida del gran interés del Pontífice reinante, Su Santidad León XIII, para infundir en el mundo el espíritu seráfico de las órdenes terceras seglares. Es el único que puede transformar la sociedad actual, según dice. Pero el bondadoso Padre Luis está bien formado en el espíritu

seráfico de la Tercera Orden Seglar. Vive ese espíritu franciscano de profundo amor, veneración y respeto al señor Papa, a los clérigos y prelados de la santa romana Iglesia. Enseguida se da al trabajo de visitar y restaurar las antiguas congregaciones de Valencia, Castellón, Alcira, Benaguacil, Godella, Alboraya y la de La Ollería.

Y asimismo se entrega en cuerpo y alma a la fundación de la Orden Franciscana Seglar en los diversos pueblos de la Comunidad Valenciana. La primera congregación que instaaura es la de Masamagrell, en el otoño de 1881. Ignoramos cuántos toman el hábito en la primera inversión del mismo en la Magdalena y de qué pueblos proceden los terciarios. Pero deben de ser numerosos, pues poco a poco llegan a ser terciarios la mayor parte de los hombres del pueblo.

Luego funda la de Ador, en la huerta de Gandía, a principios de 1883. Sigue la de Rafelbuñol, en junio del mismo año. Poco después, a finales de noviembre de 1883, la de Godella. Seguidamente la de Manises, en febrero de 1884. Luego la de Vinalesa, en mayo de 1884. Y la de Albalat dels Sorells, a mediados del mismo año. A ésta siguen las de Meliana y Foyos. Finalmente la de Alfara del Patriarca, en

1888. Y la de La Punta de Ruzafa, frente al mar. Y visita las de Godella, Casinos, Alcuía de Crespins, y varias otras poblaciones más, todas ellas pertenecientes al distrito del convento de la Magdalena, por no haber otro convento de la Orden en todo el reino. Así es que enseguida se da a la instauración, visita y restauración de las órdenes terceras por toda la comunidad levantina.

Pronto el Padre Luis adquiere para el convento de la Magdalena la Montañeta. Es ésta un erial, con algunas matujas de brezos y aulagas, unos pocos arbustos y algunas plantas sueltas de algarrobo y olivo, junto al convento. Es lo que en aquel entonces se permite tener en posesión a los capuchinos para poderse proveer de un poco de leña para el invierno. La adquiere para el convento el ex capuchino Vicente de Elche en 1886 y la entrega a los padres capuchinos. Fray Luis de Masamagrell enseguida hace el trazado de caminales, la plantación de pinos y cipreses y la restauración de la deliciosa capilla de Santa María Magdalena. Luego construye el calvario y cava un pozo en la parte más alta, con una alberca, para el riego de las plantas. En medio de la huerta levantina, y circundado de naranjales, es un parque delicioso y un buen lugar para el esparcimiento.

Y es digna de ver la Montañeta. ¡Tan concurrida los cuartos domingos de mes...! ¡Y qué bullicio y algarabía las tardes de los días pascuales! ¡Qué variopinto mosaico de pañuelos y vestidos festivos para tomar la célebre *mona de Pascua*! Precisamente un cronicón de la época, rescatado de un montón de papeles pringosos, nos ha conservado el siguiente diálogo, chispeante, habido junto a uno de los casalicios del calvario:

- ¡Mira que el padre Francisco de Orihuela predica con unción! ¡Es un santo!, asegura Pepica, la de Luis el leñador.

- Claro que ya es algo mayor. Y en sus pláticas siempre incluye un pensamiento final a la Inmaculada. Es su devoción preferida.

- ¡Lástima que se marche a las Misiones!, afirmaba otro.

- Creo que han dicho que se va a las Américas. A la Guajira, o algo así, aclaraba el hermano Pelegrín de Moncada, algo más enterado del asunto.

- Ya podían enviar a otro, replica a su vez Pepica. ¡Es una lástima! ¡Una lástima! (y la buena señora manifiesta un sentimiento como quien está a punto de perder a alguien a quien considera muy suyo).

- El Padre Luis de Masamagrell, en cambio, es más impetuoso, apostillaba un tercero.

- Claro, claro, decía muy convencido Nelet, el pescador de Alboraya. Es que es media docena de años más joven. Y eso, a su edad, se nota mucho. Pero mira, ¡mira qué porte tan modesto tiene el Padre Luis!

Y así sigue dialogando la nutrida concurrencia, alguno de cuyos miembros todavía continúa recostado sobre un casalicio del calvario hecho de ladrillo cara vista. Y allí siguen pegando la hebra diversos terciarios más.

¡Ah!, con la restauración e instauración de las terceras órdenes nace asimismo la revista *El Mensajero Seráfico*. Es el portavoz oficial de la Orden Tercera. Dicha revista tiene una gran influencia, pues es de periodicidad mensual y muy bien impresa. Pone de relieve el florecimiento, el entusiasmo y el fervor extraordinario de los nuevos terciarios. Ellos mismos la escriben. Y ellos mismos se encargan también de promocionarla y de difundirla. Y es tal entonces el entusiasmo de los terciarios que, al celebrar la visita o fundar una nueva congregación, todas las hermandades comarcanas acuden en romería con sus respectivos estandartes. Se pudiera decir que los terciarios están en conti-

nuo movimiento y siempre con deseos de hacer más y de mostrar nuevas manifestaciones.

- ¡Y las peregrinaciones!

Memorable es la primera, organizada al Real Monasterio de Nuestra Señora de los Ángeles del Puig de Santa María. Es la primavera del año 1884. Los peregrinos asistentes se calculan en cerca de cinco mil. Solamente repartir la comunión dura sobre una hora, no obstante distribuirla cinco sacerdotes a la vez. Se acaban las formas y algunos romeros tienen que volver a la Magdalena a que el padre Francisco de Orihuela les dé la comunión. En esta ocasión fray Crispín de Moncada cuenta el milagro obrado. De la primera misa, también llamada de Comunión, había quedado tan sólo una forma en el copón. ¡Pero lo ha mandado el Padre Luis...! Y el padre Francisco de Orihuela da de comulgar a todos, sobrando todavía una sola forma en el copón, como perjura haber visto él mismo con los propios ojos de su cara.

La segunda peregrinación se lleva a cabo el 13 de octubre de 1886. Y ni en solemnidad ni, por supuesto, en número de peregrinos es menor que la primera. A cantar la misa mayor, la de las diez, acude al santuario el piadoso don Salvador Giner y cerca de sesenta escogidos profesores de su capilla. Y por la tarde can-

tan un solemne rosario por la población. El padre comisario despide la piadosa comitiva al tiempo que los romeros con un sí clamoroso prometen al Padre Luis volver al Santuario.

Pero la más numerosa, sin duda, es la tercera, la del día de San Miguel de 1889. Supera los siete mil romeros. ¡Y se compone únicamente de terciarios! Es verdad que, cual otros nuevos macabeos, acuden a Nuestra Señora de los Ángeles del Puig a reclamar de la Señora la libertad de Su Santidad Pío IX. El papa está prisionero en el Vaticano desde la toma de Porta Pía por las tropas italianas al amanecer del 20 de septiembre de 1870. Pero no es menos verdad que los terciarios responden con entusiasmo a la llamada del Padre Luis, ávidos como están siempre de nuevas manifestaciones de fervor.

Puede extrañar la enorme eclosión de los terciarios en esta época. Pues en 1892 pertenecen al convento capuchino de la Magdalena nada menos que 6.450 terciarios distribuidos en quince congregaciones. Pero no podemos ignorar que el espíritu seráfico tira fuerte. El espíritu de las órdenes terceras cala hondo en las capas sociales. Es un espíritu muy adecuado en toda época. Tanto es así que a la Orden Tercera Seglar han pertenecido alrededor de

cincuenta Sumos Pontífices, entre los que podemos reseñar últimamente al beato Pío IX, a León XIII, a san Pío X, a Benedicto XV, a Pío XI, o al beato Juan XXIII, por ser los más cercanos a nosotros. En los sumos pontífices pertenecientes a la Orden Tercera ha florecido de modo especial la santidad.

Por lo demás todo cuanto sucede tiene una explicación lógica y natural. Cuarenta años de exclaustación produce en las gentes sencillas sed de religión y de piedad. Por otra parte el convento de la Magdalena se ha convertido un poco en centro y foco de espiritualidad de la huerta levantina. Por otro lado los labriegos de la huerta hermanan y conectan muy bien con la sencillez y pobreza capuchinas.

Además los frailes tienen la intuición de reorganizar inmediatamente las órdenes terceras. Las gentes acuden confiadas al convento capuchino donde hallan paz espiritual y dirección para sus almas. Acuden a veces al convento hasta de dieciséis horas de camino para confesarse. Y tan intenso y continuado es el fluir de las gentes de la Huerta Levantina a la Magdalena que, para evitar aglomeraciones, se hace necesario establecer turnos de confesión para las diversas poblaciones.

De Rafelbuñol es un constante fluir de gentes a confesarse, a la dirección espiritual, a llevar limosnas o a recoger agua fresca del aljibe de los frailes de la Magdalena. Y lo mismo de Masamagrell, Museros o Albalat dels Sorells. Desde luego los frutos de piedad y devoción cosechados son muchos. Y el mismo noviciado se cubre de aspirantes a vestir la estameña capuchina, llegando entonces a ser en número más de treinta, y van saliendo de él profesos muy bien formados en el espíritu seráfico, que sirven de base posteriormente para otras muchas fundaciones.

Durante estos años, concretamente a finales de octubre de 1886, abre sus batientes el convento de Ollería. Se lo piden insistentemente los terciarios del Valle de Albaida y de la llanada de Canals. El Padre Luis media para abrir el convento de los santos Abdón y Senén, de la Ollería. El padre provincial, fray Joaquín de Llevaneras, le responde que *de acuerdo, que encantado*, pero que ha de ir él a ponerlo en marcha. Luego el bendito Fray Luis de Masamagrell confesará en confianza, pero con dolor: *La Ollería ha sido un calvario para mí.*

Los terciarios, siguiendo el espíritu seráfico, y las prácticas de la Escuela de Cristo, dedican parte de su tiempo a obras de misericordia cor-

porales y espirituales, como son enseñar al que no sabe, dar buen consejo al que lo ha menester, enterrar a los muertos... Recogen en las iglesias prensa para los encarcelados, y visitan a los enfermos,... Pero todo ello a tiempo parcial. Por esto el Padre Luis de Masamagrell proyecta y hace planes para la fundación de dos congregaciones religiosas. Dedicará a sus hijos espirituales a dichas obras de misericordia a tiempo pleno: una femenina, a las obras de misericordia preferentemente corporales; y otra masculina, dedicada a las obras de misericordia espirituales.

Por eso, viendo el progreso siempre creciente de la Tercera Orden Seglar y el deseo de mayor perfección de algunas almas que quieren consagrarse a Dios, esto le impulsa a intentar la fundación de una Congregación de Religiosas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia y, creyendo ser voluntad de Dios, empieza a escribir para este fin unas Constituciones, implorando para ello el auxilio divino.

La fundación tiene lugar el 11 de mayo de 1885, en el santuario valenciano de Nuestra Señora de Montiel, en Benaguacil. Cuatro años más tarde completa la obra, en cumplimiento de la promesa hecha al Señor el año del cólera, con la fundación de los Religiosos Terciarios

Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores para la moralización de los penados. La fundación tiene lugar el 12 de abril de 1889, Viernes de Dolores, en el convento de la Magdalena, en su pueblo natal.

7. EL PROGRESO SIEMPRE CRECIENTE...

Fray Luis de Masamagrell, en sus frecuentes visitas a los pueblos levantinos para avivar las órdenes terceras, se ha podido dar cuenta de lo generosas y espléndidas que son las familias de la huerta, a poco que tengan. En la última peregrinación a Nuestra Señora del Puig ha podido también apreciar el desbordante entusiasmo de jóvenes y mayores por seguir unos ideales religiosos. Ha podido comprobar personalmente las ansias de piedad que tienen las gentes sencillas de los pueblos.

Por otra parte, en sus correrías apostólicas a lo largo y ancho de la Huerta Levantina, el Padre Luis de Masamagrell ha podido palpar también las incontables lacras sociales que laceran la vida de los sencillos labradores y huertanos de la comarca. Y su piadoso espíritu le insta a ponerles remedio. ¿Cómo? Con la fundación de una congregación religiosa destinada a solucionarlas. Y así se lo expone a los

hermanos y hermanas de las órdenes terceras. Ellos serán los primeros en acudir al reclamo del Padre Luis. Ellos también serán los primeros en aportar vocaciones religiosas a la nueva Congregación. Este, el itinerario o secuencia de los hechos.

Otoño de 1884. Las gentes de la huerta levantina son naturalmente desprendidas, como digo, y sumamente generosas. Lo percibe bien el pobre, el pordioso y el menestero. Y lo saben también por experiencia las monjitas de Montiel. Ellas van recogiendo sus limosnas para el Santuario, no sólo por el Campo del Turia, sino que se extienden también por la entera Comarca de la Huerta. Se llegan hasta los arrozales ribereños. Hasta el mismo mar Mediterráneo. El caminillo de Quart de Poblet, Aldaya y Torrente les resulta harto conocido. Y también el de Godella, Vinalesa, Alboraya, Almácer y Masamagrell... Y hasta el Real Monasterio de Nuestra Señora de los Ángeles, en el altozano del Puig de Santa María, les resulta harto familiar.

Cuando el sol abre en la ribera, y riel sobre el azul del mar, la huerta poco a poco, lentamente, se siembra de algarabía de pájaros y caballejos de labranza. Y las monjas descenden la costanilla del Santuario, como bien las

pinta Juan Bautista Porcar. A media mañana han cruzado Meliana y divisan ya Emperador.

- ¡Qué nombre tan lindo y tan simpático!, ¿verdad? ¿Y por qué le habrán puesto este nombre?, pregunta sor Francisca de las Llagas de Alcalá de la Jobada, a su acompañante.

- Sin duda alguna, responde sor Ángela de Pego, compañera de mendicación y algo mayor que sor Francisca, sin duda porque lo funda el emperador Carlos V. Antes era una alquería en el camino. Aquí pernoctaba el Emperador. Al menos esto es lo que se dice en las barracas de toda la huerta. Y luego al día siguiente, a las primeras luces del alba, se encaminaba a Valencia la Mayor.

- Oiría antes misa, ¿no?

- Sí, claro que sí. Precisamente en esa capillita que hemos dejado atrás, a la salida de Meliana, a la derecha. Que de entonces data su construcción. Y aún aseguran las gentes del pueblo que la costeó el mismísimo Emperador.

Charlando así, fraternalmente, las dos religiosas cruzan el poblado de Emperador, piden limosna en Albalat dels Sorells y en las primeras casas de Masamagarell, y todavía les queda tiempo para acercarse al convento capuchino de la Magdalena. Serían ya como las cuatro de

la tarde. Los frailes han terminado el rezo de Vísperas y tan sólo algún rezagado sigue recogido todavía en el templo monacal. La vidriera del coro deja colar algunos rayos de luz, que permiten distinguir, sobre el altar mayor, el lienzo de Jerónimo J. De Espinosa en que San Maximino imparte la última comunión a la Magdalena.

Parece ser que las monjas encuentran esta vez en la iglesia conventual al Padre Luis de Masamagrell, y hablan con él. Seguramente le dicen que son de las fundadas por el andariego padre Ambrosio de Benaguacil, en el Santuario de Montiel. Y que no tienen vida legal, ni regla, ni constituciones que las rijan. Hablan largo rato. Pero lo cierto es que bien avanzada la tarde, cuando el sol hunde su disco dorado tras los arrozales de la Albufera, las dos monjitas a toda prisa tornan a Montiel. Suben alegres y presurosas la costanilla del Santuario. Y narran lo sucedido en el providencial encuentro. La Madre Carmen de Alboraya redobla sus penitencias. Parece que esta vez, como siempre -así lo esperan-, la luz ya empieza a abrir por el oriente. Y dan gracias al Señor de la luz por tan providencial encuentro.

A los pocos días, tres o cuatro religiosas, madrugadoras ellas, descienden el serpentean-

te senderillo del Santuario. Dirigen sus pasos a Valencia. Cruzan el Camp del Turia, Ribarroja y, por la parte baja de Manises, se adentran en las callejuelas de la ciudad. Pasan bajo el arco de las torres almenadas de Quart, cruzan los Angostillos dels Aladrers y Tejedores y se llegan a la casa de los Amigó y Ferrer. En esta ocasión les acompaña don Ignacio Guillén, beneficiado de la parroquia de los Santos Juanes. Casualmente ese día el Padre Luis se encuentra en casa de sus hermanas.

- *¡Bon día mos done Deu! (¡Buen día nos dé Dios!),* dice la mayor de las religiosas.

- *¡Bon día! Benvinguts. Entreu, entreu (¡Buen día! Bienvenidas. Pasad, pasad),* se apresura a decir desde dentro Emilia Rosario, en un amplio gesto de hospitalidad, mientras abre el postigo, primero, y la cancela de la casa después.

Apenas aparece la figura del Padre Luis de Masamagrell, amable, complaciente como siempre, las religiosas caen de hinojos y le suplican:

“Sabemos que Vuestra Reverencia está escribiendo unas Constituciones para la fundación de Religiosas Terciarias Capuchinas, y como nosotras somos de las fundadas por el padre

Ambrosio de Benaguacil, en el convento de Montiel, y no tenemos vida legal, ni Regla, ni Constituciones que nos rijan, venimos a suplicar a Vuestra Reverencia a que nos tome bajo su protección y seamos nosotras la base y fundamento de la congregación que intenta fundar”.

Al momento se le ilumina la mente y se agolpan en su memoria las proféticas palabras que en el convento de Bayona le dirigió el padre Ambrosio:

- *Chiquet, tú te encargarás de les meues monchetes (joven, tú te encargarás de mis monjitas).*

Y les promete servirse de ellas para la fundación de la congregación.

Cabe decir, antes de seguir adelante, que dichas monjas del padre Ambrosio Roda constituyen un beaterio o eremitorio. Están al cuidado del Santuario de la Virgen de Montiel, en Benaguacil. Son almas penitentes que, a más de velar por el decoro del Santuario, viven de la limosna. Y ejercitan, además, la caridad en el pequeño hospital del pueblo. Simplemente, es una institución creada a propósito para el cuidado del Santuario y al servicio del pueblo.

En 1851 toman posesión del Santuario de Montiel, y tan sólo cuatro años después son expulsadas de él, junto con el padre Ambrosio. Éste tiene que partir para el obligado destierro. Y halla piadosa acogida en la diócesis de Cuenca. Aquéllas, para sus respectivos hogares.

Nuestras dos compañeras de mendicación, junto a María Roda, sobrina del padre Ambrosio, con el tiempo vuelven al Santuario. Lleva a cabo la restauración el capuchino Lorenzo de Mollina. Es en el destemplado enero de 1881. Para estas fechas el andariego padre Ambrosio de Benaguacil ha concluido ya su última peregrinación al encuentro del Padre.

El Padre Luis de Masamagrell sigue entusiasmado con la restauración de las órdenes terceras a lo largo y ancho de la Huerta Levantina. Los hermanos y hermanas crecen como la espuma. Pero no dan abasto en su actividad misericordiosa. Las órdenes terceras, en tan aflictiva situación, corren a mitigar el dolor. Pero, las pobres, no dan abasto a todo. Sí, reparten ropas, alimento y educación a los huérfanos. Dan apoyo, ayuda y hogar a los ancianos. Y en las frecuentes epidemias que azotan a los pueblos cumplen la obra de misericordia de enterrar a los muertos. Pero,... les falta tiempo y brazos para acudir a tanta cala-

midad como hay. A remediar desgracia tanta acuden a veces familias enteras. Naturalmente algunas jóvenes se preguntan: ¿Por qué no nos unimos y formamos una congregación y así podemos dedicarnos a tiempo pleno a las obras de misericordia?

Por su parte el Padre Luis de Masamagrell, para estas fechas, lleva ya entre manos la fundación de una congregación de corte franciscano, piadoso y penitencial. ¡Ah!, y dedicada en cuerpo y alma, y a tiempo pleno, a mitigar las secuelas que ocasionan las continuas guerras y epidemias. Por otra parte conoce muy bien el texto de las primeras constituciones capuchinas en las que se dice que los religiosos se deberán prestar dócilmente, en tiempos de hambre o carestía, a pedir limosna para los necesitados y, en tiempos de epidemia, a atender fraternalmente a los apestados.

Enseguida el bendito Padre Luis consigue los oportunos permisos y bendiciones. Todos los requeridos y aún más, para que no se le pueda tachar luego de desequilibrado. Pues en esto de pedir los oportunos permisos fue él siempre muy cuidado, aunque luego se le haya tildado de todo lo contrario.

¿Y cómo se llamará la nueva fundación?

- *Hermanas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia*, que este es su nombre o carnet de identidad. De ahí su espíritu franciscano de minoridad y fraternidad, humilde y penitencial, misericordioso y redentor. Y más de una vez les recordará el espíritu que han recibido y la fidelidad a la Madre Congregación, como cuando escribe a la madre superiora de la casa-noviciado de Yarumal, en Colombia:

- “Cada Orden y cada Congregación tiene su espíritu propio, conforme a la misión altísima que el Señor le confía; y el de nuestro Instituto, rama del tronco franciscano, y por añadidura capuchino, debe estar basado en una profunda humildad, una obediencia ciega y una total pobreza”.

Y en otra ocasión escribe a sus hijas espirituales:

- “La Congregación es... vuestra Madre, que con la vida religiosa os ha comunicado su espíritu, su carácter y su predilección por las virtudes de humildad, sencillez, caridad y celo apostólico, que caracterizan a nuestra Orden Seráfica”.

Además pone a sus hijas bajo el patrocinio de la Sagrada Familia porque... Bueno, eso nadie lo recuerda ya, ni se sabe el porqué, Dios

lo sabe. Pero..., si todo consagrado necesita el apoyo de una Madre amorosa, todo huérfano o anciano tiene necesidad de una familia y de un hogar, ¿no? Vamos, esto al menos es lo que creo yo.

Es verdad que el Padre Luis hace la petición de aprobación del instituto religioso al Señor Arzobispo de Valencia en nombre de la superiora de Montiel. No puede ser de otro modo. La superiora le doblaba en edad y, además, es la propietaria del Santuario de Montiel. Y de la Montañeta a cuya falda se levanta el Santuario de la Virgen, la Casita de la Madre.

La primavera levantina es agradabilísima. Los días de marzo, claros y soleados. Las primeras florecillas del campo cubren de perfume la colina de Montiel. Uno de dichos días se apresura el Padre Luis de Masamagrell a subir al Santuario. Son los principios de marzo de 1885.

- *¿A qué subirá tan de mañana al Santuario?*, se preguntan las buenas gentes del pueblo.

“El progreso siempre creciente de la Tercera Orden secular y el deseo de mayor perfección de algunas almas que querían consagrarse a Dios me impulsaban, ya mucho tiempo ha, a intentar la fundación de una Congregación de

Religiosas Terciarias Capuchinas, y, creyendo ser voluntad de Dios, empecé a escribir a este fin unas Constituciones, implorando para ello el auxilio divino”. Esto escribe el Padre Luis. Y, naturalmente, sube con su hermano Julio Amigó a leérselas a las religiosas.

En estas Constituciones el Padre Luis consigna que las Hermanas seguirán las huellas de Nuestro Señor Jesucristo y de su fiel imitador Nuestro Padre San Francisco. Que servirán al Señor en vida mixta. Que se entregarán unas veces a las dulzuras de la contemplación y se dedicarán otras, con solicitud y desvelo, al socorro de las necesidades corporales y espirituales de sus prójimos. Y que ejercerán su ministerio propio en Hospitales y Asilos o Casas de Enseñanza, y particularmente en Orfelinatos. Es la finalidad a la que les destina su buen padre fundador.

El primero de mayo el Padre Luis ha dado ya la profesión perpetua a las tres madres antiguas: a María de Montiel, a Carmen de Alboraya y a Ángela de Pego. Pero el día grande es el 11 de mayo de 1885. El Santuario de Montiel se convierte en una nueva Porciúncula. La Virgen, en la Madre amorosa de las Religiosas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia. Es el día grande de la fundación.

Desde primeras horas de la mañana Benaquacil entero respira auras de fiesta. Por la costanilla arriba inician su ascensión un grupito de peregrinos con aire festivo. Rosarios de hormiguitas que se van acercando a la cumbre. Blusas negras de los hombres de la huerta y del campo. Variopintos colores de sayas campesinas. Chiquillos danzarines entre matojos oliváceos y el amarillor de las primeras aliagas en flor. Todos van subiendo a la recoleta plazuela del Santuario. La fresca caricia del alba besa sus frentes. Acre perfume de vegetación silvestre envuelve el ambiente. Y el espacio se empapa de luz y color. Es un día grande para el pueblo. Es fiesta en la ermita de Nuestra Señora de Montiel. El Padre Luis de Masamagrell, como tantas otras veces, como siempre, recibe a los devotos romeros en la explanada del Santuario.

El 11 de mayo en Montiel hay primera misa. De las llamadas de comunión general. Y luego, misa mayor. Hay mucho incienso y sermón de campanillas. Hay vesticiones de hábito y profesión de las primeras novicias. Hay parabienes y abrazos, risas y mucho alborozo. Y hay gozo en el lugar. Los actos litúrgicos concluyen con el canto del *tedeum* al Señor Dios Omnipotente. La tarde se apaga con la luz del día y las tristezas de las obligadas despedidas. La fundación

se ha realizado, está hecha. El Padre Luis ha dado a las religiosas nueva Regla, nuevas Constituciones, nuevo hábito, nuevo nombre y nueva finalidad... Con ello queda erigida canónicamente la Congregación de las Hermanas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia.

De todas las maneras la fundación no resulta lo rumbosa que cabía esperar, pues se hace con pobreza de medios. El día es radiante, sí, pero no ha subido personalidad alguna, ni eclesiástica ni civil, a la Colina de la Señora. Ni tiene reflejo escrito ni gráfico en los principales periódicos de la época. Por faltar, falta hasta el ministro provincial de la orden capuchina, uno de cuyos discretos o consejeros es precisamente el Fundador de la nueva Congregación.

A los pocos días el terrible cólera del 85 se extiende por comarcas y poblaciones circunvecinas. El cólera se va extendiendo como negra nube amenazadora. Se origina en Orán, pasa luego a Alicante y rápidamente se extiende a Elche, Novelda y Monóvar. Luego, por Alcira, cruza la huerta de Valencia hasta cubrirla casi toda. El pueblo de Masamagrell pide la ayuda de las religiosas. El pueblo las necesita. El Ayuntamiento las reclama. Y allá van. Es su apertura a la misión y a la universalidad. ¿Precio a pagar? La muerte heroica de tres

Hermanas Terciarias Capuchinas. Es su bautismo de sangre. Es su martirio de caridad.

Luego siguen las fundaciones de La Ollería, Valencia, Paterna..., la Guajira colombiana, el Orinoco venezolano, el Kansú Oriental, en el Oriente de la China, la Argentina y el Brasil... y el mundo entero. Al día de hoy treinta naciones conocen a las hijas espirituales del Padre Luis de Masamagrell y saben de sus desvelos apostólicos.

8. DE MASAMAGRELL A TORRENTE

La obra de la fundación de una Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos que se dedicasen a la moralización de los penados no la ha olvidado el Padre Luis de Masamagrell. La lleva profundamente grabada en su mente y en su corazón. Responde a una promesa hecha al Señor en la epidemia colérica de 1885. Si el cólera corroe los cuerpos, un mal todavía peor corroe los espíritus. Es el vicio, asegura el Padre Luis. Pero, obra de tanta importancia, y que requiere mucha oración, premeditación y consultas para el acierto, necesariamente tiene que tener su pequeña prehistoria. Y también su normal itinerario de desarrollo. Vamos a ello.

Valencia, junio del año del Señor 2003. La plazoleta de la Virgen en los ocasos levantinos, como entonces, sigue constituyéndose en el corazón palpitante de la ciudad. La última luz del día vierte tonos rojizos y escarlatas sobre sus bellezas de piedra. Un rebullir de pasean-

tes, de las arterias vecinas, desangra en el mármol veteado de colores grises.

Allí, en el centro de la plaza, reposa el dios Turia recostado, perezoso, jovial, ufano. En su mano derecha mantiene el cuerno de la abundante fecundidad colmado de los más variados frutos de la huerta. Allí las ocho acequias, púberes, abundosas, vertiendo de sus cantarillos borbotones de luz líquida. Allí la basílica de la Virgen de los Desamparados bebiendo bocanadas de frescor y de fieles. Los frescos de Palomino, ya restaurados, lucen como nunca. Y allí la catedral, con su puerta de los Apóstoles, sede, todos los jueves del año, del Tribunal de las Aguas. Y allí también el Miguelete asomándose tras los tejados color ocre de la ciudad. Y allí el palacio de la Generalidad, con su patiecillo posterior, ajardinado, duro y austero.

Allí la viejecita, sobre la rebaba del pilón de pórvido, contemplando al nietecito ofrecer migajas a las últimas palomas que se van recogiendo ya en gárgolas, aleros y repisas. Y allí también el cafetín de siempre, tapizado de historia y de leyenda. ¡Ah!, se me olvidaba. Allí también el viejecito del calderillo limosnero, sombrerillo de paja y bandolina en bandolera, y

algunos cansinos mozalbetes que parecen arrancados de algún lienzo surrealista.

Hace años, seguramente ya algo más de un siglo, la estampa de la sandalia capuchina, y a su portador desgranando las cuentas del rosario, completaría la decoración de la plaza. Ayudan a los capellanes de la Virgen. Viven enfrente, en la calle Caballeros. ¡Cuántas maquinaciones no se han incubado en esta deliciosa plaza! ¡Cuántas!...

Valencia, año del Señor de 1889. Don Pedro Fuster, caritativo liberal decimonónico, aguarda allí en el cafetín de la esquina. Espera al señor Marqués de la Romana en su cotidiana visita a la Mare de Deu dels Desamparats. Éste abandona la basílica acompañado del maestro de música don Salvador Giner. Y los tres, luego del saludo inicial, se retiran lentamente en animada conversación por Caballeros. Se adentran en un portalón. Al fondo, en el patio, se divisa un elegante arco de piedra. Es la residencia provisional de los capuchinos. Van en busca del Padre Luis de Masamagrell, que ha llegado poco ha del convento de la Magdalena. ¿Qué les llevará a visitar al Padre Luis a estas horas de la tarde? Escuchamos a don Salvador Giner que le dice:

- Eche la cosa adelante, padre, que nosotros le ayudamos. Nosotros le apoyaremos.

- Aún no hemos concretado lo de la casa. Y los permisos no han llegado todavía todos, responde el Padre Luis.

- El señor Marqués de la Romana hará que les presten la *Cartuja de Ara Christi*, del Puig de Santa María, interrumpe impaciente don Pedro Fuster.

- Todo se andará, todo se andará, replica complacido el paciente Padre Luis.

- La sociedad reclama la fundación, insiste el señor Marqués, tan interesado siempre en la obra.

La fundación a que se refiere el señor Marqués de la Romana es la de los Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores. El Padre Luis de Masamagrell no puede olvidar que el año del cólera de 1885 ha prometido al Señor hacer la fundación.

Ha escrito ya las Constituciones. E inicialmente destina a sus terciarios capuchinos a la atención de los penales y al cuidado y moralización de los presos.

En las Constituciones el Padre Luis ha vertido su espíritu franciscano, penitencial y maria-

no. En ellas ha recogido asimismo ese espíritu piadoso y compasivo, mortificado y corredentor de las órdenes terceras. Y les ha añadido esa espiritualidad evangélica extraída de las parábolas de la misericordia, que personalmente inculca y practica con sus terciarios seculares. Por eso ofrece al Señor, para aplacar su justicia y que cese la epidemia del cólera que devasta los pueblos, redoblar sus esfuerzos y trabajos para dilatar más y más la Venerable Orden Tercera de Penitencia.

Esto le lleva a idear la fundación de una congregación de corte preferentemente laical. Se refleja en la formación de hermanos cualificados en las ciencias del espíritu, en la psicología y pedagogía y en las artes y oficios. Evidentemente ha concebido unas Constituciones sin clases, en las que prima el espíritu de familia. Las pivota sobre los ejes de la fraternidad y de la minoridad franciscanas. Obviamente, no pueden ser de corte monástico o eremítico, sino de vida activa. Su ministerio se desempeña en medio de la sociedad. Pero, ¡ay!, no puede renunciar totalmente a ese espíritu de corte monástico y coral de las constituciones que él conoce y profesa, y que se va a reflejar en el estilo mismo del hábito.

En esta época ciertamente el bendito Padre Luis está muy ocupado. Son muchas sus atenciones, acrecentadas con la apertura del convento de La Ollería. Por otra parte la importancia de tan gran obra requiere mucha oración, premeditación y consultas para el acierto, como hemos dicho. Todos estos motivos hacen que su realización se vaya dilatando. Pero durante los años de 1887 y 1888, ya algo más libre de obligaciones, puede dedicarse con mayor asiduidad a escribir las Constituciones. Y también a hacer las consultas necesarias, según él mismo confiesa.

Lo cierto es que el día 2 de febrero de 1889, festividad de la Purificación de Nuestra Señora, tiene ya listas las Constituciones. Celebra la santa misa en la iglesia conventual y, en las manos de la Santísima Virgen de los Dolores al pie de la cruz, pone las Constituciones, que las tiene durante la misa. En ella pide a la Señora que bendiga y reciba bajo su protección y amparo la fundación que va a hacerse en su honor.

Al día siguiente de buena mañana, como se hacen siempre las cosas serias, presenta las Constituciones al Sr. Arzobispo de Valencia, Cardenal Monescillo, para su aprobación. El prelado le otorga su beneplácito diocesano en

fecha 10 de abril del mismo año 1889. Y bien pronto comienzan a presentársele jóvenes solicitando ser admitidos a formar parte de la nueva Congregación. Les atrae sobremanera la finalidad de ocuparse de la instrucción y moralización de los penados, idea, por cierto, que a todos les cae muy simpática.

Uno de los más fervientes admiradores del fraile capuchino es José Valenciano. Es éste un joven de corte aristocrático, fino y elegante. No ha seguido la carrera diplomática, pero está bien formado. Y también él apoya la obra. Tanto que ya comienzan a llamarla de José Valenciano. No es que el muchacho sufra veleidades místicas, pero sí tiene alardes filantrópicos, como la mayoría de los jóvenes aristócratas del siglo XIX. ¡Quién sabe si algún día, más adelante, ingresará en la Congregación!

El Padre Luis de Masamagrell acelera los trámites para la fundación. Siempre tan metódico, tan observante, tan práctico. Ha conseguido ya los competentes permisos. Ha finalizado también de escribir las Constituciones. Tiene apalabrada asimismo la *Cartuja de Ara Christi*, del Puig de Santa María, para morada de sus terciarios. Hay que aligerar la fundación. Se hará antes de la Pascua Florida de 1889.

El 2 de abril de aquel año los aspirantes, en número de catorce, se retiran al convento capuchino de la Magdalena, en Masamagrell. Allí inician los santos ejercicios espirituales. Los dirige don José Moliner, vicario de la parroquia de Masamagrell. Él será luego el primer terciario capuchino con el nombre de Francisco María de Sueras.

Los aspirantes se muestran un tanto inquietos. Falta a los ejercicios José Valenciano. ¿Qué le habrá pasado?, se preguntan impacientes. Uno, dos, tres días, ¡y que no aparece! Al caer de la tarde del día tercero se llega al convento y asiste al último acto del día. El ambiente se encalma. La serenidad llega a todos. Pero, al adentrarse la noche, José Valenciano acude al Padre Luis de Masamagrell. Le dice que él no puede continuar. Que su madre moriría de pena. Que tiene que irse. El Padre Luis le mira con ternura y le dice... Bueno, no se sabe lo que le dice, pero el joven, como el del evangelio, baja la cabeza, se entristece y se va apenado. Cruza la cancela, sale por la puerta de los cipreses grandes y se pierde por la huerta levantina. La noche lo cubre con su silencio. No pasará a la historia.

Otro de los candidatos a ingreso es don Faustino Roda, vicario de la parroquia de

Benaguacil. También él desea ingresar en el Instituto recién fundado. Es sobrino del andariego padre Ambrosio Roda y, posiblemente, uno de los que le acompañaron en sus misiones por la Serranía de Cuenca. La verdad, el chico es un tanto inestable, pero en el fondo es una bella persona. Seguro, es una firme promesa.

Uno de los días se le presenta también al Padre Luis de Masamagrell y comienza por inquirirle sobre los haberes con que cuenta para realizar la fundación. El Padre Luis le dice que tan sólo cuenta con la Divina Providencia, única en la que confió también el Seráfico Padre San Francisco al fundar la Orden. Don Faustino le hace las mil y una recomendaciones. La razón preludia el ridículo. El buen sentido, el desastre. El Padre Luis también le mira con ternura y le dice... Bueno, tampoco sabemos lo que le manifiesta, pero el aspirante también se entristece y se aleja apenado. La noche lo cubre con su silencio. Tampoco pasará a la historia. Pero de este nuevo fracaso saca el Fundador la enseñanza de que la fundación no es obra de los hombres sino de Dios, y que por ello permite le falte aquel apoyo en que todos confían. ¡Bendito sea el Señor por todo!

Masamagrell, 12 de abril de 1889. Es una fecha grande, redonda. Suena con la rotundidad de lo firme. Los jóvenes aspirantes han finalizado ya los santos ejercicios. Es Viernes de Dolores y se asemeja más a Sábado de Gloria. Distinguidas personalidades en lujosos carruajes se van acercando. Se van congregando en derredor del convento capuchino de la Magdalena. Algunas personas, devotas del convento, se diseminan por los caminillos de polvo que a él conducen. Los niños juegan en los ribazos de los marjales. Es el día grande de la fundación.

A las diez los frailes tocan la campana a misa mayor. La iglesia conventual rezuma ese característico olor monacal a serenidad y a sayal capuchino. Hay profusión de cera y de incienso. Y también derroche de oratoria sagrada. Y por la tarde, a las cuatro, tiene lugar la vestición de hábito. Oficia el Padre Luis de Masamagrell. Apadrinan a los neófitos religiosos: don Luis Badal, en representación el señor arzobispo de Valencia, y don Marcelo de Azcárraga, capitán general de Valencia, y don Luis Polanco, gobernador civil, y don Pedro Fuster... El fervorín del doctor Badal es una maravilla. La iglesia de la Magdalena aquella tarde resulta pequeña. Y concluye el día con un bello colofón de despedidas y enhorabuenas.

La fraternidad de la recién fundada Congregación permanece todavía en el convento de la Magdalena hasta el día 14, Domingo de Ramos. Es el día designado para acompañar a los nuevos religiosos a su morada definitiva de la cartuja de Ara Christi, del Puig de Santa María.

Masamagrell, 14 de abril de 1889. El sol emerge de los arrozales más orondo y colmado que nunca. El ambiente se empapa de vida y de luz. Los pueblecitos todos de la huerta rompen a la vida en un idilio de calma. Los campesinos se visten con la mejor seda de Valencia. Es el Domingo de las Palmas. Las campanadas descienden de torres y espadañas y se extienden redondas, sonoras, por toda la amplitud de la vega. Los retrasados huertanos se apresuran a misa de diez. Cami-nillos y senderos se van quedando ya desiertos. Tan sólo se oye el borboteo de las acequias sobre alguna compuerta rota, o mal puesta. Y a lo lejos, en el azul mediterráneo, se recorta la aceña de Pepet.

Los huertanos, que por la mañana acuden presurosos con sus palmas en las manos a las diversas capillas de la huerta, con las mismas palmas acuden a la tarde a la Magdalena. Tienen que acompañar a los terciarios capuchinos a su residencia de la cartuja de Ara Christi del Puig de Santa María. Separan la Cartuja

del convento de la Magdalena tres escasos kilómetros de camino de carro y carretera comarcal. Ocupa el trayecto un numeroso público mientras la procesión, cual perezosa sierpe en el bosque, se desliza lentamente hacia la cartuja de Ara Christi. Precede la procesión el estandarte con la imagen de la Virgen de los Dolores, que acompaña la fraternidad de los nuevos religiosos con palmas en sus manos.

La piadosa comitiva abandona procesionalmente la iglesia conventual por la puerta mayor, cruza la plazoleta de los cipreses grandes y, por entre naranjos, alcanza la carretera de Masamagrell. Gira poco después a la izquierda y, por camino de tierra, llega al pueblo de Rafelbuñol. Al terminar de rebasar la calle mayor, los romeros divisan ya enfrente la cartuja de Ara Christi. Dos largas filas de olivos conducen a la puerta principal. Cruzan el umbral y se llegan a la iglesia monacal. Cantan *el tedeum* y, luego de bienvenidas y parabienes, las gentes se retiran a sus pueblos por los caminillos de la huerta en busca de sus hogares. El silencio de la tarde y los fríos muros conventuales cobijan ya a los religiosos de la nueva congregación.

La cartuja de Ara Christi del Puig de Santa María es un cenobio cartujano del siglo XVI

debido a los monjes de la cercana cartuja de Porta Coeli. En la desamortización de 1835 la adquiere un particular, quien la despoja de sus elementos más valiosos. Y que, en el tiempo que nos ocupa, ya muy deteriorada, la había adquirido la Condesa de Ripalda. Cuenta con grandes posesiones, como grande asimismo es la cartuja y sus diversas dependencias. Goza de un gran patio interior porticado, y otros dos menores, pero todo ello muy deteriorado. Está rodeada de una gran huerta, hasta cuyas tapias llegan los arrozales. Tiene la misma estructura y grandeza que el Monasterio de San Miguel y los Reyes, relativamente cercano a la misma.

Seis escasos meses permanecen los religiosos terciarios capuchinos en la vieja cartuja. Pero las enfermedades maláricas, dada la proximidad de los arrozales, se hacen endémicas. Y, si bien son muchos los que ingresan, varios, sin embargo, retroceden también del camino emprendido por hacérseles pesada la austeridad de la vida religiosa y muy duros los efectos de la santa pobreza, según dice el Fundador.

Es verdad que durante el año de la fundación, 1889, se tienen cinco inversiones o tomas de hábito, pero lo cierto es que de los catorce religiosos que hacen la primera profe-

sión tan sólo dos morirán vistiendo la estameña franciscana. Los religiosos desean abandonar la cartuja en busca de una mansión más saludable.

31 de octubre de 1889. El otoño levantino se remansa un momento. La tarde se viste de serenidad y placidez. Torrente, de sus mejores galas. Las gentes acuden ataviadas con sus trajes domingueros, con su blusa de lanilla oscura, su pantalón negro y sus alpargatas de hiladillos blancos, los más. Algunos, con su traje negro, el de comer fideos, y sombrero de ala ancha. Las señoras, largas y voluminosas faldas, algunas de seda, y su corpiño. Sobre sus hombros lucen artísticos pañuelos -sedas y oros- o la típica manteleta de purísimo hilo de lana.

Lentamente, por la calle de la acequia grande -al frente el clero parroquial, autoridades y vecindario- salen a recibir a los hijos del Padre Luis de Masamagrell. ¡Ah!, y también a su vicario de siempre, el bondadoso padre José Méndez.

A la llegada, la tarde se cubrió de aplausos y parabienes. Jubiloso tañer de campanas y música de bandas. La comitiva cruza el puentecillo del *Barranc* y, por la calle de la Acequia, se encamina a la parroquia del pueblo. Cantan

la salve a la Señora y luego, por la calle de la Iglesia, plaza Mayor y calle del Convento, alcanzan el cenobio de Nuestra Señora de Monte Sión. La campanilla del convento, en lo alto de la loma, se desgañita cantarina. Con su voz metálica tañe a luz y gloria. Se canta un solemne *tedeum*. Y al anochecer de aquel día glorioso, como en todos los atardeceres del mundo, en el convento se hace el silencio monástico.

Los nuevos religiosos, en su reposo, gozan ya de la paz del claustro. ¡Sea todo por el amor de Dios!

9. PRUEBAS Y AMARGURAS

Año de 1889, y día 14 de abril. Por la tarde los nuevos religiosos se trasladan procesionalmente a su nueva residencia de la cartuja del Puig de Santa María. Concluye el día con abrazos y despedidas. El hermano portero despide al último de los asistentes. Cierra el portón claustral y echa el cerrojo a la puerta principal. Comienza entonces la vida ordinaria. Y con la vida ordinaria, las dificultades propias de toda fundación. Los directores espirituales, los padres Serafin de Benisa, primero, y Luis de León, después, se las ven y se las desean para mantener el entusiasmo de los inexpertos neófitos. Se esfuerzan por crear fraternidad, por alentar a los jóvenes religiosos, y por hacer amable la vida conventual. Pero los problemas, algunos de ellos incubados ya con anterioridad a la misma fundación, comienzan a salir a flote.

De todos modos para estas fechas el bendito Padre Luis de Masamagrell se sabe bien de

memoria lo que dicen los Libros Santos: *Que el Señor reprende a los que ama y castiga a sus hijos preferidos*. Por lo demás así lo han entendido siempre también los santos que, si no sufren persecución, se consideran dejados de la mano de Dios. Y el Padre Luis dirá que la tribulación es el sello que distingue las obras de Dios.

Pues bien, muy pronto Fray Luis de Masamagrell y sus hijas e hijos espirituales empiezan a sufrir incomprensión. Primero, por parte de sus mismos hermanos en religión. Luego, por parte de algún que otro religioso de fuera de la orden. ¡Ah, eso sí! Casi siempre intervienen con la mejor buena intención de procurar la mayor gloria de Dios, la honra de la Orden y la salvación de las almas.

Para empezar, el provincial de los capuchinos no asiste ya a la tan rumbosa toma de hábito de los primeros terciarios capuchinos. Ni siquiera acompaña a éstos a su residencia definitiva de la cartuja. Ni asiste tampoco, años atrás, a la toma de hábito de las primeras religiosas terciarias. Esa actitud da a todos qué pensar y, por supuesto, nada bueno.

No fue, pues, la menor de las incomprensiones la protagonizada entre el padre Joaquín de Llevaneras y Luis de Masamagrell. Aquél era el

superior mayor de la provincia de España. Éste, su definidor o consejero. Pero..., para comenzar, conviene remontarnos a los comienzos de la restauración de la orden capuchina en España. Hay que reconocer que los primeros Restauradores, en general, eran religiosos dotados de un gran interés por la Orden y de una buenísima intención. Pero, dados los muchos años de exclaustración, sufrían numerosas limitaciones en el ámbito de la vida religiosa, y especialmente en los terrenos de la autoridad y de la obediencia.

Durante los primeros meses de 1885 la Orden Capuchina, y muy especialmente los capuchinos españoles, trabajan por eliminar el Comisariato Apostólico. Es una regalía con la que hay que acabar. Anhelan la paz y la unión fraternas. Varios capuchinos aspiran a servir fielmente a la Orden pero, a ser posible, desde la cúpula de la misma, como ya dijimos. Pugnan por conseguir el provincialato un grupo de mayores, capitaneados por el padre José de Llerena, que ya había sido Comisario. Por la otra parte está el clan de los más jóvenes. Son los seguidores de Joaquín de Llevaneras. En Roma, seguramente apoyados por buenas razones, y por José Calasanz de Llevaneras, que todo hay que decirlo, se inclinan por los últimos. Y otorgan el provincialato al hermano de

éste, al padre Joaquín. Los componentes de ambos grupos se cruzan palabras de grueso calibre. Pero la conclusión final es la de siempre. En la práctica -parecen decir en Roma- aténganse a la siguiente indicación: primero, quien manda siempre tiene razón; y segundo, en caso de que no la tuviera, véase el punto primero.

Así pues, el padre Joaquín de Llevaneras se vio provincial de España muy joven. Además es elegido entre enredos, intrigas y malcontentos. En cierta manera tiene que sufrir la soledad del corredor de fondo. De hecho, durante los dos primeros años de su mandato, no reúne ni una sola vez a su Consejo o Definitorio. Su gobierno, dicen, parece más bien de corte cesarista. Y hasta se permite gobernar los primeros años a las terciarias capuchinas, hasta que de Roma le notifican que “ningún Prelado Capuchino tiene jurisdicción sobre congregación alguna de votos simples”. Y que “no quisiéramos llegase jamás una queja a la Santa Sede, pues no se podría defender a los prelados que hiciesen lo que no deben ni pueden en el gobierno de religiosas de votos simples”.

El Padre Luis de Masamagrell por espacio de cuatro años se retira prudentemente de la dirección de sus hijas, actitud que puede com-

probar es muy acertada, pues el Padre Provincial continúa rigiendo la Congregación muy a satisfacción suya, al parecer, según él mismo escribe. De todos modos seguramente que ésta fue una prueba y amargura de no escasa importancia.

Pero una segunda angustia sigue a esta primera. Se produce con motivo de la división de la provincia capuchina de España en tres nuevas provincias religiosas. En esta ocasión al Padre Luis de Masamagrell se le traslada al convento de Orihuela, en las riberas del Segura. Entre la huerta alicantina y la murciana. A 275 kilómetros de sus fundaciones. Más lejos no se le podía enviar. Sí, es verdad que va como hombre de confianza de su padre provincial y connovicio Fermín de Velilla. Además es nombrado definidor provincial, vicario del convento y lector de moral. Pero todo esto a él no le agrada absolutamente nada.

A los pocos días el Padre Luis escribe al general de la Orden para que le conceda ir a convivir con sus terciarios. Pero el paso tan radical que pretende dar es demasiado grave para obrar así de pronto. Y esto él nunca lo consentirá.

- *Que dicho Padre Luis se interese más de la Orden que de fundaciones de fuera, escribe el*

superior mayor. *Y trate de contentar al Padre Luis, al menos hasta la próxima Definición.*

De todos modos el Padre Luis no insistirá más, pero sus terciarios capuchinos, todavía novicios, quedan sin su dirección inmediata. Y sus religiosas terciarias capuchinas, inconsolables por la dificultad de consultarle en sus dudas y dificultades. Y esto le causa no pequeño dolor y aflicción.

Por otra parte no mucho después algunos de los superiores mayores capuchinos tratan de ponerse de acuerdo para acudir a Roma. Pretenden que a los terciarios capuchinos se les despoje del título de capuchinos, y de que lleven barba, capucho como el suyo, y varíen, si puede ser, el color de su hábito. Ya que, dice un superior provincial, “los Terciarios no dejan de perjudicarnos a los de la Orden Capuchina, ya quitándonos vocaciones, ya también limosnas bajo el título de Capuchinos, pues algunos les confunden con nosotros..., y caso ha habido en que encontrándose nuestros limosneros con los de ellos, se han repartido la limosna”.

Sólo Dios sabe lo que este sacrificio le cuesta al bendito Padre Luis. Pero, obedece fielmente y hasta con gusto. Una sola cosa puede intranquilizarle algo y es, según él mismo confiesa, el pensar si el apartarle de sus congrega-

ciones religiosas pudiera obedecer a quejas que hubiesen dado algunos religiosos, por juzgar que pudiese él perjudicar a su orden privándola de vocaciones y limosnas para favorecer a sus congregaciones, falta que, por la misericordia de Dios, estuvo siempre muy lejos de cometer. ¡Sea el Señor bendito en todos sus designios!

Año de 1890. Fray Luis de Masamagrell sigue en la fraternidad de Orihuela, Alicante. Tampoco este año es un camino de rosas para el Padre Luis. Con su traslado a Orihuela, con motivo de la división de la provincia capuchina de España, sus religiosas terciarias quedan huérfanas. Es una terrible prueba a la que les somete la Divina Providencia. Y más de una brujulea con evidente nerviosismo sin hallar su norte.

Por san Matías los días invernales comienzan ya a alargarse. Y la flor de nata del almendro cubre marjales y riberas del Segura. Cuando el tibio sol de febrero emerge al oriente, y senderos y veredas comienzan a poblarse de labriegos camino de sus pegujales, dos religiosas terciarias capuchinas apresuran el paso a la ciudad de Orihuela. Se internan por las callejuelas del Arrabal Roig y se dirigen directamente al convento de los padres capuchinos.

- ¿Qué buscarán las monjitas tan de mañana?, se preguntan los lugareños más tempraneros.

- Irán ya a pedir limosna, responden algunos de ellos. Otros se santiguan al verlas pasar presurosas. Pero ellas van directamente en busca del Padre Luis de Masamagrell. Casualmente, como en cada amanecer, se encuentra celebrando misa en la capillita de la huerta Lo Cabello.

- Tendrán que esperar, hermanas. El Padre Luis se encuentra fuera, les dice el religioso portero.

- *Esperarem. No patisca, padre. Esperarem (Esperaremos. No sufra, padre. Esperaremos)*, dice con una cierta desenvoltura y en un buen valenciano la de más edad.

Y esperan, porque tienen que comunicar algo muy gordo a su Padre Fundador. Y es que su madre superiora, días ha elegida superiora general por el padre Joaquín de Llevaneras, sin avisar a nadie, sin nadie saber adónde ni a qué, se ha ido del convento.

Efectivamente, sor Mercedes de Sobremazas, desde La Ollería, ha hecho una escapada a Lecároz, en los valles altos de la Navarra tra-

montana. El padre Joaquín de Llevaneras no se resigna a quedar sin religiosas y la ha llamado. Pretende trasladar también el noviciado de las hermanas allá arriba, al norte.

El Padre Luis inmediatamente se percata del peligroso aspecto que van tomando los acontecimientos. Es necesario dar un golpe de timón a la nave. Rápido, seguro. Y no duda ni un instante. A escape se traslada a Valencia donde recaba del señor Arzobispo las autorizaciones pertinentes. Sube luego al Santuario de Nuestra Señora de Montiel, en Benaguacil. Convoca a Capítulo. Y se elige nueva superiora general. Y luego, a sus seis consejeras. Se renuevan los cargos directivos. Y se traslada el noviciado a Masamagrell. Quedan así destruidos los planes que hubieran sido causa de división y ruina del Instituto.

Cuando la hermana fugitiva torna a La Ollería todo ha cambiado. No puede soportar cambio tan brusco y enseguida abandona la congregación. Y nuevamente se dirige, esta vez seguramente con paso más cansino, hacia el norte. El dolor por la segura desunión ha concluido. *¡Sea el Señor bendito por todo!*, exclama el Padre Luis.

Pero el Padre Luis de Masamagrell acusa el golpe y sufre en silencio. Bebe lágrimas amar-

gas, y en el estómago se le hacen unos como buches de agua agría, que tiene que tragar a solas. En la soledad de la celda y en la soledad con Dios.

Un tercer motivo de amargura le llegará al piadoso Padre Luis por parte de algunos jesuitas. Y es que algunos de ellos, un tanto indiscretos y sin mandato alguno, intervienen en las primeras fraternidades amigonianas. El año 1891 transcurre apacible y placentero. E igualmente los años sucesivos. A pesar de todo la Congregación de Terciarios Capuchinos apenas si crece. No se favorecen suficientemente las vocaciones. Los religiosos se hacinan sólo en tres o cuatro casas. Y las relaciones entre sacerdotes y hermanos cada vez se van haciendo más tensas y distantes.

Es precisamente en 1890, y en la fraternidad de Torrente, donde se da la primera ingerencia jesuítica. Cierta padre, movido de celo, pero de celo indiscreto, visita frecuentemente a los religiosos amigonianos a quienes hace pláticas, les dirige, y llega a decirles que cambien el hábito por una sotana y esclavina. Él les dará otras constituciones y así tendrán vida, que de otro modo no la tendrán jamás.

Menos mal que al poco tiempo les visita el Padre Luis, su Fundador. Les hace una fervoro-

sa plática. El piadosísimo padre José María de Sedaví, que preside la fraternidad, levantándose de su sitial, cae de hinojos a sus pies. Y hace pública y solemne protesta de adhesión y fidelidad a la Orden. El Padre Luis les deja unas sabias ordenaciones para robustecer el espíritu franciscano: “Procuren que sus lecturas sean seráficas, seráficas sus devociones, seráficos los santos de su devoción a quienes se proponga imitar, y seráfico también el amor a María Inmaculada nuestra Madre, Rosa fragantísima del Jardín Seráfico”. Y así se pone fin a este doloroso distanciamiento.

De todos modos “hubo una porción de años -es el Padre Luis quien habla- en los cuales apenas tuve intervención ninguna en la dirección del Instituto, ya porque no tenía la necesaria libertad en mi Orden, ya porque los Superiores que regían mi Congregación la esquivaban, hasta el punto de pasar ocho años sin visitar la casa principal de la misma”. En este tiempo seguramente tuvo lugar la segunda injerencia jesuítica en la Congregación.

De todas las maneras las congregaciones de terciarias y terciarios capuchinos se desenvuelven en medio de los naturales apuros de todo período de fundación y afianzamiento. En 1902 Roma otorga la aprobación pontificia a ambos

Institutos. Es aquel un año memorable. En todas las casas hay días de júbilo y regocijo. Muchos parabienes y días llenos. Y los pechos de los religiosos se cargan de una nueva brisa de ilusión y de esperanza.

No obstante todo, la sombra de la discordia se va haciendo cada vez más densa. Y el surco de la desunión se va ahondando más. Se va haciendo cada vez más profundo. La Navidad de 1902 es sombría en la Escuela de Reforma de Santa Rita, de Madrid. El superior se encuentra en Valencia. Los religiosos, haciendo los santos ejercicios. Los chicos, no lo suficientemente bien atendidos. El 6 de noviembre hay marejadilla en el centro. Diez chicos se fugan. Y en los días sucesivos, algunos más. El desaliento y la desunión se palpan. El ambiente se hace tenso, y la vida un tanto desordenada. Y el director de los ejercicios, jesuita, con gran elevación de miras y la mejor buena voluntad salvadora, ofrece a los religiosos cambiar de jurisdicción, con la consiguiente reforma del hábito y Constituciones...

Los religiosos, obviamente, no ceden a la insinuación. Pero la Navidad de 1902 resulta dura para los religiosos de la Escuela de Reforma de Santa Rita. Y no sólo por la crudeza del clima invernal madrileño. Y es dura,

asaz dura, para el espíritu de su Padre Fundador. No obstante, el piadoso Padre Luis sigue misionando en tierras levantinas. La ecuanimidad y buen sentido nunca los pierde. Y la sonrisa beatífica sigue floreciendo en sus labios. Pero confiesa posteriormente que “el enemigo... trató de derribar (la Congregación) hasta sus cimientos, e insistió a este propósito, aún por tercera vez, como el más propio para conseguir su intento”, lo que no consigue gracias a Dios... y a la fidelidad de los religiosos.

A estas grandes pruebas y amargas siguen luego otras no menores. En 1904 se desplazan los problemas a la Casa de Reforma de Sevilla. Y los hermanos coadjutores se hacen acreedores a una de las cartas más amorosas y más paternales del piadosísimo Padre Luis.

En 1908 se acusa al Padre Luis de Masamagrell ante la Santa Sede. La acusa proviene de parte de algunos miembros del mismo consejo general de sus hijos terciarios. Lo cual es todavía más doloroso. Tendrá que dar detallada respuesta acerca de un centenar de puntos concretos. Se le pide que los aclare. Y los aclara con toda sencillez.

En 1923 sus hijas de Colombia parecen correr peligro por la intromisión de extraños en su régimen y dirección. El Padre Luis de

Masamagrell, su Fundador, les escribe una carta en la que derrocha amor paternal. Pide a sus religiosas fidelidad a la propia vocación, fidelidad al espíritu franciscano y fidelidad al espíritu propio. También les pide a las hermanas unión y caridad fraterna entre ellas. Y obediencia y docilidad a sus Superiores.

En 1928, entre sus hijas de Colombia y de España, hay peligro de ruptura. Aquéllas han pedido a la Santa Sede formar una *provincia religiosa independiente*. Su buen Padre Fundador una vez más tiene que correr presuroso con sus cartas a conjurar el posible peligro. Y les escribe que si “la cuerda de tres mallas difícilmente se rompe, según el Eclesiastés, ¿cuán sólida no deberá ser la que os liga y une entre sí a todas vosotras, que profesáis la misma fe, pertenecéis a la misma Congregación y sois hijas de la misma madre España?”

Por otros muchos momentos de amargura hubo de pasar el alma serena del Padre Luis, pero él permanece ecuánime y sereno, siempre fiel a la enseñanza de su santa madre, momentos antes de morir:

- *Ninguna culpa tienen los de fuera de nuestras tribulaciones.*

Y la ecuanimidad, la afabilidad, el equilibrio, la amabilidad y el buen sentido nunca desaparecen de su piadoso semblante. Verdaderamente Fray Luis de Masamagrell es un espíritu bien templado, fuerte. Un espíritu apto y capaz para todo tiempo, para todas las estaciones.

10. LA CUESTIÓN AMIGONIANA

Fray Luis de Masamagrell desea que en todo momento y lugar sus hijos sigan la pobreza y humildad de Nuestro Señor Jesucristo. Que entre ellos no haya clases, sino fraternidad. Que ninguno de ellos desee ser mayor, sino todos menores, sencillos, apacibles, modestos, humildes y fraternos. Y, sobre todo, que procuren mostrarse siempre sumamente simpáticos.

Quiere, además, también que entre ellos el que mande sea el menor, ministro y servidor de la fraternidad. De tal manera que los hermanos puedan hablar y tratar a sus ministros como tratan los señores a sus servidores. Pues que así debe de ser, que el ministro sea el servidor de los hermanos y que el que mande sea como el que sirve. Que hasta el Evangelio se expresa en estos mismos términos, o similares. ¡Ah!, y Francisco de Asís, su buen padre y fundador, también.

Naturalmente, Fray Luis de Masamagrell escribe asimismo a sus hijos espirituales algo importante para su régimen particular. Les escribe que se pongan como niños en manos de la santa obediencia, no teniendo juicio contra ella, ni concediendo demora o tardanza en su cumplimiento. Pues deberán arrojarse con alegría en brazos de la santa obediencia y en ella abandonar todos sus cuidados.

Pues, gracias a Dios, conoce muy bien por la historia de las órdenes y congregaciones religiosas que la obediencia es la base de la vida profesa, sin la cual no hay más que confusión y desorden, lo que lleva a los institutos a una muerte segura. Y por eso quiere y desea que la fundación de sus religiosos terciarios capuchinos, conocidos hoy como amigonianos, se edifique sobre los pilares de la humildad, la obediencia y la servicialidad franciscanas.

El piadosísimo Padre Luis no dice ni añade nada nuevo. Simplemente recoge y desarrolla los gérmenes del Nuevo Testamento y de la historia de los *Penitentes de Asís*. De todos modos, y a pesar de aspiraciones tan nobles, la realidad posterior es que el descontento viene a empañar la vida de la primitiva fraternidad, como no puede ser de otro modo. Y, total, todo por un quítame allá esas pajas. Que casi siem-

pre las divisiones y contiendas se originan por eso, por cuestiones mínimas, sin importancia, y de justicia, que no de caridad.

Y lo peor en estos casos es que lo que el fundador legisla como máxima novedad del Instituto, con el tiempo viene a convertirse en piedra de escándalo para los más débiles. Por lo que el fundador personalmente viene a tener parte, aunque indirectamente, o al menos conciencia de culpabilidad, en las desuniones y discordias de sus mismos hijos.

Lo cierto es que el Padre Luis de Masamagrell, a sus treinta y tres años de entonces, no andaba sobrado de experiencia. Y es a esa edad a la que escribe las Constituciones para la fundación de sus hijos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores. Es verdad que a los apenas treinta años había escrito ya las Constituciones y había hecho la fundación de sus hijas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia. Pero, la verdad es que a dicha edad a nadie resulta fácil gozar ya de la madurez y ponderación necesarias para llevar a cabo una tal empresa.

Desde luego él siempre tuvo muy claro que el Señor no distingue a las criaturas por la grandeza de sus ministerios, sino por la grandeza de sus obras. Y así lo escribe. Seguramente que

para sus hijos esto no es tan evidente. Lo cierto es que se le ocurre escribir en las Constituciones que la Congregación se compone de religiosos sacerdotes y de hermanos coadjutores, si bien, en atención a las obras a que se dedica el Instituto, éstos últimos deben ser los más. Y, en cambio, reserva para los sacerdotes los cargos de superiores mayores.

Esta es la gran novedad que Luis de Masagrell introduce en las Constituciones primitivas. Pero tal novedad no lo es tanto para quienes conocen la trayectoria de las órdenes franciscanas, fundadas por el Serafín de Asís sobre la amplia base de la minoridad y de la fraternidad.

De todas las maneras es relativamente frecuente, en la historia de las órdenes y congregaciones religiosas, encontrar una cuestión espinosa, a la que frecuentemente se le identifica con el adjetivo patronímico del fundador. Suele suscitarse con la noble intención de una mayor fidelidad al pensamiento del fundador, o también por el sano deseo de intentar interpretar, dentro de lo posible, su evolución en el tiempo. La *Cuestión Amigoniana*, y los consiguientes problemas sobrevenidos con el tiempo a la fraternidad, encuentran aquí su punto de arranque.

Andando el tiempo (esto de andar el tiempo nunca lo comprendí pero, vamos, dicen que anda y así lo digo yo también; otros dicen que corre, puede ser); andando el tiempo, digo, viene a convertirse esta novedad en piedra de escándalo y *Cuestión Amigoniana*. Porque sus hijos, lo que por lo regular sucede siempre si no se tiene un gran espíritu de mortificación, desean servir al Instituto, pero a ser posible siempre desde la cúpula del mismo. Y, sea por el afán de fidelidad al pensamiento de su Padre Fundador, sea por el sano deseo de intentar interpretar su posible evolución en el tiempo, más de una vez hacen chirriar hasta las estructuras espirituales del mismo que, según dicen, suele ser lo que menos chirría, al menos externamente. A este problema es al que yo denomino con el nombre de *Cuestión Amigoniana*.

Por si esto no fuera suficiente vienen a remover la poco feliz formulación de las Constituciones las posteriores Normas promulgadas por la Santa Sede el 28 de junio de 1901. Pues, por imperativo de estas Normas y sólo de ellas, es preciso cambiar el fin propio del Instituto y modificar la primigenia idea del piadoso Padre Luis de fundar un instituto de corte laical, más bien que clerical.

Las Normas de 28 de junio de 1901 nacen con el laudable propósito de dar luz y poner orden en el amplio espectro que presentan las congregaciones femeninas. A unas congregaciones de otras difícilmente se las distinguía ya por su nombre, por su fin específico y por sus ejercicios de piedad. Y como estas Normas evidentemente prestan un buen servicio a los institutos femeninos, se determina aplicarlas asimismo luego a las congregaciones de varones.

Por otra parte en estas fechas, no sólo en España, sino también en otras varias naciones de Europa, los gobiernos están legislando con la intención de equiparar las congregaciones religiosas en todo a cualesquiera otras clases de asociaciones. Y corren el riesgo evidentemente de ser disueltas. Por eso la Santa Sede se apresura a otorgar la aprobación pontificia a todas ellas indicando, no obstante, la posterior obligación de acomodar las Constituciones a lo que ordenan las Normas.

Las citadas Normas, entre otras exigencias, imponen la obligación de precisar bien el nombre y finalidad del Instituto, sus clases de miembros, su diversidad de noviciados, la prohibición de vivir sólo de limosna, etc. Y, por lo que a los institutos religiosos se refiere, con-

templan una doble posibilidad: o bien se configuran como laicales, en cuyo caso todos sus miembros pueden acceder a todos los cargos directivos del Instituto, o bien como clericales, en cuyo caso a dichos cargos únicamente acceden los sacerdotes. Caminar por vía intermedia, aunque sea siguiendo el espíritu de Nuestro Señor Jesucristo y de su fiel imitador San Francisco, y el que parece ser el caso de nuestro Instituto según Constituciones, sencillamente, no es posible para Roma.

Obviamente las benditas Normas de 1901, en su deseo de poner orden y concierto entre los religiosos, también levantan una gran polvareda en el Instituto. Y los hermanos, especialmente los más débiles, los hermanos coadjutores, sufren en sus carnes los duros efectos de tal acomodación. Pues se opta por instituto de corte clerical y, lo que frecuentemente sucede, la sogá quiebra siempre por el punto más débil y el carro entorna por la parte más flaca. Y los hermanos coadjutores pierden algunos de sus privilegios, lo que es motivo de sinsabores en el Instituto de Tercerarios Capuchinos.

¿Qué sucede? Por una parte el entonces superior general, el bondadosísimo padre José de Sedaví, desea acomodar prontamente las

Constituciones a las Normas, para su aprobación definitiva por Roma. Por otra parte el ya beato padre Domingo María de Alboraya, más proclive a reinstaurar el primitivo espíritu fundacional, propende por una congregación de corte laical. Y el Padre Luis de Masamagrell se esfuerza por armonizar ambas posiciones. Desea vivamente la aprobación de las Constituciones, pues él siempre ha manifestado a Roma una rendida obediencia franciscana y siempre ha sido muy cuidadoso, pero manteniendo al Instituto en su primer carácter laical. Desea la acomodación del Instituto a las Normas, pero desea realizarla con el menor trauma posible para sus hijos, los hermanos coadjutores.

Y hay que ceder a lo que entonces parece lo más lógico y natural. Por otra parte, siempre hay que atar el asno al árbol al que quiere su dueño. Y en aquel entonces Roma lo quiere así. Y, a decir verdad, de entonces acá muy poco ha cambiado el modo de pensar en la Ciudad de los Papas.

En esta ocasión el Padre Luis, ante las frecuentes y lastimosas deserciones, dirige una carta larga y paternal a sus hijos. Les pide que se mantengan firmes en la propia vocación. A los superiores les pide celo, respeto mutuo y principio de autoridad. A los súbditos, toda

clase de consideraciones para con sus prelados mayores y locales. Y a todos, unión, como en apretado haz, con el estrecho lazo de la caridad.

En los años sucesivos la disensión y el distanciamiento entre los religiosos se va acentuando. Los puntos de vista personales se van haciendo distantes. Entra, incluso, de por medio algún seglar bienintencionado. Por otra parte el piadoso Padre Luis de Masamagrell es elegido Obispo de Tagaste y Administrador Apostólico de Solsona. Indudablemente la distancia misma en el espacio es ya un óbice que no puede facilitar el entendimiento, ni aminorar el distanciamiento de posiciones.

La que se ha dado en llamar *Cuestión Amigoniana* -que haberla hayla, claro que sí-nace, como dije anteriormente, de una incongruente formulación de las Constituciones primeras, a las que viene a añadirse una diversa idea en cuanto a la adecuación de las Constituciones a las Normas.

Por otro lado las Normas no son lo suficientemente conocidas. Más aún. Parece que hasta hay un cierto excesivo interés en que no lo sean. Y tanto es así que cuando el entonces superior general, el sabio y bondadosísimo padre José María de Sedaví, se muestra reacio

a permitir el acceso de los hermanos coadjutores al sacerdocio o no otorga fácilmente el santo hábito a los aspirantes, se le tilda de falta de interés por la Congregación, cuando realmente no hace sino poner por obra las Normas de la Santa Sede para clarificar y cimentar sólidamente el instituto.

Y llega el año 1907. Hay interés, como recompensa a los méritos de los religiosos por sus trabajos en la Escuela de Reforma de Santa Rita, en elevar al episcopado al Padre General o, en todo caso, al Director de la Escuela de Reforma. Amablemente, por parte de ambos, declinan el honor en la persona de su Fundador Padre Luis de Masamagrell. Y esa es la ocasión o el motivo de su posterior elevación al episcopado. En esto se echa de ver la Providencia del Señor, así como también la grandeza de ánimo de los hijos espirituales del Venerable Padre Luis.

Posiblemente también este hecho debió de contribuir, en algún modo, al distanciamiento entre algunos de sus hijos espirituales. Que todo puede ser. Lo cierto es que las relaciones fraternas se van enconando todavía por varios años. Tanto que incluso el Fundador escribe dos cartas a Roma en las que, sea tal vez por lo sesgado de la información que posee, sea quizá

porque no se manifiesta lo bastante prudente, pero lo cierto es que seguramente acentúa en demasía los tonos oscuros. ¡Qué se le va a hacer! ¡Sea todo por el amor de Dios! Que bien sabe el Señor que el piadoso Padre Luis en esto, como en todo, se guía por el amor a sus hijos espirituales y a la Congregación que el Señor tiene a bien fundar por su persona.

Lo cierto es que siguen todavía algunos años de descontento. Se resquebraja la fraternidad. Pasan algunos años sin fundación alguna. Y solamente la benevolencia del Señor lleva adelante la Congregación.

El Padre Luis de Masamagrell, como padre y fundador, sufre lo indecible, y apela a su bendita Madre de los Dolores para que consolide la paz y unión fraterna, tan necesaria para el progreso de la Obra que, le parece a él, quiere minar el enemigo por sus cimientos. E insiste, con ocasión y sin ella: “Unámonos en espíritu en el santuario del corazón dolorido de nuestra Madre y pidámosle con fervor nos continúe sus bendiciones, dando a los prelados luz y acierto en sus disposiciones; a los súbditos, unión, celo y sumisión; y, por sus méritos, el perdón de sus pecados a este su padre y siervo en Cristo”.

Para anular estos efectos el Padre Luis, por segunda vez, tiene que echar mano de su mucha paciencia, comprensión y derroche de amor paternal. Y, luego de hacer amplio relato de la historia de los hechos a los hermanos coadjutores, les recomienda sumisión y obediencia a la Santa Sede, haciéndoselo constar así en carta que cada uno de ellos le dirija personalmente a él como Fundador.

De lo que sí hay que estar ciertos es de una cosa. Que en estos casos no es aconsejable a los religiosos mostrar un temple de acero. Que, si una vez se quiebran, no hay forma de soldarles. Y, si se consigue lograr, la unión suele ser sumamente débil y endeble y, por supuesto, muy tardía. Hay también que añadir que la historia, siempre tan bella y hermosa, nos indica que Dios está sobre nuestras mismas acciones. Y que hay problemas, como este de la *Cuestión Amigoniana*, cuya solución todavía se encuentra en el alero. Esperemos que no sea por mucho tiempo.

Y como llegó y pasó el año 1907, llega y pasa asimismo el 1908. Aquel año los terciarios capuchinos tienen capítulo general. Se espera la de San Quintín, o la Gorda, que para el caso es lo mismo. Luis de Masamagrell escribe a Roma. Y escribe hasta por dos veces. Desea

evitar a toda costa la ruina de una obra que, a juicio de todos, está haciendo un gran bien a la sociedad y está dando mucha gloria a Dios.

Lo cierto es que la Divina Providencia, que si hasta se cuida de los lirios del campo y de las avecillas del cielo, ¡con cuánto más amor no cuidará de sus hijos!, arregla las cosas a su modo. Que es la mejor manera de arreglarlas, si se lo permiten los hombres, claro. Y hay que confesar que en aquella ocasión sus hijos se lo permitieron plenamente.

¡Gracias sean dadas por todo al Señor!

Seguramente los religiosos recordaron el conocido adagio que dice *antes de entrar, dejen salir*. Y el relevo en la cúpula de la Orden, perdón, del Instituto se efectúa aquel otoño con la mayor normalidad. Y seis años más tarde encontramos nuevamente al padre José María de Sedaví dirigiendo los destinos de la Congregación, muy a satisfacción de todos, al parecer.

Una vez más la grandeza de ánimo de los religiosos priva en sus actuaciones. Y el amor a la Congregación se impone al amor propio y a mezquinos intereses. Si bien sus relaciones personales -preciso es reconocerlo- no siempre son lo cordiales que cabe esperar de ellos, pues

el padre Domingo de Alboraya pide un año de exclaustación para atender a su madre y se tardan seis en permitirle reintegrarse a la Congregación, por más que el derecho esté de su parte.

De todos modos quienes un día fueron alma y vida de la naciente Congregación cruzaron ya los umbrales de la historia. Gastaron sus vidas para la mayor gloria de Dios, salvación de las almas, y honra de la Congregación, como les recordaba con harta frecuencia el Fundador. Pero siempre queda el interrogante ¿No vendría motivada la *Cuestión Amigoniana* por una deficiente formulación de las primeras Constituciones?

De todas las maneras, a ejemplo del Seráfico Padre San Francisco, Luis de Masamagrell también escribe su testamento espiritual, su última voluntad. No desea que le cambien su pensamiento, que no puede ser históricamente lineal, pues las Normas de Roma no se lo permiten. Pero en la conocida como carta testamento recoge el espíritu y la esencia de la Congregación, lo que constituye el fin primario, por más que en el decurso de la historia haya sido preciso rectificar, y aun modificar, la misión específica o fin secundario de la misma.

Y en el fin primario se la delinea en el seguimiento de Cristo, con el estilo de Francisco, en fraternidad y minoridad, con un gran amor a la Virgen de los Dolores, y al servicio de la juventud desviada del camino de la verdad y del bien.

11. EL PADRE LUIS MINISTRO PROVINCIAL

¡Qué delicia La Ollería...!

En los primeros días de marzo brotan las viñas en zarcillos, y hay ya renuevos olorosos en los olivares, y ya no hace frío en el valle de Albaida, Valencia. Y el convento capuchino se pone alegre y nuevo. Las brisas del puerto de La Ollería traen el primer olor a tomillo y cantueso, a espliego y romero... Los días son más largos. Y los seminaristas seráficos juegan ya en el huertecillo del olivar. Alrededor del mirto grande que plantaron los frailes antes, mucho antes ya, de la exclaustración de 1836. Son días claros. Hace ya bueno. Es el preludio de la primavera. Y los primeros cereales pregonan ya la esperada cosecha en zurrón, casi a punto de cerner.

Seis años lleva Fray Luis de Masamagrell en este convento capuchino. Lo fundó San Juan de Ribera en el lejano año del Señor de 1601. Y lo dedicó a los santos Abdón y Senén, los

Santos de la Piedra. Y en el convento se ha gozado de la liturgia sagrada, de la vida conventual y de la paz del claustro hasta bien entrado el siglo XIX.

Le toca al Padre Luis de Masamagrell la suerte de reabrirlo. ¡Que algún nombre hay que dar a la Providencia Divina, claro! Y en cuanto a lo de suerte, he de decir que más bien fue por obra y gracia del padre Joaquín de Llevaneras, a la sazón Ministro Provincial. De todos modos allá se va el Padre Luis la víspera del Día de Todos los Santos de 1886. Y las autoridades del pueblo le libran escritura de cesión del convento en fecha 7 del mismo mes y del mismo año.

La Ollería supuso para él, según confiesa después, un calvario. Y tal vez por esto ama a este convento más que a los demás. En él tiene la suerte -que no agradecerá lo bastante al Señor- de residir seis años de su vida. Tal vez una de las etapas más felices de su existencia terrenal. Concretamente de 1893 a 1899. En él cultiva el seminario seráfico, y la Orden Tercera y... una numerosa fraternidad.

¡Qué delicia el convento de La Ollería...!

Cuando llegan los días buenos, como digo, el Padre Guardián del convento baja frecuente-

mente al pueblo. Y visita a sus terciarios seculares en los pueblecitos del valle de Albaida y del valle de La Alcudia. Y sus terciarios, los cuartos domingos de mes, acuden al convento, como rosario de peregrinantes, entre olivares y la triple fila de cipreses que conduce a la explanada del Santuario.

En el convento de La Ollería se da el caso curioso de que los frailes promueven tanto la Orden Tercera que hay más movimiento en la oficina del convento que en la Casa Consistorial del pueblo. Esa es, al menos, la voz común. Allí gozan los inquilinos de inviernos benignos, veranos frescos, primaveras y otoños soleados, deliciosos.

El convento tiene todo el encanto de la mansión capuchina, mitad santuario, mitad monasterio, lugar de oración, de retiro y de paz, de lo que siempre se muestra ávido y sediento el espíritu de Luis de Masamagrell, su restaurador.

Recuerdan que el año de 1898 tocaba ya casi a su fin. Al convento llegan noticias del desastre de Cavite, en Filipinas. Y de la Paz de París. Por pueblos y ciudades va aumentando el número de harapientos y pordioseros. Son los supervivientes del desastre del 98. Son los últimos de Filipinas. Y por entonces, como digo,

algunos de ellos se llegan hasta el convento. Y con ellos llega también la noticia de la división de su amada provincia capuchina de Toledo.

La verdad sea dicha. El Padre Luis de Masamagrell trabaja lo indecible por la restauración. De las provincias de Andalucía y Valencia, claro. Pues la restauración siempre fue una aspiración legítima, tanto de los capuchinos andaluces como de los valencianos. Además es convenientísima. Para satisfacción de los religiosos, pues siempre les resulta molesto a los más el tener que residir en conventos que no son de su territorio, como escribe el Padre Luis. Además a los valencianos -y quede esto entre nosotros- la sombra del *Micalet* les suele resultar muy amable a todos ellos. Y sumamente apetecible. Que el hombre profesa siempre un amor innato por el país y las tierras que le han visto nacer.

Por otra parte las costumbres y caracteres distintos de cada región son motivo de disgustos, por lo regular, si no se tiene mucho espíritu de mortificación.

Fray Luis de Masamagrell trabaja, como digo, con entusiasmo por conseguir la tal división. Y procura facilitarla por todos los medios a su alcance. Eso sí, bien sabe Dios que nunca se deja arrastrar por intenciones menos rectas.

Si no por el mejor deseo de facilitar la fraternidad y servir a la Orden. Por lo demás tiene bien claro que cada uno debe alimentar y amar a su hermano como la madre alimenta y ama al hijo de sus entrañas, según escribe Francisco de Asís.

Y así lo practica.

Sí, ya sabemos que luego se ha dado en decir entre los frailes que, aprovechándose de su elección a fabriquero de la provincia, edifica conventos en tierras valencianas. Y que luego escribe a los religiosos de su tierra para que pasen a ocupar los mismos. Y que, cuando dispone ya de frailes y conventos suficientes, finalmente pide al Reverendísimo la restauración de la antigua provincia religiosa. Y lo bueno no es que lo digan, sino que así es, ¡por qué negarlo! Que sencillez, prudencia y fortaleza conviven siempre en su persona. Así, al menos, se lo han reconocido. Y lo han testificado quienes bien le conocieron.

Así es que en el otoño del año del Señor de 1898 se piden pareceres a los religiosos. Y, en la consulta, resulta favorecido con la mayoría de los mismos. Y es nombrado Ministro Provincial, el primero luego de la Restauración. Con lo que tiene que salir de La Ollería, muy a pesar suyo y donde, tranquilo, continuaba en

el desempeño de su cargo de guardián del convento de san Abdón y Senén, los llamados Santos de la Piedra.

¡Sea todo por el amor de Dios!

Deja pasar las fiestas navideñas, que aquel año son en extremo solemnes. O al menos así se lo parecen a él. Tanto que acude a su mente cuanto dice el Seráfico Padre respecto a las fiestas navideñas: «Que en la Navidad del Señor de cada año, los hombres derramen trigo y otros granos por los caminos fuera de las ciudades y castillos, para que, en día de tanta solemnidad, todas las aves, y particularmente las hermanas alondras, tengan qué comer».

¡Ah!, aquel invierno en el convento los frailes tienen que echar miel a las colmenas y ponerles calor, para que la hermana abeja no perezca por el frío, y por la falta de alimento, ya que el invierno es muy frío y la primavera tarda en entrar.

Y el primer día del año nuevo, y último año del siglo XIX, reúne en el convento capuchino de la Magdalena, en Masamagrell, al discretorio provincial. Que en aquel entonces, para entendernos, los consejeros se llamaban también discretos.

¡Y a fe mía que sí que lo eran!

¿Que por qué es elegido ministro provincial, me preguntáis? La verdad es que no lo sé, ni nunca tampoco lo he podido saber. O tal vez, que no tiene explicación posible, pues no es cuestión de pedir porqués a lo que es sencillamente eso, providencia divina. Pero seguramente que enseguida se le fija en la mente, no sabemos si por inspiración divina, Dios lo sabe, lo que dice el Seráfico Padre San Francisco: *Que así debe de ser, que los ministros sean servidores de sus hermanos.* Y lo llevará a la práctica con tesón.

Y en servicio a la fraternidad consume todos sus desvelos.

También tiene muy presente que el ministro es elegido para facilitar el encuentro de la voluntad de Dios sobre sus hermanos, aunque resulte doloroso, y que el hombre madura a través de los avatares de la vida y la inmensa piedad de Dios. Nunca a puntapiés y a empujones. Por lo demás nadie, cuando pretende coger miel, va dando puntapiés a la colmena.

Que la vida es, eso, un paso de egoísmo al altruismo. Yo, sencillamente, lo llamo pronombrear. Que no es sino un ir saltando de pronombre en pronombre, como los niños saltan de piedra en piedra para cruzar el riachuelo. O como van saltando de losa en losa, en los

soportales de la plaza mayor del pueblo, hasta llegar al final. Es fácil: yo, tú, nos-otros, vos-otros, El... Bueno, es muy fácil decirlo, claro. Pero no cabe duda de que es un buen termómetro de la madurez humana. ¿No os parece?

Pero dejemos este camino que conduce, cuesta abajo, hacia el valle de la distracción, para decir que la anunciada reunión del discreto provincial tiene lugar en La Magdalena, en el convento de Masamagrell, en fecha 1 de enero de 1899.

Se reúne, pues, con los padres Fermín de Velilla, Melchor de Benisa, Francisco de Orihuela y Fidel de Alcira. Buenísimos religiosos todos ellos, que se le dan por consejeros. Y emprenden la grandiosa obra de la restauración de su amada provincia capuchina de la Preciosísima Sangre de Cristo, de Valencia, fundada por San Juan de Ribera.

Una cosa tiene, para empezar, muy clara: la primacía de las personas sobre las casas, y de las casas sobre las cosas. Con este principio de fondo trata de elaborar su programa de intenciones, o programa de gobierno, que plasma en once precisos acuerdos.

Dedica los dos primeros a lo que hoy llamamos la identidad religiosa. Tres más, a la formación franciscana. Otros tres, a la unidad y atención de la fraternidad. Uno dedica a la distribución de las limosnas. Y concluye, con un último acuerdo, sobre el fomento de las Misiones, que han sido siempre la gracia especial de la Orden Capuchina, y en lo que en todos los tiempos ésta mayormente se ha distinguido.

¡Ah!, y seguidamente crea la revista *Floreциllas de San Francisco* con el objeto de promover y aumentar el espíritu franciscano. Sabe por experiencia el gran bien que va haciendo a la Orden Tercera *El Mensajero Seráfico* fundada en 1883, al poco tiempo de la restauración de la Orden en España.

Al programa de intenciones acompaña una carta que envía a sus religiosos excitándoles a la gratitud para con Dios, con diversos festejos, e invitándoles a seguir la santidad y el ejemplo de los religiosos antepasados. «Así añadiremos -les decía- a la brillante historia de la Provincia una página más que en nada desdecirá de las anteriores y servirá de ejemplo y edificación a todos los religiosos del porvenir».

Como fácilmente se echa de ver, se trata de una programación al servicio de Dios y de los

hermanos. Que la experiencia enseña, y la Orden es testigo de ello, que es más franciscano el servicio a la fraternidad, el desapropio y sentido providencialista de la vida, que no la preocupación por el cómo viviréis o cómo vestiréis.

Que el Padre del cielo ya sabe de qué tenéis necesidad.

Y enseguida, con los miembros del Consejo, se pone manos a la obra. Elabora las tablas de las familias religiosas, estructura los estudios, crea la escuela seráfica de Orito, en una época en que tanto escasean las vocaciones religiosas... ¡Ah!, y hace los trámites necesarios para la fundación de un Seminario de Misiones en la provincia. Con ello pretende poner las bases de una nueva Congregación de Misioneros.

¡Lástima que no llegue a cuajar la idea! Tal vez la cortedad de miras de algunos de sus hermanos... Tal vez la experiencia dolorosa que le supusieron ya sus dos fundaciones anteriores... Lo cierto es que el Seminario de Misioneros no cuaja.

¡Loado sea el Señor en sus bondades!

Reanudando el relato diremos que Fray Luis de Masamagrell, a la sazón Ministro Provincial, aprovecha la ocasión para visitar a sus hijos.

Así es que, pasados los días del crudo invierno, y ya más libre de ocupaciones y preocupaciones, y con mayor autonomía en la Orden -que todo hay que decirlo-, visita a sus hijos en la Escuela de Reforma de Santa Rita, en Madrid, donde puede apreciar los adelantos de la Obra. ¡Hace ocho años que, por causas ajenas a su voluntad, no le ha sido posible visitar la casa principal de la Congregación!

Quién sabe por qué, lo cierto es que hubo una porción de años en los cuales apenas tiene intervención alguna en la dirección del Instituto. Ya porque no tiene la necesaria libertad en su Orden, ya también porque los Superiores que rigen su Congregación la esquivan. Lo cierto es que la anunciada visita se convierte en un acto de desagravios hacia su augusta persona.

Llega a Madrid -así lo recuerdan sus religiosos mayores- en el tren de la mañana. Al amanecer de un día cualquiera de mayo de 1899. Y sus religiosos le retienen en la residencia de la Castellana, 42. No quieren que vaya a la Escuela de Reforma de Santa Rita hasta por la tarde. Le sorprendió sobre manera el ver, ya próximos a Carabanchel, donde está situada la Escuela, una hermosa cabalgata formada por los corrigendos, montados en briosos y bien

enjaezados caballos, y vestidos con lujosos trajes a la antigua usanza española.

Al entrar en los andenes del huerto de Santa Rita, y apearse del coche, es recibido por los religiosos y alumnos corrigendos con el mayor entusiasmo, entre vítores y aplausos, y derramando los niños flores a su paso al dirigirse a la capilla. Tales manifestaciones de veneración y afecto le sirven de grandísima confusión, teniendo presentes sus muchas infidelidades para con Dios, dice él.

Tanto que hubo de acordarse en aquella ocasión de su Padre San Francisco quien, por más que rehuía siempre todo aplauso del mundo, en cierta ocasión admitió con muestras de complacencia los vítores y palmas con que le recibieron en una ciudad.

En los días sucesivos hubo sabrosos festejos en la Escuela. No faltaron las luchas en el palenque, ni los torneos de corte medieval, los fuegos a la valenciana, y paellas...

En alabanza de Cristo. Amén.

Los años de su provincialato -¿lo sabéis?- transcurren con la rapidez de los años felices. Conforme al programa dedica su tiempo a fomentar la observancia regular (para lo que edita el librito de la Regla), a cimentar los estu-

dios, a incrementar las Misiones, a delimitar el territorio de la Provincia y Misión. Y elabora una estadística de la provincia capuchina.

Sí, también ha de solucionar pequeños problemas que inevitablemente acá y acullá surgen a un Ministro Provincial en las numerosas fraternidades. Como el caso de los Hermanos legos a quienes el padre guardián manda limpiar el pozo ciego del convento y éstos se le niegan aduciendo que el Derecho prohíbe emplear a los religiosos en servicios indecorosos. Pero el caso lo soluciona fácilmente Fray Luis de Masamagrell imponiendo a los Hermanos “diez días de Santos Ejercicios y por lo que queda de año, en saludable penitencia, se encargarán ellos solos de la limpieza de los platos”.

Sí, también procura la reparación de los conventos que, los pobres, no andan sobrados de atenciones. Pero, gracias a Dios, las grietas de los edificios materiales no son de tan difícil reparación como las de sus inquilinos los religiosos.

Así que el 10 de enero de 1901 tienen ya nuevo capítulo provincial. Y, elegidos que fueron el Ministro Provincial y sus Definidores, Fray Luis de Masamagrell es elegido Custodio General, quedando libre de todo otro cargo por

el tiempo que prescriben las constituciones capuchinas.

Por ello da gracias al Señor, pues ya ansiaba no tener que atender a otra cosa que a su alma y a obedecer.

12. A MADRID, VILLA Y CORTE

El Padre Luis de Masamagrell sabe que los pilletes no son malos. Sabe que no roban por placer, sino por necesidad. El Padre Luis de Masamagrell, además, sabe que hay que hacer algo por los pilletes de la Plaza del Mercado de Valencia. Y por los pilletes del Barrio de Ruzafa. Y por los hijos de los pescadores del Cabañal, frente al mar. Y..., por los pícaros del mundo entero, porque todos son buenos. Que sí. Que los jóvenes de todo el mundo son buenos. Pero, ¿cómo moralizar a la juventud extraviada? ¿Cómo y por dónde comenzar?

He escrito que, por imperativo de las Normas de 1901, el Instituto Amigoniano hubo de modificar su fin propio y específico. Y es la verdad. Pero no es toda la verdad. Pues, desde los comienzos de la fundación, los religiosos se dedican ya a “la gran obra de la moralización de la juventud que el Señor ha encomendado a la Congregación”, según les escribe su buen

Padre Fundador. Y la divina providencia, por los caminos de no se sabe bien cómo, les conduce, les va dirigiendo amablemente a la Escuela de Reforma de Santa Rita, a la Villa y Corte de Madrid.

El Madrid de finales del XIX, es verdad, presenta una estampa pobretona y miserable. Y el Padre Luis de Masamagrell se da cuenta. En Madrid la gente no vive bien. En Madrid la vida no es buena. Se da un vivir trepidante, sí, pero el pueblo llano pasa demasiada hambre. Vive del imprevisto y de la providencia. Cada cual roba lo que pilla y se echa a la faltriquera lo que puede. Y Madrid, Villa y Corte, ofrece al espectador decimonónico un no sé qué de oscuro, trágico y precario.

Es verdad que en Madrid apunta ya la era industrial. Y Luis de Masamagrell así lo aprecia. Pero es todavía el Madrid de callejuelas empedradas de canto rodado. Es el Madrid de los tranvías mortecinos. De casuchas bajas, renegridas o levemente enjalbegadas. Pero tapiadas siempre de un sinfín de agujeros y ventanucos asimétricamente combinados. Ofrece al viajero un aspecto chaparrete y un tanto hosco y deleznable.

El Madrid de finales del XIX, como digo, brinda al visitante un aspecto sórdido y mise-

rable. Eso sí. En Madrid hay infinidad de niños. En Madrid abundan los niños abandonados, niños que pululan por el Madrid de Embajadores, Acacias, Atocha o Lavapiés. O que recogen trozos de maderas o carbón entre las vías del tren. Mozalbetes es lo que más abunda en Madrid, plaza de la indigencia y de la pobreza. Y al anochecer, los pícaros se van recogiendo en los alrededores de la Plaza Mayor. Es el refugio natural de un mundillo innominado de golfillos y maleantes desarraigados. Es el comunismo del hambre y de la miseria.

Es el Madrid que, en mayo de 1889, conoce el Padre Luis de Masamagrell en su traslado a la Villa y Corte, con el padre Francisco María de Sueras y el joven estudiante fray Luis María de Valencia, para conocer personalmente la Fundación de Santa Rita, en los Carabanchales. Aprovechan también la ocasión para tener un primer contacto con el obispo de Madrid, Mons. Ciriaco Sancha, y con la Junta de Patronos. Y se les ofrece asimismo la oportunidad de visitar el *Patio de los Micos*, en el Saladero, guarida entonces de los jóvenes desarraigados. Es un primer acercamiento al mundo de la misión específica.

Por aquellas calendas están asfaltando la Puerta del Sol. Diez o doce hornillos vomitan

por sus chimeneas un humo espeso y acre. Y al caer del día sombrajos dantescos terminan de remover el asfalto en las bituminosas barricas. Recuestan sus enormes palas de madera sobre aquellas. Y, presurosos, retornan a sus cobijos. Entonces el mundo del hampa se refugia allí, dispuestos los mozalbetes a pasar la noche como sea.

Unos duermen con la cabeza apoyada en los hornillos, como si les fueran a dar un testarazo. Otros, envueltos en deshilachados capotes de la última guerra carlista. Pero nunca se goza allí del silencio total de la noche madrileña. De vez en cuando llega algún que otro molesto inquilino. Y normalmente suele ser a última hora. Alguien, aterido o beodo, que trata de hacerse sitio entre los otros.

- ¡Chist!, carnicerín, que no dejas dormir. Te mato, dice un chiquillo astroso.

- Cállate. Que, como te oiga el sereno, terminamos la noche todos en el cuartelillo. O en *El Patio de los Micos*, que es peor. Y allí sí que hace frío, ¡eh!

- Que nos correrán Montera arriba. ¿O no te acuerdas ya de ayer?, replica un pillete canijo, de labios belfos y ojos ribeteados, de mote El Jaro.

- Yo me voy al Corralón de las Acacias. Allí estaré tranquilo, musita un quídam que, como la burra de Balaam el bíblico, interviene sin preguntarle.

- ¡Eh, tú!, hazte el dormido que viene el sereno con el mimbrajo.

Diálogos como éstos puede escuchar doña Concepción Arenal casi a diario. Y con desarrapados, de ojos turbios y caras de hambre, desnutridos y harapientos, se topa frecuentemente la flor y nata del parlamentarismo español. Por eso doña Concepción Arenal, entregada en cuerpo y alma a estos desarrapados, escribe *El Visitador del Preso*. Y los periodistas aúnan esfuerzos para crear un correccional de jóvenes. Y don Francisco Lastres intenta dar cumplida solución al problema de la juventud. Y también el duque de Maura, y don Manuel Silvela, y el marqués de Casa-Jiménez. ¡Y qué sé yo cuántos más!... Que los grandes de la España del XIX son por naturaleza compasivos y misericordiosos.

Bueno, fruto del esfuerzo de particulares es la fundación del primer establecimiento correccional de jóvenes. Y, ¿cómo se le denominará? Escuela de Reforma de Santa Rita. Que para eso la esposa del donante de la finca se honra con este bonito nombre. ¡Menos mal! Por fin los

pícaros del Madrid de finales del XIX van a poder abandonar la inmunda piltra del *Patio de los Micos*, en el Saladero.

Pero..., ¡coincidencias de la suerte! O tal vez, ¡indescifrables designios de la Providencia Divina! También por Valencia anda un fraile capuchino. Es Fray Luis de Masamagrell. Cuenta tan sólo 34 años. Y se empeña en la fundación de una congregación religiosa de varones, que complete la obra de su congregación femenina. Les destina a la educación correccional de la juventud. Que el siglo XIX ha generado las suficientes lacras sociales como para que no falte tema a la novela realista. ¡Ah!, ni fundadores de congregaciones religiosas destinadas a remediarlas.

Entre tanto don Francisco Lastres anda buscando en Italia personal para su obra. En un primer momento se traslada a Turín, en el corazón del Piamonte. Y va en busca de don Juan Bosco.

- Necesito personal para mi Escuela, le dice, y he pensado...

- Encantado. Un simpático pensamiento el suyo, le responde don Bosco.

- Pero la Escuela de Santa Rita es un correcional, padre. En él se hace imprescindible la coacción...

- ¡Ah!, no, no, no. Entonces no. En estas condiciones yo no puedo aceptar. Las murallas de mis establecimientos son las calles.

Y don Juan Bosco declina el ofrecimiento.

Pero don Francisco Lastres no es hombre que se arrugue a la primera. Ni tampoco un espíritu que fácilmente se arredre. Años después, por la *Riviera Azul*, se dirige camino de Roma. Su Santidad León XIII le indicará el personal que precisa. Lo tiene bien cerca. Lo tiene en España. Lo tiene en Valencia. Es la nueva fundación realizada por el capuchino Fray Luis de Masamagrell. Y allá que se va.

Concertada la fundación y aceptado el ofrecimiento, el 24 de octubre de 1890, que la iglesia celebra de san Rafael Arcángel, Fray Luis de Masamagrell, y algunos otros religiosos más, parten camino de la Villa y Corte de Madrid. Y a finales de mes se hacen ya cargo de la Escuela de Reforma de Santa Rita.

Los primeros días en la Escuela son duros. Es preciso... Bueno, como en toda fundación, es preciso casi todo. Hay que roturar los terrenos. Hay que trazar los caminales. Hay que

arreglar los paseos de la finca y hay que plantar abundante arbolado. Y hay que crear unas escuelitas nocturnas para la instrucción elemental y catequética de los niños pobres, y un frontón para recreo...

A estas dificultades iniciales se viene a añadir otra no menor. Y es la falta de recursos económicos de la Escuela de Reforma de Santa Rita. Es verdad que en el Parlamento el Sr. Lastres, alma y vida de la Escuela de Reforma, se desgañita, con sus señorías el Sr. Aguilera, el Sr. Botija y el Conde de Peñalver, para tratar de conseguir una dotación económica suficiente para la Escuela. Pero lo cierto es que lo conseguido no es suficiente, y a los religiosos se les hace pesada la austeridad de la vida religiosa y muy duros los efectos de la santa pobreza.

De tal manera que tienen que abrir una pequeña residencia procura en La Castellana 42, para tratar de recabar subsidios y fondos de las buenas gentes de Madrid para la Escuela. Pero sitio hay en el que, en el ejercicio de este ministerio, les toman por timadores, al ver aquellos rostros barbudos y tostados por el sol y aquellas manos encallecidas por el trabajo. Y en alguno otro les han acusado de protestantes, tomando base para ello del nombre de su santa casa, la *Escuela de Reforma*.

De todos modos el piadoso Padre Luis no pierde ocasión de aconsejar a sus hijos: “Conviene se continúe la obra de propaganda con los niños de la población, tanto por el bien que reporta a esas pobres criaturas faltas de instrucción religiosa, como porque ella hace simpática para con el pueblo la obra de los Religiosos y les capta las voluntades hasta de los más desocupados”.

Y, ¿cuál es el sistema pedagógico que se implanta al principio en la Escuela de Reforma de Santa Rita? ¿Cuál? Nadie lo conoce, por la simple razón de que no lo tienen. Nada de teorías ni de tratados pedagógicos, nada de ideas preconcebidas ni de sistemas, sino la experiencia progresiva dentro de una pedagogía del amor y de la misericordia.

Don Bosco suele decir familiarmente:

- Echad un perro al agua. Veréis cómo nada. Este es mi secreto.

Y éste es también el secreto de los hijos del Padre Luis de Masamagrell los primeros días dentro de la Escuela. Su pedagogía, el amor; su mejor arma, el sacrificio; la paciencia y la unión mutua, su método más seguro y eficaz. Y todo ello amasado con esencias de alegría y de pobreza franciscanas.

La Escuela de Reforma se organiza y estructura sobre el modelo de la igualdad y fraternidad. El director es el padre y maestro de la Escuela. Y también el director espiritual de la fraternidad. Y los hermanos coadjutores desempeñan su cometido como pedagogos, psicólogos y jefes de sección. Con ellos van haciendo prácticas los religiosos jóvenes como ayudantes de dichos primeros encargados.

Pero poco a poco -que la pedagogía del amor es paciente, es servicial, no busca su interés, no se irrita; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta- los religiosos confeccionan un pequeño reglamento. Andando el tiempo, y en cumplimiento de la ley de fundación que así lo reclama, diversifican niños propiamente dichos de reforma y niños de corrección paternal.

¡Ah!, poco a poco también se van abriendo en la Escuela de Reforma talleres de zapatería, carpintería y sastrería. “En cuanto sea posible procúrese la creación de unos talleres... Y, a fin de que aquellos que durante el día están empleados en los talleres o en la labranza no carezcan de la instrucción, se establecerá una clase aparte que se denominará de obreros”, recomienda el Padre Luis de Masamagrell a sus religiosos de Madrid.

Como todo organismo vivo, la Escuela de Reforma día a día se va organizando y estructurando a golpes de sentido común, de cariño y de sacrificio. Su pedagogía se basa en un sistema progresivo y de emulación. Y *La Emulación* llevará por título la deliciosa publicación del Centro.

“Queremos se valgan mucho los religiosos de este medio de excitar entre los niños la emulación, porque la experiencia les enseñará que con él conseguirán más de los niños que con ningún otro género de castigos”, escribe el Padre Luis, y añade: “Y a fin de que sirva de estímulo a los jóvenes, se pondrán al público todos los meses las notas que durante ellos hubieran merecido con relación a la piedad, estudio y trabajo”.

Piedad, estudio y trabajo. ¡He ahí tres pilares para la reeducación del joven caído, marginado, extraviado! Tres pilares que se logran levantar en la Escuela de Reforma mediante una formación religiosa, un método preventivo y un tratamiento a la medida. Obviamente, para ello el joven paulatina y progresivamente ha de pasar por las etapas de reflexión, esperanza, perseverancia y confianza. Etapa esta última que abre al muchacho las puertas para su inserción definitiva en la sociedad.

La Escuela siempre ha cosechado entre los muchachos frutos ubérrimos de reforma y conversión. Pues, en Santa Rita, no sólo el que parece indomable queda domado, sino que el ocioso adquiere hábitos de trabajo, el incapaz aprende un oficio, el débil se robustece en las faenas agrícolas y, con la observancia de una vida higiénica, el vagabundo, a quien la ratería, o acaso el crimen, hubieran abierto las puertas de la cárcel, recibe el don inapreciable de una instrucción basada en la moral cristiana.

Cuando el Padre Luis visita la Escuela de Santa Rita hay recibimiento en caballos enjaezados, y justas y torneos en el palenque, y abundancia de paellas, y fiestas a la valenciana con profusión de pólvora. Especial esplendor presenta su recibimiento a finales de mayo de 1899 en que, por causas ajenas a su voluntad, no había sido posible visitar a sus hijos antes, como se dijo. Se aprovecha dicha ocasión para hacerle un acto de desagravio por la porción de años en que no tuvo intervención alguna en el Instituto, ya porque no tenía la necesaria libertad en su Orden, ya también porque los Superiores que regían su Congregación la esquivaban, hasta el punto de pasar ocho años sin visitar Santa Rita, la Casa principal de la Congregación.

Pero no se crea que la vida en la Escuela de Reforma Santa Rita es siempre amable y deliciosa. ¡No! También pasa por sus momentos difíciles. Como aquel infausto día en que se suicida en ella un joven de la alta sociedad madrileña. O como aquel negro 8 de diciembre de 1920 en que unos noventa corrigendos se escapan por Madrid, la mayoría de los cuales vuelve a la Escuela al atardecer. ¡Dura lección y amargo cáliz para los educadores!

Pero también es verdad que las mayores dificultades no llegan a Santa Rita de fuera, sino de dentro del recinto de la Escuela de Reforma. Proviene de la falta de entendimiento entre los mismos religiosos. Hasta tal punto que el Padre Luis de Masamagrell, siempre tan ponderado y ecuánime, en más de una ocasión tiene que reconvenirles paternalmente: “Si entre vuestras caridades, o con el superior, no hubiese la unión o inteligencia debidas, no se extrañen que los jóvenes corrigendos, que de todo se aperciben, tomen de ahí motivo para faltar al respeto debido a unos y a otros”.

Pero en la mente y en el corazón de cada religioso, consciente o inconscientemente, siempre hay grabado el lema que acuña don Luis de Marichalar, patrono de la Escuela de Reforma de Jóvenes Santa Rita: *Cada joven que se rege-*

nera socialmente es una generación que se salva”.

Por todo ello la Escuela de Reforma de Santa Rita, la primera Escuela, fue siempre muy amable y querida para las autoridades de la Villa y Corte de Madrid, y la más importante fundación de la Congregación. Y todo ello se debe al profundo espíritu humano y cristiano que el Padre Luis de Masamagrell consigue imprimir en las primeras generaciones de sus hijos espirituales. Son los comienzos mismos de la aplicación al fin específico de la Congregación en la Escuela de Reforma de Santa Rita en Madrid, Villa y Corte.

13. “ID AL MUNDO ENTERO...”

Las Hermanas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia se extienden actualmente por treinta naciones de cuatro continentes. Pero, ¿cómo fue el arraigo de la semilla plantada por el Padre Luis Amigó, su Padre Fundador, en la Colina de Montiel? ¿Cómo, su posterior expansión hasta el día de hoy?

Desde luego el arraigo de las Hermanas Terciarias Capuchinas en sus comienzos no es cosa fácil. Y tampoco lo es su posterior desarrollo y misión. Han nacido allí, en la Colina de Nuestra Señora de Montiel, en la Casita de la Madre, y no se hacen a la idea de tener que despegar un día del Santuario. Han nacido allí, humildemente, como nacen las humildes violetas de las colinas, un 11 de mayo de 1885. Tienen el Santuario de la Virgen por su Porciúncula particular. Y más de una de las primeras religiosas sueña con acabar en el Santuario sus días terrenales.

Por otra parte Benaguacil, en cuyo término se asienta el Monasterio, considera a las Hermanas patrimonio del pueblo y al servicio del pueblo. Son las Camareras de su Virgen de Montiel. Y los sacerdotes seculares las consideran asimismo, y como por tradición, las Asistentes del Santuario. Y así se expresan familiarmente.

En este ambiente no les es fácil despegar el vuelo. Volar en busca de otros ambientes en los que poder desarrollar su misión específica. Menos mal que por aquellos días el cólera morbo va subiendo por la Comarca de la Huerta hasta alcanzar Masamagrell. Ante tal calamidad el señor alcalde acude al piadoso Padre Luis Amigó para que sus religiosas desciendan de *la Montañeta*, su Tabor particular, para atender a los apestados del pueblo.

El Padre Luis se hace eco de lo que dicen sus primeras constituciones capuchinas. “Y porque, para quienes no tienen amor terreno, les es dulce, justo y cosa normal el morir por quien murió por nosotros en la cruz, se ordena que en tiempo de peste los hermanos sirvan a los apestados...” Y les expone su pensamiento. Animadas como estaban todas las Hermanas de tan buen espíritu, no hay ni una sola que no se ofrezca al sacrificio. Se designan, pues, cua-

tro religiosas que se dirigen a Masamagrell con el fin indicado. Atacadas del cólera mueren las tres más jóvenes. Y la cuarta, pasada la epidemia, se dedica a recoger los niños huérfanos para la Casa Asilo. Da así comienzo a la misión específica, sólidamente cimentada sobre la sangre de las tres primeras mártires de la caridad: Serafina, Clara y Francisca.

En esta nueva casa, llamada hasta entonces del Castillo, lo primero que hacen las religiosas es crear el *Asilo de la Inmaculada Concepción y de San Francisco de Asís*, para los niños huérfanos que deja el cólera a su paso. Es el orfelinato con su aneja escuelita de párvulos normal. Ellas, como su buen Padre Fundador, confían siempre en la Divina Providencia que mantiene hasta las aves del cielo. Las Hermanas dan cumplimiento así a uno de los fines a que el Padre Luis Amigó las destina: Asilos, Orfelinatos y Casas de Enseñanza.

En la nueva casa se van recibiendo jóvenes postulantes. El noviciado va aumentando. Y la casa sigue adelante con las normales dificultades anejas a toda fundación. Pero no pueden faltarle contrariedades, por ser éstas las que caracterizan las obras de Dios. Las Hermanas del Santuario de Montiel ya reciben de mal grado la fundación del Asilo de Masamagrell.

Tampoco ven con buenos ojos a las nuevas vocaciones que llegan a la casa. Por otra parte rige la nueva Congregación el padre Joaquín de Llevaneras, provincial de los capuchinos, muy a gusto suyo al parecer. Y el Fundador, el pacífico Padre Luis, cree más prudente retraerse en lo sucesivo de su dirección. Y a todo esto se une la gran penuria que en sus principios padecen las religiosas, fundadas en tanta pobreza. Y el Instituto corre peligro de escisión. No obstante la Casa Asilo de Masamagrell se va asentando. Es preciso seguir el proceso de expansión.

De 1881 a 1889 el padre Joaquín de Llevaneras es el superior mayor de los capuchinos españoles. Primero, como Comisario Apostólico; luego, como Ministro Provincial. Pero tiene un carácter acaparador, absorbente y cesarista, aparte de sufrir constantemente de complejo de fundador. En la etapa de Comisario tiene de consejero al padre Bernabé de Astorga; y en la de Ministro Provincial, al Padre Luis Amigó, ambos fundadores. Claro que hubo épocas en las que, a pesar de no carecer de problemas, no convoca a su Consejo en dos años largos.

No obstante, amparándose en su cargo de superior mayor, constantemente se entromete en la dirección, tanto de las Terciarias Capu-

chinas de la Sagrada Familia, del Padre Luis Amigó, como en las Terciarias Franciscanas de los Sagrados Corazones, fundación del padre Bernabé de Astorga y la madre Carmen del Niño Jesús, en cuya congregación han profesado dos primas hermanas suyas.

Desea trasladar el noviciado de las Terciarias Capuchinas al norte, por lo que en pocas fechas nombra superiora general a la madre Mercedes de Sobremazas, a la vez que ofrece una fundación en Ollería a las Terciarias Franciscanas de los Sagrados Corazones. Por otra parte previendo ya la división de la provincia capuchina de España en tres nuevas provincias, y quedar las fundaciones fuera de su jurisdicción, otorga la fundación de Ollería a las Terciarias Capuchinas, a la vez que promete asimismo la fundación de Lecároz a la Congregación en que han profesado sus dos primas.

Por otra parte el Padre Luis Amigó, que desde noviembre del 1886 va frecuentemente a Ollería para tratar de conseguir el convento capuchino, llama a sus hijas a la nueva fundación de Ollería. El 15 de julio de 1889 las Terciarias Capuchinas son recibidas con entusiasmo por la población ya que se van a encargar del asilo de huérfanos. Y poco después

abren una escuelita de párvulos, como pide su misión.

Mientras tanto el P. Joaquín, en Lecároz, Navarra, da largas a unas y a otras. Las Terciarias Franciscanas de los Sagrados Corazones quedan compuestas y sin novio. Y las Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia quedan con el novio, pero sin su madre superiora, que no saben donde está. Y el padre Joaquín de Llevaneras, cosa más que natural en él, consigue dejar descontentas y doloridas a unas y a otras. Mientras tanto el piadoso Padre Luis Amigó, conseguidos todos los permisos, convoca a sus hijas a capitulo general en el que se elige superiora general y consejeras y se traslada el noviciado de Ollería a Masamagrell, con lo que queda renovado el gobierno de la Congregación y desbaratados todos los planes, que hubieran sido causa de división y de ruina de la misma, según dice.

De todos modos las Hermanas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia consiguen la fundación de Ollería, como hospital y parvulario, con lo que dan un paso más, y no pequeño, con vistas a la apertura de la Congregación y al cumplimiento de otro de los ministerios que les son propios: los Hospitales y Casas de Enseñanza.

A estas tres primeras fundaciones siguen otras más en la Comunidad Valenciana o, en todo caso, dentro de la Península. A continuación hacen la fundación de Paterna, en Valencia, de Segorbe y de Altura, en Castellón, fundaciones todas ellas con ese carácter específico de atención a niñas con dificultades económicas, personales o familiares, es decir, bajo el común denominador de niñas pobres.

Con la aprobación de las llamadas Normas, las Hermanas tienen que precisar todavía más su misión específica. Y tal vez por influjo de las instituciones que regentaban, tal vez por influencia del fin particular de sus Hermanos, su primigenio ministerio de atención a sus prójimos en Hospitales, Asilos o Casas de Enseñanza, particularmente Orfelinatos, precisan: *singularmente de huérfanas y de corrección paternal*. Con ello obtienen la aprobación pontificia el siguiente año de 1902.

Entre los fines del Instituto todavía les falta llevar a la práctica el apostolado de las Misiones. Será a partir de 1905, y como complemento a las Misiones de los Padres Capuchinos. Es la apertura a Colombia. Es el *Id al mundo entero... y predicad el evangelio a todas las gentes*.

Es verdad que las primeras religiosas del Santuario de Montiel parten ya para la misión de Fernando Poo. Y no resisten siquiera el año. Y es verdad asimismo que las primeras Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia no desean abandonar el Santuario de la Virgen de la Colina, como hemos dicho. Y por eso reciben ya de mal grado la nueva fundación de Masamagrell. Pero también es verdad que ya en 1905 marchan las cinco primeras hermanas para la misión de la Guajira. Van camino de la tierra caliente. Y dan comienzo a las páginas más gloriosas y bellas de su posterior desarrollo, y de su historia, en tierras colombianas. Las páginas que las consagran, posiblemente, como unas de las primeras misioneras en tierras del Nuevo Mundo.

Dan comienzo a su apostolado entre guajiros, aruhacos y motilones, en tierra tropical. Primero fue la Misión de Riohacha, en el departamento del Magdalena. Luego San Antonio de la Guajira. Más tarde, tierra adentro, Yarumal, la casa noviciado de tantas y tan copiosas promociones de religiosas. Posteriormente Nazareth, y San Sebastián de Rábago... y la de Codazzi, la Casa de la Sierrita, en Sierra Nevada de Santa Marta..., instituciones todas ellas, excepción hecha de Yarumal, al lado de

allá de La Ciénaga en la que García Márquez ambienta su novela *Cien años de Soledad*.

Mientras tanto el Padre Luis, desde España, apoya a sus hijas con la plegaria, y les alienta a proseguir la obra misional. Y lo hace con palabras transidas de ternura paternal: “Sigo con interés, y me entero al detalle, de todos vuestros trabajos y progresos y del espíritu que os anima. Sed muy santas para gloria de Dios, honor de nuestra Congregación y salvación de muchas almas”.

De acto de mayor intrepidez se puede catalogar la Misión de la China. El 11 de noviembre de 1929 seis Hermanas Terciarias Capuchinas parten para Pingliang, en el corazón de la China continental. Desde el siglo XIX trabajan en la Misión los padres capuchinos. Y sus peripecias que pasan, los pobres. Porque trasladarse de Shangai a la Misión de Pingliang no es fácil. ¡Ahí es nada! ¡Se emplean meses! ¡Y eso contando con algún guía experto! Hambre, tifus y pillaje se han instalado en la región del Kansú Oriental como en su propia casa. ¿Y la lengua?

Cierto día se llega al dispensario de las Hermanas un chinito. Se retuerce sobre sí mismo con síntomas de fuerte dolor. Como gamba en aceite hirviendo, vamos. ¿Una con-

gestión? La hermana por el momento le administra unas píldoras. Y el muchacho torna a su choza algo más calmado, al parecer. Pero al momento vuelve corriendo tras su padre que blande un afilado alfanje con intenciones siniestras. Gracias a Dios que el misionero capuchino, temiéndose lo peor, se asoma a la puerta de la iglesita de cañas. Y el enojado padre tiene que descargar su ira sobre la mata de brezo que pisan sus pies. Como Abraham sobre el carnero enredado. ¿Qué ha pasado? Pues que al muchacho, por el excesivo desuso, se le habían oxidado ya hasta los palillos de comer arroz. Mejor dicho, que el muchacho ya ni recordaba de qué color era el arroz blanco. Y la hermana, traduciendo su dolor, que no sus monosílabos, le había administrado un laxante.

Los capuchinos y las hermanas permanecen en el Kansú Oriental hasta 1948 en que la revolución china expulsa a los extranjeros y cierra sus fronteras. De los últimos en salir es el capuchino vasco Ignacio Labaka, quien moriría mártir de los indios Tagaeri, en el Ecuador, juntamente con la hermana terciaria capuchina Inés Arango, el 21 de julio de 1987.

Colombia durante muchos años es para las hermanas tierra de misión, y de promisión. Por

eso van ampliando sus ministerios a hospitales, dispensarios, colegios, orfanatos, escuelas de protección... Luego ampliarán también sus fronteras.

En 1928 parten para la misión del Caroní, y poco después para Aragüaimujo, en el delta del caudaloso Orinoco, en Venezuela. Con los padres capuchinos van creando rancherías, poblados y hasta ciudades enteras con los indios Guaraos. Van misionando por todos los caños del bajo Orinoco, hasta su desembocadura, en la frontera con la Guayana Inglesa.

Y en 1948 saltan a las inmensidades del Brasil, la patria de lo grandioso, y se sitúan primeramente en Ipamerí, para llegarse luego hasta Ceú Azul, en el Paraná. En 1950 cruzan el Canal de Panamá y penetran en Costa Rica. Y en el mismo año parten para la Argentina. Se inician en la Plata y luego ocupan las inmensas soledades del Cono Sur. En 1977 un puñado de intrépidas hermanas parte para el Ecuador. En 1978 suben a los Andes bolivianos, y en 1980 se llegan a Puerto Rico. Para en 1981 dar el salto a Filipinas, en los mares del Sur, y en 1982 fijar sus reales en Iquitos (Requena) en el corazón mismo de la selva peruana. ¡Qué bella eclosión de vitalidad y de universalidad...!

En cumplimiento del mandato del Fundador de prestarse con toda docilidad si en algún tiempo la Sagrada Congregación de Propaganda Fide las pidiera para las Misiones entre infieles, en 1971 hacen la fundación de Kansenia, en el Zaire, en el corazón del África tropical. Y en 1987 sigue la de Markunda, en Centro África. Poco después crean ya la Circunscripción Misionera, también conocida como Proyecto Misionero.

Animadas la Hermanas por este ideal, a continuación abren las casas de las Filipinas, en los Mares del Sur, y en las islas de Luzón, Negros y Mindanao. Luego en Cotonou, Benín. Y la de Evinayong, en la Guinea Ecuatorial, todas ellas en el África Subsahariana. Finalmente en 1996 fundan en Seúl, en Corea del Sur. Es el paso obligado para luego poner nuevamente el pie en la China Continental. Precisamente en Inchón, en Corea, hacen escala las primeras misioneras camino del Kansú Oriental en la China, en 1929. ¡Ay mi China!, que exclama Pío XII cuando recibe a las hermanas expulsadas de la Misión del Kansú Oriental con la revolución comunista.

A la muerte del piadoso Fundador, Padre Luis Amigó, apenas dos centenares de hermanas se distribuyen en 43 casitas y en cuatro naciones.

Actualmente se extienden en cientos de instituciones de treinta países de cuatro continentes. La planta delicada que brotó un día en la Colina de Nuestra Señora de Montiel, la casita de la Madre, se ha multiplicado prodigiosamente. La mantiene exuberante la plegaria del Padre Luis ante la Señora. Cómo no se lo va a pedir quien en vida escribe a sus hijas: “¡Que la Santísima Virgen, nuestra Madre de los Dolores, acompañe y dirija los pasos de la Muy Reverenda Madre General y de las Religiosas que marchan a la Misión del Caroní, para que atraigan a multitud de almas a Jesucristo, vida nuestra!”.

Id al mundo entero..., se va haciendo realidad en una bella eclosión de servicio a los más pobres y necesitados. Es la realización de su expansión siguiendo el ideal y la misión que el Padre Luis Amigó les legara. Imitando la actitud del Buen Pastor, realizan su misión con la niñez y juventud en los campos de la educación, protección y reeducación, en la asistencia a los enfermos, y en la acción pastoral de la Iglesia, preferentemente en ambientes y lugares de evangelización inicial o Misiones.

Id al mundo entero..., y plantad allí la semilla que un día no lejano planta Luis Amigó en la Casa de la Madre, en la Colina de Montiel. Que

sí, que la planta posee y está dotada de una gran vitalidad y una fuerza tal que la lleva a su desarrollo en totalidad.

Id al mundo entero..., mandato que asimismo reciben y hacen suyo sus hijos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, y que se encuentran ya en naciones de cuatro continentes desempeñando la noble misión de *corregir a los jóvenes desviados del camino de la verdad y del bien.*

14. CAMINO DEL PRINCIPADO CATALÁN

No sé por qué pero parece que la Divina Providencia la tiene tomada con los fundadores. Al menos a finales del pasado siglo XIX. Esa es mi impresión. Sí, les hace saborear las mieles de la paternidad, pero a continuación les envía lo más lejos posible de sus hijos espirituales. A veces como aliada con los gobiernos liberales de la época que, ¡para qué decir!, de *gobiernos* les queda más bien poca cosa. Pero, ¿de *liberales*? De *liberales* no les llega ya ni para el nombre. Mejor dicho, de liberales no les queda nada.

Lo cierto es que por obra y gracia de la Divina Providencia -y de los gobiernos liberales, como digo- demasiados fundadores han de tomar las de Villadiego. O ir a las misiones a Fernando Poo, Cuba o Filipinas que, para el caso, viene a ser lo mismo. Más lejos de la Villa y Corte, que es de lo que se trata, imposible. Y vienen a mi memoria, entre otros, los nombres de don Miguel Martínez o el del inolvidable y

andariago capuchino padre Ambrosio de Benaguacil...

A Fray Luis de Masamagrell no le toca ya tamaña desgracia. Tal vez porque no se manifiesta abierta y suficientemente carlista. Pero lo cierto es que cuando él mismo, y sus hijos, mayormente lo necesitan es enviado, bien a Orihuela o bien a Solsona. Mejor se pueden decir las cosas. Más alto, también. Ahora bien, aparcar a uno gentilmente a más millas de distancia de sus hijos, posiblemente no. ¡Qué le vamos a hacer! ¡Sea todo por el amor de Dios!, como suele decir con relativa frecuencia el bendito Padre Luis. Pero quede esto entre nosotros.

Así es que, según entonces le escribe el Señor Nuncio en Madrid, *he propuesto a usted a Su Santidad y al Rey, y ha sido aceptado para la Administración Apostólica de Solsona*. Y ahí le tienes a él en 1907, cuando entre sus hijos se ceba ya la incomprensión y la discordia, camino del Principado Catalán. Y a lo más escabroso e inhóspito del mismo. A nadie se lo dice pero seguramente que, como en su traslado a la ciudad de Orihuela, tanto para sus Religiosos como para sus Religiosas Terciarios supone, como es natural, una prueba terrible a

la que les somete la Divina Providencia y que les va a costar abundantes lágrimas.

¡Ah!, ¿que por qué es elegido para la Administración Apostólica de Solsona, me preguntáis? Toma, pues muy sencillo. Es elegido, y así lo escribe ya él entonces, como recompensa a los méritos y trabajos de sus hijos en la Escuela de Reforma de Santa Rita, en Madrid. Que a un padre nunca le duelen prendas, claro. Y mucho menos tratándose de elogios a sus hijos espirituales.

Y, en cuanto a lo de ser elegido para Administrador Apostólico de Solsona, he de decir que es otro de los arcanos misterios de la Divina Providencia.

Lo cierto es que, en un principio, el propuesto para obispo es el padre Domingo María de Alboraya. Es el superior de la Escuela de Reforma de Santa Rita, en Madrid. Que para estas fechas la Escuela goza ya de una reconocida reputación. O, en todo caso, el padre José María de Sedaví, como religioso de prestigio y Superior General del Instituto que es. Lo cierto es que la Divina Providencia, con el apoyo del padre Domingo en sus frecuentes visitas a casa del Nuncio, señor Aristides Rinaldini, y de allí al palacio del Presidente del Gobierno, don Antonio Maura (que todo hay que decirlo) la

mitra termina por aterrizar sobre su persona. Que todo esto lo llega él a saber después, con el tiempo.

¿Que por qué Administrador Apostólico de Solsona? Esto resulta ya de más fácil explicación. He de decir que a finales del siglo XIX y principios del pasado siglo XX, España entera bulle de exacerbados nacionalismos. Es el parto lógico y natural provocado por las ansias del romanticismo decimonónico de mediados del siglo XIX. Y, cómo no, Cataluña va a la cabeza. Siempre ha ido Cataluña a la cabeza de casi todo, claro. Razón por la que, tanto el gobierno de turno como los señores nuncios en Madrid, tienen buen cuidado de colocar en las diócesis del Principado Catalán a prelados de su entera confianza. A prelados que, conociendo la lengua catalana, no fueran nativos del Principado Catalán o, en el mejor de los casos, no fueran excesivamente nacionalistas. Que ésta es la vereda ascensional de más de un valenciano de la época, como ya he dicho en repetidas ocasiones.

Pudiera objetarse que el idioma del Principado no es el mismo idioma que el de la Comunidad Valenciana. Y puede ser la pura verdad. Que diferencias, haberlas, haylas. Naturalmente que sí. Pero siempre sin exage-

rar. Pues, por lo que a diccionarios se refiere -que es donde mejor se aprecian las diferencias-, aparte del año de impresión y la encuadernación más o menos cuidada que cada uno de ellos luzca, difícilmente se pueden apreciar diferencias de mayor entidad.

Y por lo que a la Diócesis de Solsona se refiere, he de decir que era, y lo sigue siendo todavía al día de hoy, una diócesis escasamente significativa. Pues fue creada a instancias de Felipe II para contener la infiltración calvinista proveniente del otro lado de los Pirineos. Con motivo del Concordato de 1853, es abolida. Pero los Solsonenses, que en cuanto a orgullo patrio pocos les ganan, no se conforman con esto. Y piden a Roma un Administrador Apostólico, que ellos mismos se van a pagar. De su propio bolsillo, claro.

Así es que el 7 de junio de 1891 hace su entrada triunfal en la ciudad el doctor José Morgades, obispo de Vich, como administrador apostólico de la diócesis. Pero a su ingreso dice bien claramente a los solsonenses: *No sóc el vostre Messies, sinó el seu precursor (no soy vuestro Mesías, sino su precursor)*. Y, efectivamente, el año del Señor de 1895 es nombrado ya el primer Administrador Apostólico. Tiene

sede en Solsona. Y el nombramiento recae en la persona de don Ramón Riu y Cabanes.

Por entonces Solsona, como ciudad, es más bien poca cosa, como digo. Por otra parte tiene la desgracia de ser una ciudad carlista donde las haya. Pues en ella, como en su casa, ha fijado sus reales la familia Tristany, oriunda de Ardévol. Y los carlistas tienen la mala fortuna, como bien sabemos (permítaseme hablar así), de perder las tres guerras carlistas. Aparte, naturalmente, la guerra de la Independencia que significa un primer ensayo. En toda regla, naturalmente. Total, que en 1837 la ciudad queda reducida a unas sesenta casas, de las que tan sólo ocho o diez se hallaban en perfecto estado de conservación, como sabemos.

¿Que por qué tanta ruina y desolación? Pues también muy sencillo. Porque muchos de entonces pensaban con los puños. Lo que, la verdad, no es mucho pensar ciertamente. Porque, cuando la poseían los hermanos Tristany y los suyos, la atacaban los liberales. Y cuando eran éstos los que poseían la plaza fuerte entonces los carlistas, apostados en los ribazos de los ríos Negre y Cardoner, se daban en atacarla. Y cuando unos y otros se retiraban, unos y otros también sembraban tras sí la miseria para que cuando el invasor la recupe-

rase no hallara en ella cosa en que poner los ojos que no fuese recuerdo de la muerte, como dice el clásico.

Es verdad que, cuando Fray Luis de Masamagrell llega a Solsona, la ciudad se encuentra ya muy rehecha. Luce aires de antigüedad y un cierto empaque ciudadano de cabecera de comarca. De todos modos el padrón municipal de la época le otorga una población que difícilmente supera los 2.500 habitantes. Y gracias.

El verano de 1907 -y no es porque yo lo diga- pero es un verano caluroso en extremo. O, en todo caso, así al menos le parece a nuestro buen obispo Mons. Luis Amigó. Por ello, y aunque su nombramiento de obispo Administrador Apostólico tiene lugar en abril, sin embargo, retrasa su entrada en la diócesis todo cuanto puede. Hasta el 4 de agosto, día en que la iglesia entonces celebra del Padre Santo Domingo de Guzmán. No obstante el final de agosto, en las extremidades pirenaicas, suele ser delicioso en extremo.

Así es que, bien entrado ya el verano, el nuevo Señor Obispo se traslada al Principado, a las estribaciones del Pirineo Catalán. En una primera etapa se llega hasta Montserrat, montaña sagrada de Cataluña y Tabor de España. Donde los monjes cotidianamente hieren roca y

cielo con sus constantes plegarias. Y donde suelen reunirse en ciertas ocasiones los obispos del Principado Catalán para tratar problemas comunes a todos ellos. Que esta epidemia de las reuniones, más común que el resfriado, no comienza allí sin duda, pero sí que se ceba con inusitada insistencia. En Montserrat pasa el día tres de agosto de 1907 y, al caer la tarde, se retira al convento de sus hermanos capuchinos de Manresa.

¡Ah!, perdón por no haberlo dicho antes. Pero le acompañan el padre José María de Sedaví, superior general de sus hijos terciarios capuchinos, el padre Domingo María de Alboraya, superior de la Escuela de Reforma de Santa Rita, don José Ramón Ferri, su provisor y capellán, y el padre guardián de sus hermanos de Manresa.

A la mañana siguiente, 4 de agosto de 1907, y siguiendo el curso del Llobregat primero, y del Cardoner después, se dirigen todos ellos a Solsona. Salen de Manresa, ciudad industrial y fabril; un poco más adelante se topan ya con Suria, pobre y minera, con sus potasas. Más arriba avistan Cardona, señora y duquesa de la sal, donde sale a recibirles el ayuntamiento en pleno, clero y pueblo fiel.

Al pasar por Clariana y Santasusagna sus respectivos párrocos, con todos sus feligreses, se apresuran a darles la bienvenida. Así lo recuerdan algunas crónicas de la época. Y también el de Riner. Hacia las cinco de la tarde les sorprende gratamente presenciar a su paso el disparo de fusilería en el bosque de Sant Just y el repique general de campanas que anuncia su avistamiento de la ciudad. Y, finalmente, aparece ante su vista la ciudad de Solsona, sobre una pequeña ménsula o llanada que le permiten las quebradas de los montes pirenaicos.

El recibimiento que se le tributa al nuevo Señor Obispo en el puente romano, sobre el río Negre, es cariñoso y amable por demás. Tanto que Mons. Luis Amigó se hubo de acordar del recibimiento que hicieron, en cierto pueblo de la Umbría, a su padre Francisco de Asís. Y asimismo el que le tributan sus hijos en Santa Rita, Madrid, a finales de mayo de 1899. Les visita luego de ocho años largos de inesperada ausencia en que, por causas ajenas a su voluntad, no le ha sido posible visitar la casa más importante del Instituto. Y así se lo manifiesta a sus queridos solsonenses.

A las nueve de la noche salen en comitiva para ver las iluminaciones y adornos con que

han sido engalanadas las casas de la ciudad, lo que les deja gratamente embelesados. Y por la noche el Orfeón y Coro de la Juventud Católica les obsequia con una brillante serenata. Durante la misma el Coro ejecuta con maestría las mejores piezas de su amplio repertorio. Mons. Luis Amigó reparte dulces, copas y cigarrillos con profusión a todos los músicos. Y tan bella y magistral es la ejecución que el Orfeón realiza de los himnos *La doncella de la Costa* y *L'Emigrant*, con los que le obsequian, que el padre José María de Sedaví y el padre Domingo María de Alboraya, visiblemente emocionados, solicitan música y letra de los mismos. Y el nuevo Señor Obispo goza como niño con traje nuevo. ¡Sea todo por el amor de Dios!

Al volver a palacio aquella primera noche seguramente que no puede pegar ojo. Pues, luego de tantas y tan gratas demostraciones de veneración y afecto que el pueblo le tributa, y que le sirven de grandísima confusión, seguramente que en el silencio del amanecer se sentiría solo ante el peligro. Su espíritu sentiría la incómoda soledad del corredor de fondo. Y no puede dormir, al menos así lo confesará luego él. Que también los obispos son personas humanas y mortales.

Por otro lado sus diocesanos de Solsona, puestos a pedir, ¡mira que son únicos! Piden más que fraile de San Francisco. De los de antes, claro. ¡Si sabrá él de esto! Tanto que el pobre se siente como su seráfico Padre cuando creció mucho la Orden: como una gallina pequeña y negra, semejante a una paloma doméstica e incapaz de cobijar bajo sus alas a todos aquellos diocesanos. Y él no puede defraudarles en modo alguno.

El día de su entrada en la diócesis se reparten cientos de raciones a los pobres de Cardona y Solsona. Que no existe nada tan barato como lo que se compra con dinero. Entregarse él mismo, y entregar su propia persona sin defraudar, esto ya es otra cosa. No le va a resultar tan fácil. Y no por falta de desprendimiento y deseos de servir por su parte, no. Sino por acertar en el modo más adecuado de poder llevarlo a efecto.

¡Ah!, sí. ¿Que qué le piden los solsonenses? Esto es lo que entonces escribieron, y lo escrito, escrito está. Que su nuevo obispo sea “un espejo de santidad, un modelo de la piedad, un defensor de la verdad, un sostenedor de la fe, un doctor del pueblo, un caudillo de los católicos, un amigo del esposo, un padrino de la esposa, un ordenador del clero, un maestro de

los ignorantes, un refugio de los oprimidos, un abogado de los pobres, un tutor de los pupilos, un juez de las viudas, un báculo de los ancianos, un vengador de los crímenes, una vara de los poderosos, un martillo de los tiranos, director y guía de las leyes, dispensador de los cánones, sal de la tierra (esto lo escribieron sin intención aviesa alguna), luz del mundo, irreprochable, prudente, modesto y sobrio”: ¡Ah!, y por si falta algo, o algo todavía se les queda en el tintero, añaden a renglón seguido: *Y con todas las buenas cualidades que exige en los obispos el Apóstol en su primera carta a Timoteo.*

Vamos, algo así como todavía sucede al día de hoy a ciertos ilustres catecúmenos a quienes en el bautismo, luego de endosarles docena y media de nombres, les alargan: *y de todos los santos.* Como para curarse en salud de cualquier lamentable olvido, y dejar así contentos a todos los participantes al acto social.

Los primeros días en la diócesis se le pasan a Mons. Amigó lentamente. El palacio no tiene amuebladas sino dos o tres habitaciones. Así que los primeros tiempos los dedica a adecenar algunas dependencias más. Eso sí, con la sencillez y pobreza de las celdas capuchinas. Que él siempre tiene muy presente el ejemplo

de su Padre San Francisco quien, cuanto más pobres y religiosas eran las celdas y las casas de los hermanos, con tanto mayor agrado las miraba y se hospedaba en ellas.

Así es que allí, en la ciudad de Solsona, se dispone a pasar los siguientes seis años de su vida. Sí, la gente dice que la única pega que le ven, por su parte, es que no sea catalán. Cosa que también el nuevo Señor Obispo comprende perfectamente. Manifiestan asimismo que han pedido un obispo y les han dado un fraile capuchino, pues inicialmente el nuevo Obispo hace vida de comunidad, viste sandalias, y lleva hábito y barba capuchinos. De este último detalle se corrige en parte, gracias a Dios, en atención al cardenal Vives y Tutó quien, con ocasión de su estancia el año 1909 en Roma, le indica que la amplia barba capuchina no está bien, siendo ya obispo. Razón por la que en lo sucesivo la cuida mucho más. En lo de no ser catalán, no le va a ser fácil complacerles, como es obvio y natural. Que por gusto de hacerlo no hubiera quedado por su parte.

Pero, eso sí, el nuevo Señor Obispo siempre tiene presente que ha de ser reflejo de la figura de Cristo “Buen Pastor, que entrega su vida por sus ovejas”, como les dice en su discurso de

ingreso en Solsona, y cuya frase toma como lema o mote de su escudo episcopal.

Aposentado ya, se decide a pasar los siguientes años de su vida en la nueva diócesis. La diócesis es pequeña, pero simpática. Es de corte rural, no ciudadano. Ha sido cortada como a la medida del nuevo pastor, también sencillo, misionero, pobre y popular. La diócesis, sufragánea de la de Tarragona, ocupa la parte noroccidental de la provincia de Barcelona y la centroriental de la de Lérida. Se mete hasta casi Lérida capital. Cuenta con unos cien mil habitantes concentrados en 89 municipios y 184 lugares rurales, diseminados por los 4.000 km. cuadrados de superficie por los que se desperdigán muchas veces en las conocidas masadas catalanas.

La diócesis incluye, además, dos monasterios de hombres y uno de mujeres, a los que hay que añadir nueve instituciones de religiosos y cuarenta de religiosas. En la época en la que el Obispo Mons. Luis Amigó ejerce su ministerio pastoral es una diócesis de tránsito, pobre y rural.

15. SU VIDA EN SOLSONA

Sí, la Divina Providencia, que dirige la historia humana con la misma seguridad con que un lacayo conduce el caballo de su señor, le lleva hasta allí. Así es que allá en Solsona, como digo, Mons. Luis Amigó pasa los siguientes seis años de su vida. Seis años de los más amables, pacíficos y fructuosos de toda su existencia de obispo.

En su tiempo de Obispo Administrador Apostólico de la Diócesis, Solsona es una ciudad sencilla y recoleta. Y bien amable, por cierto. Goza de un clima dulce y benigno. Con inviernos relativamente cálidos. Y veranos frescos y secos. Y la primavera y el otoño, ¡para qué decir!, al menos a él, según nos consta por el testimonio de Teresa Canals, su fiel asistente, le resultan agradables en extremo.

Por otra parte, y por lo que a la ciudad se refiere, en aquel tiempo Solsona tiene su noble casco viejo. ¿Y por qué habrán dado en llamar

casco viejo al primitivo núcleo de cualquier ciudad? ¡Quién lo sabe! Por lo demás Solsona luce limpia y aseada. Con sus callecillas empinadas y sus adoquines severamente alineados al borde de las aceras. Y con sus caminillos, que hacen suponer que en un tiempo no muy lejano fueron de herradura.

Y de vez en cuando también tiene sus rellanos y solanillas, en las que los campesinos gustan cambiar impresiones en las tardes del buen tiempo. Y las señoras, mientras, cosen a las puertas de sus casas, arrellanadas sobre sillas bajitas de enea. Eso sí, razonando en su catalán peculiar; un catalán que parece que nació allí siglos ha, como nacen las margaritas en los prados de montaña al despuntar el primer sol de primavera.

Además la parte más antigua y más noble de Solsona (no quisiera dar yo la impresión de ser persona apasionada) empalma con la parte nueva, y ésta con la campiña del llamado Solsonés, sin solución de continuidad. Así es que en los días claros el bueno del Señor Obispo puede pasar imperceptiblemente de la ciudad a la campiña, y de la campiña a la ciudad, con la mayor naturalidad del mundo. Casi sin darse cuenta, vamos.

¡Ay!, perdonen este arranque descriptivo, que me nace insensiblemente por haber estado deambulando tantas y tantas veces por las callecillas de la ciudad que paseó el Señor Obispo, mi señor. Y perdónese a mí que, no lo puedo remediar, heredé ese espíritu ordenado y práctico, propio de hombres de leyes. Menos mal que arrebatos líricos de semejante calibre, os lo advierto, a mi edad no me suelen dar con excesiva frecuencia. Pero lo tenía que decir, al menos para que se vea que cada uno, también un pobre religioso de aldea, tiene su propio corazoncito, buena parte del cual se me ha quedado enredado con las amables gentes de la ciudad de Solsona.

Ahora, en confianza, sí os puedo decir que lo que escribieron sus diocesanos a la entrada del Señor Obispo en la ciudad trajo su espíritu inquieto. Y también desasosegado. Al menos por varios días. Que lo que pedían los diocesanos a su nuevo Obispo no era poco, ni fácilmente asumible. Porque, luego de pasarle una sarta interminable de peticiones, las remataban con el de pecho: *y que tenga todas las buenas cualidades que exige en los obispos el Apóstol en su primera carta a Timoteo*. ¡Ahí es nada...!

¿Su proyecto de vida, me preguntáis? No le podía faltar a un hombre de leyes, naturalmente. Aunque a decir verdad, a los señores obispos frecuentemente se lo determinan las circunstancias y se lo suele confeccionar su secretario particular, al efecto don Romualdo Amigó. Y para elaborarlo, como fácilmente se puede intuir, sus solsonenses le suministran la materia rica y abundante. Y, por supuesto, sin pedírsela. Y en cuanto a darle forma, ya se comprende que él fue formado en el orden, silencio y disciplina. Que por algo escribe en cierta ocasión: *A los Institutos Religiosos se les da el nombre de Órdenes Regulares, a razón de que en ellos todo va en orden y se mide con la regla.*

Así pues, también él tenía entonces su propio proyecto de vida. A su modo, claro. Pero proyecto de vida al fin y al cabo. Proyecto que tiene que retocar a su llegada a Solsona. Le sirve de modelo el de Su Santidad Pío X, a la sazón el Papa reinante. Que su devoción y rendida obediencia franciscana al Señor Papa no le permiten desmentir. Y menos aún siendo ya obispo, administrador apostólico.

¡Ah!, no sé si os lo he dicho pero, de puertas adentro, él lleva una vida sencilla, pobre y fraterna. Una vida sencillísima, como religioso

capuchino, según se ha escrito. De modo que el palacio episcopal, todo de piedra sillar, robusto y pesado, más parece un cenobio o convento medieval, que la residencia del Señor Obispo. En él todo va a toque de campana. Tiene tres religiosos terciarios capuchinos, con quienes lleva vida de comunidad, y con quienes tiene la diaria meditación y los rezos. Que también esto se ha dicho y escrito. Y es la verdad.

Y, de puertas afuera, ya os lo podéis figurar. El Señor Obispo se comporta, ni más ni menos, que como el párroco de la catedral. Que por algo cada sábado baja a confesar a la capilla de la Virgen Nuestra Señora del Claustro. Y luego conversa con las gentes del lugar. Visita los enfermos. Y también, en diversas y muy señaladas ocasiones, predica la palabra del Señor a sus diocesanos. Pero nunca se excede en el número de sus predicaciones, pues él mismo confiesa que predica personalmente la palabra de Dios *aliquoties*, es decir, algunas veces. ¡Eso sí!, nunca permite que se le agarre a las cuerdas bucales esa oratoria grave y ampulosa decimonónica. Ni siquiera la sagrada, por más sagrada que ésta sea. Pues, gracias a Dios, conoce muy bien que la lluvia de tormenta nunca es lluvia benéfica. Y siempre prefiere la predicación sencilla, popular y pacífica, como orvallo que cala y fecundiza. ¿Acaso no apren-

dió en sus años jóvenes del su buen Padre San Francisco que los hermanos deben de predicar con palabras ponderadas y limpias, para provecho y edificación del pueblo, anunciando los vicios y las virtudes, la pena y la gloria, con brevedad de lenguaje, que la palabra breve y sencilla la hizo el Señor?

Por lo demás Mons. Luis Amigó lleva la vida propia de los obispos de la época. Muy retirados, rezadores y un tanto lejanos. Aparte todo esto, su ascendencia capuchina le impulsa a la celebración devota de la Eucaristía, al ejercicio del Víacrucis, a la recitación de la Piísima, la Corona de los siete dolores, trisagios..., jaculatorias... Tanto que las gentes ya entonces suelen decir de él que es un obispo muy rezador. Y creo, honradamente, que no se equivocan.

Sí, en cuanto al ministerio apostólico él tiene muy presente el *Instaurare omnia in Christo*, es decir, *restaurar todas las cosas en Cristo*. Este es el lema del Papa de la Eucaristía San Pío X, que toma prestado del apóstol Pablo. Y, fiel a dicho proyecto de vida, se dedica a la evangelización por medio de misiones populares, catequesis, confesión y comunión frecuentes... Programa tan conforme a sus aficiones lo recibe con satisfacción, y lo incorpora a su proyec-

to de vida en Solsona. ¡Bendito sea el Señor en sus misericordias!

Esta actividad es como el desborde lógico y natural del amor que siempre ha profesado al sacerdocio ministerial, a cuya cima tiene a bien auparle la Divina Providencia en abril de 1907. Así es que su actividad pastoral, en la menor de las diócesis del Principado Catalán, se limita a crear iglesia, a reformar el clero, a consagrar templos y altares, y a impulsar la predicación misional y la catequesis.

¡Ah!, sí. Lo primero que hace a su llegada a la diócesis es la santa pastoral visita. Tenéis razón. Desea conocer personalmente, y en su propio ambiente, a todos y a cada uno de sus párrocos. Que cada uno tiene que florecer, como le solía repetir su buen Padre Maestro de Novicios, el padre Antonio de Tolosa, allí donde la Divina Providencia le planta. Y esto es lo que el Señor Obispo transmite a sus párrocos.

Por otra parte, se interesa ya desde los comienzos de su ministerio pastoral por sus sacerdotes, por sus problemas personales y familiares, por la dureza de la vida que llevan en un clima y ambiente montañoso ya de por sí frío y duro. Esto le sirve para admirar el buen espíritu de que están dotados. ¡Ah!, y para no imponerles más cargas de las que cada cual

buenamente puede soportar. ¡Sea todo por el amor de Dios!

Además su visita pastoral a cada pueblecillo de la diócesis es precedida de un triduo misionero que él encarga, bien a los Padres del Corazón de María, bien a sus hermanos Capuchinos de Solsona y Manresa. El padre Atanasio de Palafrugel, con su arte de predicador popular, le ayuda mucho a mantener la piedad por los pueblos sencillos de la comarca. Y los padres Camps y Davins, claretianos, quienes de misiones populares ciertamente entienden un buen rato. Un montón, como dicen ahora, por ser especialistas en dar Misiones.

Da, pues, comienzo a la visita canónica por la parroquia de la catedral. Es el lunes 23 de marzo de 1908. Y luego sigue por las del arciprestazgo de Solsona, las de La Pobla de Lillet y Torá, Berga... en total quince arciprestazgos, que son los que tiene entonces la diócesis.

Otra de las obras que emprende con entusiasmo es la formación de los sacerdotes, ministros del Señor. Pues, gracias a Dios, tiene muy claro en su proyecto de vida que entre los principales deberes de su ministerio apostólico tiene ciertamente el primer lugar la formación

de los jóvenes llamados por Dios al sacerdocio. Y así se lo dice, y se lo escribe a ellos, claro.

Que, sin duda, por esto escribe santa Teresa: “Los sacerdotes estén fortalecidos con letras y buena vida. Pues que tienen que esforzar a la gente flaca y poner ánimo a los pequeños. De lo contrario, ni merecen nombre de capitanes ni permita el Señor salgan de sus celdas”. Que a la Santa de Ávila muy pocos le ganan en coraje, sabiduría y santidad.

¿La cuestión social y obrera? También, también la cuestión social y obrera tiene cabida en su proyecto de vida. Pero, como comprenderéis, a principios de siglo, y más en una diócesis eminentemente agrícola como lo es entonces la de Solsona, resulta casi desconocida. Sí, llegan rumores de la Barcelona industrial y textil. Y la llamada semana trágica, por San Juan de 1909, tiene un eco especial. Pero difícilmente repercute en una ciudad como Solsona que, aparte de no ser una ciudad fabril, en aquel entonces escasamente llega a los 2.400 habitantes.

Por otra parte él tiene muy presente aún la actuación de don Gregorio Gea. Éste intenta cristianizar al obrero. Que Mons. Luis Amigó le acompaña en sus años de seminarista. Pero le resulta muy difícil catequizar con razones a

quienes tan sólo las reciben por vía de estómago. Que, como es bien sabido, suelen ser las únicas razones convincentes para el pobre. Confieso que no es fácil convencer a quienes reclamaban justicia social y tan sólo se les puede ofrecer un puñado de razones y un poco de caridad. Y esto último cuando se puede.

Por ello se esfuerza en armonizar justicia y caridad. Y en los días difíciles del crudo invierno envía a su portero Pedro a que lleve pan y alimentos a los pobres. ¡Ah!, también escribe sobre justicia social. ¡Cómo no, claro! “Todos los problemas sociales pueden ser resueltos siguiendo la doctrina y los ejemplos de Jesucristo, dice a sus diocesanos. Y ¡qué felices serían entonces los pueblos!”.

Y se lo razona de esta guisa: “Porque el pobre vería socorridas sus necesidades por la munificencia del rico, que se consideraría como un administrador de los bienes que le ha dado la Divina Providencia, a la que debe dar cuenta de su inversión. De aquí se seguiría una mutua y perfecta unión y armonía entre ellos, amando el rico a su hermano el pobre, tanto más cuanto más necesitado le viese, y respetando éste y honrando al rico como a su padre y bienhechor.”

Y concluye: “Así se acortarían las distancias que hoy les separan, y se extinguiría el desdén y el menosprecio de los unos y el odio y el rencor de los otros. Los pueblos gozarían de paz, y con ella progresarían moral y materialmente, y los hombres lograrían la felicidad que ansían, si el espíritu de Jesucristo fuese el que animase e informase sus actos”.

Hemos de reconocer la ingenuidad encerrada en tan bellas palabras. Más aún, no podemos creer, desde la perspectiva hodierna, que sea éste el camino más apropiado para tratar de resolver cuestión social alguna. Si bien tal vez fuera la única vía posible en aquel tiempo. Al menos en un obispado, eminentemente rural y campesino, como lo es el de Solsona

Sí, es verdad que interviene en los Círculos Católicos, en los que ha renovado algunas Juntas y redactado nuevos reglamentos en su intento por revitalizarlos. En Solsona se ha creado una triple sección que atiende: a la parte religiosa; a la propaganda y movimiento obrero social; y a escuelas nocturnas y patronato de la juventud. Con ello crea el Sindicato Agrícola que -creemos- ha llegado hasta el día de hoy. Pero lo cierto es que la cuestión social entonces estaba en ciernes.

A más de lo dicho, y como persona culta y cultivada que es, el Obispo Amigó, gran amante del culto divino, revitaliza la liturgia. Eso sí, cuando le es posible en ese catalán tan característico en las estribaciones pirenaicas del Principado. Asimismo recoge las piezas históricas y artísticas, dispersas por su diócesis, y organiza el museo diocesano, que instala en dependencias episcopales. Al frente del mismo coloca a un sacerdote competente, para que se encargase de él.

Asimismo, y como muestra de su aprecio por las personas, especialmente las más necesitadas, para los niños establece escuelas monásticas y parroquiales, una de las cuales en el edificio del seminario conciliar, que otrora fuera convento de los Padres Dominicos. Y para los sacerdotes ancianos crea una hospedería sacerdotal.

No sé si hemos contestado correctamente. Ni siquiera si os hemos ilustrado, caros lectores. Lo cierto es que su proyecto de vida en Solsona es muy simple: Vivir una vida piadosa y devota en fraternidad. Desarrollar su sacerdocio ministerial en forma de visita pastoral a la diócesis, y en forma de catequesis y misiones populares. Preceder a sus diocesanos con la palabra y el ejemplo. En síntesis, ministerio

sacerdotal de la palabra. Palabra orada, en forma de oración vocal y mental, santa misa y liturgia de las horas, como decimos hoy. Palabra predicada, en forma de misiones populares. Y palabra y signo: catequesis y sacramentos. Sí, también la dimensión obrera y social comienza ya a abrirse camino y, ciertamente, preocupa asimismo al Señor Obispo.

No obstante, en un principio carece de esa atención que ha impreso a la vida actual un ritmo atolondrado y frenético, donde todo se resuelve demasiado frecuentemente en movimiento, ruido, polvo y nada. Esperemos que su interpretación sea la correcta. Pero, lo cierto es que la verdad se suele perder en las discusiones prolongadas. Por lo demás tampoco todo movimiento es progreso, por más que se juzgue lo contrario. Ni todo caminar es siempre hacia adelante. Que la serenidad es necesaria, pues permite apreciar la senda al caminante... y agradecer al Señor las bellezas del camino.

¡Uff!, se me olvidaba. Sí, es necesario tener un proyecto propio de vida. Más necesario aún, tener sentido común para poder elaborarlo. Necesarísimo, una vez elaborado, el ponerlo por obra, que es a lo que intencionalmente va destinado. Y el Obispo Amigó lo puso por obra en Solsona.

16. A LA CIUDAD DEL AGUA LIMPIA

La elección del apacible Luis Amigó para Obispo de Tagaste y Administrador Apostólico de Solsona, la ciudad más inhóspita del Principado Catalán, no puede responder a deseos de alejarle de sus fundaciones. Por una parte porque es elevado al honor del episcopado principalmente en atención a los méritos y trabajos de sus hijos. Y por otra, porque para estas fechas sus hijos espirituales llevan hecha ya una gran andadura de camino. Más bien parece responder a ese interés por ir cubriendo las vacantes del Principado con personal adicto al Régimen, por una parte, y con buenos conocedores de la lengua del Principado, por otra, como dijimos. Lo cierto es que Mons. Luis Amigó lleva ya cuatro largos años viendo amanecer el día en las montañas pirenaicas.

Por otro lado se halla un tanto apartado de sus fundaciones. Y el amor a los propios hijos y a la propia tierra siempre tira, y mucho.

Además en el otoño de 1911 se encuentran vacantes, entre otras, las sedes episcopales de Orihuela y de Segorbe, que no suelen ser sedes mayormente apetecibles. Y, Luis Amigó se decide a escribir a su amigo Mons. Alejandro Solari, auxiliar de la Nunciatura de Madrid. Le ruega haga todo lo posible por lograr su traslado a la diócesis de Segorbe. Y le dice textualmente:

- Ya comprenderá Vd. que no es ningún fin material el que me anima al proponer esto, sino colocarme en situación de, sin desatender mis deberes episcopales, dirigir más de cerca y vigilar a mis dos Congregaciones de Terciarios de ambos sexos.

Lo cierto es que con el apoyo, sin duda, de don Alejandro Solari, de don Juan Navarro Reverter, diputado a Cortes por Segorbe, y tal vez de sus hijos espirituales, el piadoso Luis Amigó termina por recalar en la diócesis segorbina.

De Solsona a Segorbe, ¿es subir o es bajar?, nos preguntamos.

Bueno... Todo depende del punto de vista que adoptemos. Lo cierto es que para Mons. Amigó es acercarse a la Comunidad Valenciana. Que de eso se trata mayormente, de cercanía a

sus hijos. Que así se lo ha expuesto él repetidamente a Mons. Solari. Y también al señor Nuncio de Su Santidad, a la sazón Mons. Antonio Vico. Lo cierto es que lo han comprendido y, por su mediación, y el pressing de sus hijos sobre el señor Navarro Reverter y de éste sobre el Presidente del Gobierno, como digo, se lleva a efecto su traslado a Segorbe. ¿Subir, subir, lo que se dice subir? ¡Qué quieren que les diga! Ciertamente no es subir de categoría. Yo me inclino más bien a pensar que ni es subir ni es bajar, sino todo lo contrario. Pero lo cierto es que con fecha 18 de julio de 1913 es ya preconizado Obispo de Segorbe, la Ciudad del Agua Limpia.

Y su entrada solemne, nos interrogamos, ¿cuándo la realiza el Obispo Amigó?

La entrada la efectúa el 30 de noviembre, fecha en que la Iglesia celebra entonces, y también ahora, del apóstol San Andrés.

Naturalmente que el Señor Obispo debe sentir muy mucho abandonar Solsona, una ciudad tan sencilla y recoleta, a orillas del Negre y del Cardoner, y con su característico olor a monte y a pino, a romero y a cantueso.

A una distancia de los hechos que describo de casi ochenta años me parece todavía perci-

bir en Mons. Luis Amigó, mi buen Padre Fundador, un cierto aire de morriña que *pa qué*. Dicen que los obispos, en razón de la grandeza de su cargo, más bien experimentan nostalgia o añoranza. La morriña es lo mismo, pero a lo vulgar. A lo pobre para entendernos, vamos. Así al menos me lo ha asegurado un señor canónigo que en esto de obispos y demás zarandajas entiende un buen rato, según creo.

Lo cierto es que todavía recuerdan en Solsona la salida de Mons. Amigó, el amable obispo de la barba blanca, como le evocan con cariño. Así nos lo ha recogido un cronista de la época en el siguiente diálogo:

“Pedro se agita nervioso y triste. Se vuelve y revuelve bajo las arcadas de piedra del viejo palacio de Solsona. Pero el señor obispo no pierde la calma. Irradia su proverbial ecuanimidad. Dice amablemente a su inquieto servidor.

- Pedro, llama a Teresa. Que también deseo despedirme de ella.

Y Pedro sale de prisa por la puerta del dintel frisado. Cruza la calle del Castell. Y en un periquete sube al número 6 de la calle San Lorenzo. A los cinco minutos está ya de vuelta con su hija Teresa y con Antonia, su esposa.

A las protocolarias palabras de despedida siguen los obligados consejos:

- Pedro, encomiéndame al Señor para que sea bien recibido en la nueva diócesis.

- Vuestra Excelencia será apreciado en todas partes adonde vaya, Señor Obispo, le replica Pedro.

- ¿Tú crees...?

- ¡Si no aman a Vuestra Excelencia no pueden amar a nadie!

- Ya lo veremos. Ya lo veremos...”

Y dice esto con una expresión de humildad que *pa qué*, que se le refleja en el rostro. Y todavía precisa el autor de dicha crónica:

-”¡Ah!, se me olvidaba. Pedro Canals Inglabaga es su fiel portero de palacio... Fiel por su natural bueno y servicial. Y fiel hasta por su nombre, porque, ¿cómo podría ser infiel un portero de nombre Pedro?”

De todos modos sus dudas le quedan a Mons. Luis Amigó. Y, ¡vaya si son fundadas! La ciudad de Segorbe lleva ya años de desunión interna. A ello contribuye la relativamente escasa población de la ciudad, donde todo cotilleo tiene su asiento y, por lo general, finaliza

en rencilla. Por una parte están los integristas y carlistas; por otra se encuentran los liberales; y, por otra, digamos que el independiente, el cacique del pueblo. Para colmo los terciarios capuchinos han conseguido el traslado del Señor Obispo a la sede segorbina haciendo pressing sobre el diputado a cortes, señor Navarro Reverter.

- A propósito, nos preguntamos, ¿es verdad que reina tal división en la ciudad de Segorbe, como asegura el cronista?

- Sin duda alguna, sin duda. Así es. Que también sobre esto se ha escrito largo y tendido. Que la paz en los pueblos es fruto de la buena conciencia, como diría Mons. Luis Amigó, no del mayor o menor número de sus habitantes. Por otra parte, lo confesamos ingenuamente, tal vez el Señor Obispo en su traslado comete la imprudencia de traerse de Solsona a Segorbe a don Marcelino Blasco, como Vicario General, y a su familiar don Romualdo Amigó, hijo de un primo hermano suyo, como secretario de Cámara y Gobierno. Ciertamente que esta decisión no es uno de sus mayores aciertos. ¡Sea todo por el amor de Dios!

- Y, en la nueva diócesis, ¿cuál es su ministerio pastoral? ¿Cuál es su obra?

- Desde luego lo primero que se propone es la reforma del seminario y la pacificación del pueblo. Durante veinte largos años de estancia en Segorbe, como es bien sabido, dedica sus esfuerzos a crear iglesia, familia y fraternidad. Y todavía puede llevar a cabo tres grandes obras materiales, según escribe, como son el estucado y dorado de la catedral, la adquisición del antiguo convento de Santo Domingo y la entrega del Santuario de Nuestra Señora de la Cueva Santa a los Padres Carmelitas Calzados.

Además centra su atención en visitar los numerosos pueblecillos de su diócesis, dispone misiones populares y organiza peregrinaciones al Santuario de Nuestra Señora de la Cueva Santa, en la Sierra de Segorbe.

A propósito, es memorable la del 12 de abril de 1914. Creo que fue organizada para impetrar de la Señora la gracia de la lluvia. Al menos así lo dice el Señor Obispo en sus *Apuntes sobre mi Vida*. Y así también, al menos, así se lo oí yo contar a la señora Baltasara, a quien tuve la ocasión de encontrar una tarde de otoño en la plazoleta del Santuario, frente a la hospedería, rodeada de toda una infinita chiquillería infantil.

Escuchemos el amable relato que hace la señora Baltasara, tal cual yo se lo oí referir:

“¡Toma que si me acuerdo! Como si fuera hoy, afirmaba la buena señora. Fue el 12 de abril del 14. Precisamente era domingo. Aquel año el otoño había sido seco y el invierno benigno. Y lo mismo el anterior. Los campos estaban agostados. De Altura a la Cueva Santa, únicamente una leve vegetación de palmito, aliagas y boj, y alguna que otra ramita de tomillo perdida en los campos pedregosos. ¿Y agua? Tan sólo en el vallejo de los almeces echaba un hilillo la fuente. ¡Aquella fuente tan hermosa otrora! ¡Y de la Cueva Santa a Alcublas...!

Así, con decisión, y un entusiasmo más que juvenil, narraba su historia la señora Baltasara. Y la chiquillería infantil, que le seguía embobada, aún le decía:

- Diga, diga, señora Baltasara.

- De la Cueva Santa a Alcublas... el paisaje, ya de por sí desértico, era un erial tan sólo veteadado por alguna que otra matuja de carrasca o lentisco. Era primavera entrada y las viñas ni tenían siquiera fuerza para estallar en los primeros renuevos, olorosos, virginales. Mucho menos en zarcillos. Y las piedras de Montmayor y la cabaña de Hato Grande hacía años que no se lavaban. Estaban más requemadas que piedra de ermita. No llovía. ¡Qué mal se pasó aquel año, hijos! ¡Qué mal se pasó...!

Y una vez más los chiquillos, con sonsonete infantil:

- Siga, siga, señá Baltasara, siga.

- El domingo 12 de abril, salió un sol hermoso, limpio (decía la buena señora). Bueno, ni más ni menos que los anteriores. Altura, y Segorbe todo, subió al Santuario de la Cueva Santa. Querían bajar al pueblo la Virgen, la imagen más milagrosa de toda la contornada. Subió también el Señor Obispo. ¡Qué placidez en su semblante! ¡Y, qué bondad en su mirada! Él, mientras nos reuníamos los peregrinos, rezaba el rosario ante los casalicios del mismo. Y de tanto en tanto elevaba su mirada al cielo. Yo que, ¡para qué negarlo!, me gusta hablar, me acerco y le pregunto:

- Señor Obispo, y ¿cómo se hace uno santo?

- Tragando mucha saliva, hija, tragando mucha saliva, me contesta.

Entre tanto la buena señora se enderezó un poco, como para reponerse y tomar aliento.

- Siga, siga, señá Baltasara, siga, se apresuró a decir un canijo.

- A eso de las tres, prosiguió la amable anciana, se inició la procesión de bajada. Ni una nube. Ni la más ligera brisa. Un sol prima-

veral... Bueno, como cuando Elías o Isaías o quien fuera, vamos. El caso es que antes de llegar a la masía de Ribas, ya la primera nubecilla. A la entrada de Altura, las primeras gotas. ¡Qué de vítores! ¡Qué de alegría! ¡Qué de algarrabía de colores y caras gozosas! Mi hermanillo chapoteaba en los charcos con un gozo como nunca hizo desde que nació.

Aquel año, el año del gran milagro, se llenaron las trojes, y las bodegas, y las almazaras chorrearón aceite hasta San Silvestre. Y, ¿sabéis a quién se debió todo esto? ¿Lo sabéis?

- A la Virgen de la Cueva Santa, gritó el enjambre de los pequeñuelos, que se apiñaba en torno a la afable señora.

- Sin duda alguna, sin duda.

- Siga, siga, señá Baltasara, decían ya a coro.

- Pero también al Señor Obispo, que era un santo, apostilló la agradable señora. Lo decía mi buena madre, que en gloria esté, y que me llevaba de la mano: *es un santo, un santo*. Y lo decía también hasta el señor Melquiades, que es voz común que nunca pisó iglesia: *¡pero sino hay más que mirarle al rostro...!*

Y así prosiguió su relato la señora Baltasara mientras el corro de chiquillos aumentaba rodeándola, no permitiendo se perdiera ni una sola palabra de las que caían de sus labios. Y los más pícaros aún la seguían animando con el mismo sonsonete:

- Siga, señá Baltasara; siga, siga”.

A propósito del Obispo Mons. Amigó también decían las gentes que era un espíritu providencialista. Y, sobre todo, que era un espíritu fino, cultivado, amante de la liturgia y del sacerdocio ministerial. Y esto es verdad.

No está bien que yo lo diga que, a más de hijo, soy su biógrafo. Pero el sentido providencialista es algo connatural al espíritu capuchino. Como que es consecuencia lógica de su vivir el desapropio. Y asimismo el amor a la liturgia y al sacerdocio ministerial. El espíritu reverente y piadoso del Padre San Francisco y, sobre todo, su amor a los señores sacerdotes, cualidades todas ellas que habían calado hondamente en el espíritu franciscano de Mons. Amigó.

Pero oigamos lo que conversaba un grupito de viejecitas segorbinas, a la salida de la catedral, en el fresco patio gótico de los naranjos, al finalizar la misa mayor del día de Pascua, de

un año cualquiera poco más o menos. Que también yo fui testigo de su animado diálogo. Veamos, veamos cómo razonaban:

- ¿Ha visto, doña Mercedes? ¡Qué concurrencia! Así da gusto, decía Rosita.

- A mí es que la *Misa de Angelis* del día de Pascua, celebrada por el Señor Obispo, es que me llena... un montón, afirmaba doña Mercedes.

- ¡Pues si le hubiera visto usted el día de Jueves Santo, en el lavatorio de los pies! ¡Parecía la humildad de rodillas!, replicaba a su vez Rosita.

- ¡Lo habrá hecho tantas veces, el pobre, en el convento!

- Sí, claro, que de raza le viene al galgo...

- ¡Pero es que es en todas las celebraciones! ¡Qué sencillez! ¡Y qué unción y, al mismo tiempo también, qué naturalidad!

- ¡Pues si le viera en el rosario de la aurora...!

También Anita se encontraba en el grupo, pero no osaba hablar, cosa harto rara en una mujer. Sin embargo, asentía a cuanto afirmaba doña Mercedes y Rosita, pues los años no les

daban sabiduría alguna, pero sí un cierto ascendiente sobre las señoras más jóvenes.

Indudablemente que las gentes sencillas de Segorbe conocían bien a su obispo, Luis Amigó. Pues aseguraban también las gentes que era muy hospitalario, sencillo y popular. A un veje- te, que casualmente encontré en la plaza del Agua Limpia, le oí decir en confianza y en tono sentencioso: *El Señor Obispo es uno de los nuestros.* Y subrayaba lo de *uno de los nuestros* como si verdaderamente el Señor Obispo fuese propiedad de todos y de cada uno de los ciuda- danos de Segorbe.

A propósito, algunas gentes de la Ciudad del Agua Limpia todavía recuerdan al Señor Obispo de la barba blanca descender por la Tebaida, cruzar la carretera de Teruel y tomar la carretera de Altura en sus frecuentes visitas al noviciado de sus hijas Terciarias Capuchi- nas de la Sagrada Familia. Dicen que solía ir los jueves, y nada más comer. Que iba andan- do. Y que le gustaba charlar con los labriegos y arriscadores de la campiña. Que al cruce del camino romano de Sagunto le solía esperar Edesio, el leñador. Y que, junto a la acequia grande, hablaba con Visantet, el cestero que remoja mimbres en la acequia para hacer ces- tos.

¡Ah!, también me han dicho que le gustaba pegar la hebra con Juan, el mulero, y con Salus, el de la María. A propósito, les he oído ponderar personalmente lo lucido de la fiesta cuando celebró sus bodas de oro sacerdotales el año 1929. Escuchemos, escuchemos cómo se expresaban:

- ¡Mira que el hombre era feliz! ¡Cómo un niño con zapatos nuevos! ¡No lo podía ocultar!, comentaba Salus.

- Se encontraba rodeado de todos, como un viejo patriarca, replicaba Juan, el mulero.

- ¡Y qué de colgaduras y qué de raciones de olla se repartieron ese día! Así lo confesaban todos ellos.

También me han asegurado que el Señor Obispo era muy querido en Segorbe. Y que lo era, pues... por eso, porque, al decir de Baltasara y Melquiades, era un santo. Y, según doña Mercedes, porque tenía unción. En sentir de Rosita, porque era la humildad de rodillas. Para Edesio, el leñador, porque era bueno. Y para Juan, el mulero, y para Salus, el de la María, porque habían comido a su mesa en algunas ocasiones importantes. Y para todos porque era prudente y humano, modesto y sencillo, pobre y hospitalario.

Por eso las gentes humildes, las que hablan con el corazón en la mano, se deshacen en elogios hacia el amable “obispo de la barba blanca”. Elogios que he podido recoger personalmente de sus propios labios. Elogios que me han llegado así, vivos, palpitantes, hasta el día de hoy.

A propósito. Hemos sentido decir que en sus últimos años, cuando ya le iban faltando las fuerzas, e iba perdiendo la vista, y ya el hambre se cebaba en tus sacerdotes al privárseles de la subvención estatal, propuso renunciar al episcopado. ¿Es esto verdad, nos preguntamos?

- Desde luego esta es la verdad. Que aquellos fueron años duros y el último recodo del camino de la vida es preciso andarlo en solitario. Además en aquellos años estaba muy metido que el obispo se desposaba con su diócesis como Cristo con su iglesia. Y el matrimonio sólo se disolvía por muerte de uno de los contrayentes. Lamentablemente siempre solía faltar el obispo, como le sucedió a él.

A propósito, también se ha dicho y escrito que Mons. Luis Amigó tenía don de lágrimas, especialmente en los últimos años.

- Seguramente que también fue así. Pues dicen que no es de hombres el llorar; pero sí es de padres. Y Mons. Amigó fue un padre, tanto para sus hijos espirituales como para sus diocesanos. De todos modos no creo que se pueda llamar don a lo que no es sino desahogo de la naturaleza humana. Que si el hombre ha sido creado para ser feliz, difícilmente el llorar puede ser considerado don de Dios. Vamos, digo yo. De todos modos dejémoslo así.

17. SU MINISTERIO PASTORAL EN SEGORBE

Fray Luis de Masamagrell, siempre tan cuidadoso, siempre tan detallista, ha fijado su entrada solemne en la ciudad ducal de Segorbe para el día 30 de noviembre, en que la iglesia celebra de San Andrés Apóstol. ¿La hora? A las tres de la tarde. Se traslada a la Ciudad del Agua Limpia en uno de esos trenes asmáticos de la época, cuya locomotora silva con penachos de humo al viento cuando advierte cualquier núcleo urbano.

Para estas fechas a Fray Luis de Masamagrell los hijos de Segorbe le llaman ya Mons. Luis Amigó. Que la gente en esto es muy mirrada. Y ese título lleva albergada la obligación de ser puntual. Que la puntualidad es virtud de hidalgos. Así que el último día del mes de noviembre de 1913, y a la hora en que los labriegos de la serranía de Segorbe suelen proceder a la cata de sus colmenas, Mons. Amigó llega en tren a la Ciudad del Agua Limpia.

En aquella hora solemne el sol está más bajo. Ya no pica tanto. La huerta envía los aromas de sus primeras mandarinas. Y el ambiente es fresco y amable. Es ya época plenamente otoñal.

A las tres y nueve minutos, con puntualidad inaudita en trenes españoles, el de Valencia-Zaragoza entra en agujas. En ese mismo momento la numerosa concurrencia prorrumpie en una clamorosa ovación a su nuevo Obispo.

¡Ah!, esperándole están y salen a recibirle (aparte don Juan Navarro Reverter, cuya presencia para él es de obligado cumplimiento y rigor) su paisano Pepito, el de la María, y sacristán de Masamagrell a quien, estrechándole contra su pecho, le otorga el más caluroso abrazo que da a ninguno de los presentes.

A eso de las cuatro el automóvil echa a andar, y nunca mejor dicho, por la lentitud y solemnidad de su marcha ascensional. Conforme deja atrás la feraz vega del Palancia para alcanzar la ciudad de fuentes abundosas y de aguas transparentes, su espíritu se transforma, se transfigura.

A las 4'47 minutos, bajo palio, hace su entrada solemne en la hoy catedral basilica. A continuación la capilla de música insinúa el

tedeum. Hay besamanos y jolgorio. Y música, mucha música. Aquella tarde se cierra con apretones de manos, felicitaciones y enhorabuena. Y a eso de las 7, a los acordes de la Marcha de Infantes, el nuevo Obispo se retira a sus aposentos particulares.

¡Ah!, ¿que por qué descendemos a estos mínimos detalles, me decís? Pues, mirad, porque la vida del nuevo Obispo en Segorbe va a estar toda ella entretejida de pequeños detalles. Que el detalle insignificante es signo de exquisita grandeza. Por lo demás él tiene muy claro que no distingue el Señor a las criaturas por la grandeza de sus ministerios sino por la de sus obras. Que así se lo escribe él a sus hijos.

Segorbe -lo sabemos muy bien- era entonces, y es todavía hoy, una pequeña ciudad medieval, que desciende de los cerros de La Estrella y de San Blas. Sus inviernos son cálidos y soleados y sus veranos frescos y apacibles.

Como diócesis es más bien poca cosa. Siempre fue poquita cosa. En alguna época estuvo unida a la de Albarracín. Vamos, que era algo así como una espingarda olvidada en los Montes Universales que, por Peña Escavía, se descuelga sin conseguirlo hacia el mar. En estos tiempos ya esta separada, que la unión

entre pobres es más bien frágil y temporera. De todos modos la diócesis únicamente es abundosa en extensión. Porque habitantes, lo que se dice habitantes, la diócesis no cuenta más de 80.000, atendidos por ciento cuarenta sacerdotes diocesanos y algunos religiosos más.

En la época de que tratamos la diócesis de Segorbe - aún no unida a Castellón ciudad, lo que sucederá con la reestructuración de diócesis de 1953- es de carácter mayoritariamente agrícola y rural. Todavía lo sigue siendo. Parece marcada con el signo de lo eterno. Su grandeza estriba en sus gentes. Yo creo que ninguno de sus obispos han sufrido nunca veleidades por hacer, hacer y hacer... Que las esencias suelen encerrarse en tarritos pequeños y nunca fueron patrimonio del mucho obrar. Lo cierto es que en esta pequeña diócesis, rodeado de tan buenas gentes y con un ramillete de sacerdotes tan piadosos, Mons. Luis Amigó va a compartir los restantes años de su existencia terrenal.

Desde luego sin pérdida de tiempo, cuarenta y ocho horas después de su entrada solemne, dirige ya la primera carta pastoral a sus diocesanos. En ella les escribe las palabras de San Clemente: *No por mis méritos me envía a vosotros el Señor, sino para hacerme partícipe de vuestras coronas.* Que nada hace la vida tan

amable como el rebajarse uno al nivel de los más humildes. Sí, a continuación también les dice que se propone trabajar incansablemente por su propia santificación, sin perdonar para ello fatigas ni sacrificios. Pero, vamos, esto es lo que siempre dice el nuevo Obispo en un primer esbozo de su programa de intenciones.

En el año 1913, aparte su toma de posesión de la nueva diócesis, el Señor aún concede a Mons. Amigó otro gran motivo de consuelo y satisfacción. Y es que, a finales de diciembre, tiene la suerte de poder presidir la peregrinación del magisterio católico a Roma. No sé si os lo he dicho ya, pero el día prefijado para la audiencia hubo de hacer la presentación de la peregrinación al Santo Padre Pío X. ¡Uff, la de sudores que pasó, el pobre...!

El año 1914 también fue para él de grandes y fuertes emociones, gratas unas y muy tristes otras. Y la primera es el 12 de abril con motivo del traslado de la Santísima Virgen de la Cueva Santa a Altura para impetrar de la Señora el beneficio de la lluvia. Ya conocéis el relato colorista de la señora Baltasara. Pero como la providencia ordinaria de Dios suele ser el mezclar los favores y gracias que nos otorga con penas y tribulaciones, a fin de que ni aquellos nos engrían ni éstas nos abatan y enerven -como él

dice- dispone el Señor que durante el verano de 1914 estalle la gran guerra. Lo que constituye el suceso triste. ¡Sea todo por el amor de Dios!

Los años de 1914 a 1918 son por lo general amargos y turbulentos por cuanto el terrible azote de la guerra flagela sin piedad a naciones con las cuales nos unen vínculos de raza y amistad. Él, como su Seráfico Padre San Francisco cuando creció mucho la Orden, se siente como una gallina pequeña y oscura, semejante a una paloma doméstica, incapaz de atender tanta necesidad como se le viene encima.

Pero el tiempo y la historia avanzaban inexorablemente. Y no es cuestión de ir entreteniéndose en discursos paralizantes, como decimos frecuentemente hoy. Por eso, en lo material, se da con alma, vida y corazón a tres grandes obras, como ya dijimos anteriormente: el estucado y dorado de la catedral, la adquisición de la iglesia del convento de Santo Domingo, y encargar del Santuario de la Cueva Santa a una comunidad religiosa. Y, en lo espiritual, dedica su tiempo a la visita pastoral de la diócesis, que inicia el 14 de mayo de 1915 por Sot de Ferrer, Soneja y Segorbe, como bien conocemos.

En dichas correrías apostólicas frecuentemente transita por caminos de herradura. Y más de un salteador de caminos le visita entre pueblo y pueblo, aunque seguramente a otros actos de la visita pastoral del Obispo no acuda el incómodo visitante. Que el hambre aguza el ingenio y difícilmente hace cuestión de dignidades. De cuanto digo puede dar idea el saber que el pueblo de Altura es el feudo más apetecido por los sacerdotes de la diócesis, por cuanto es el más cercano a la ciudad ducal de Segorbe, y también el que ofrece más seguridad.

¡Ah!, se me olvidaba. De 1914 a 1922 desempeña el cargo de senador del Reino por la provincia eclesiástica de Valencia. Honor del todo inmerecido, según él dice, y que acepta por el gran bien que de ello podía derivar para su diócesis y congregaciones religiosas.

En cuanto a su diario quehacer en Segorbe tiene la normal monotonía de todo lo cotidiano. Las mañanas las suele dedicar a despachar asuntos curiales de ordinaria administración. Y las tardes, en cambio, especialmente las deliciosas tardes de la primavera y otoño segorbinos, el Señor Obispo las emplea en visitar enfermos, confesar en la catedral o visitar a sus religiosas en su casa noviciado de Altura.

Luego de la obligada visita en la catedral a Nuestra Señora, la Virgen Blanca, suele salir por la puerta mayor y, acto seguido, se adentra en ese delicado dédalo de callejuelas sinuosas y empinadas que insensiblemente tiran de uno hacia arriba, hacia lo alto del cerrillo de la Estrella. Y aprovecha para visitar a algún enfermo en el antiguo barrio de la Morería, arrabal recostado sobre dicha loma.

Otras veces dirige sus pasos hacia la calle-cilla de Don Martín de Aragón, sinuosa y zigzagante, partida por la de Platerías (¡qué nombres tan sonoros!), cruza la antigua carretera de Sagunto-Burgos y desciende por la Plaza del Arroz (en otros tiempos llamada de Alfonso XII) a la popularmente conocida como Plaza del Agua Limpia, con sus bellos mascarones de bronce, para tomar el camino de Altura.

A veces cruza la puerta romana y va por la Tebaida a alcanzar el Barranco de Capuchinos. Y por la huerta, por el senderillo viejo de la acequia con ribetes de camino, se llega a casa de sus hijas. Esta vereda es muy a propósito para el silencio y la contemplación. Lo cierto es que necesita de vez en cuando salir del palacio episcopal. Darse un baño de silencio y de pueblo. Resolear el espíritu. Que un señor obispo no puede estar siempre protendido hacia lo

divino. Eso sí, siempre se hace acompañar del bueno de fray Serafín María de Ayelo de Malferit, su familiar.

Durante los años siguientes (y nos referimos en líneas generales a los de 1917 a 1926) el nuevo código de derecho canónico marca el ritmo de su vida en Segorbe, la ciudad del Agua Limpia. Lo primero que hace es reformar por segunda vez las Constituciones del Seminario. Hay que acomodarlas al nuevo código. En pleno siglo XX no son admisibles ya más distinciones que las estrictamente necesarias. Y tener en el mismo centro seminaristas ricos y pobres, josefinos y de los otros, ya ni es posible ni es razonable. Tampoco es admisible el llevar el Seminario todavía a lo casero. Total que hay que renovarlo en profundidad. Y creo que el buen Obispo Amigó lo consigue. Él da al seminario conciliar nuevas Constituciones, nuevo enfoque científico, nuevo director espiritual, nuevos prefectos...

Por otra parte dicta oportunas disposiciones -al menos así se le reconoce entonces- sobre catequesis, predicación sagrada y música sacra. Establece las conferencias morales y litúrgicas mensuales. Convoca para la provisión de parroquias. Crea el museo diocesano y

organiza el archivo de la diócesis. Y promueve la confesión y comunión frecuentes.

Seguramente que por estas fechas, y seguramente con ocasión de organizar dicho museo, el Señor Obispo se topa con la *Madonna con el Niño*, de Donatello, o con *la Virgen de la leche*, de Camarón, lo que le mueve a crear la obra asistencial conocida como *La Gota de Leche*. Es una bella forma de promover la ayuda a mujeres que, bien por motivo de viudedad o bien por haber dado a luz, sufren dificultades económicas difícilmente superables. La hermana Martina, hija de la caridad y superiora del hospital de la ciudad de Segorbe, es el brazo derecho de la asociación en el suministro y reparto de alimentos.

En este tiempo el Señor Obispo tiene también el consuelo de ver cómo llegan a su fin obras que ha comenzado bajo el signo de la pobreza, pero confiando siempre en la Divina Providencia, y que gozosamente contempla cómo esta misma Providencia Divina poco a poco las va dirigiendo hacia su fin. Nos referimos, entre otras, al Santuario de la Cueva Santa, cuya cesión le fue otorgada en fecha 13 de enero de 1922; la conclusión del estucado y dorado de la catedral basílica, a finales de 1923; la consagración de la iglesia de la casa

noviciado de sus hijos, en Godella, el 18 de marzo de 1924; o la apertura al culto de la iglesia segorbina de Santa María, en fecha 29 de noviembre de 1925.

También Mons. Luis Amigó pasa por momentos dolorosos. Que en la vida de caminantes no puede ser de otra manera. Pues, a primeros de 1921, fallece su hermano Julio y, apenas iniciado el año 1923 y en el término de ocho días, fallece asimismo su hermana Emilia Rosario y su cuñado Salvador. Y también en el verano del mismo año se inicia la dictadura de D. Miguel Primo de Rivera que, apañadita y todo como es, para el pueblo no deja de ser una verdadera dictadura.

Pero el año que resulta crucial para su persona es el año 1926. Comienza ya entrando un poco lento y receloso. Remolón, vamos. Como dicen que entran en la plaza los toros que no son buenos. Y la salida... está claro que, al menos para el Señor Obispo, no va a ser por la puerta grande y a hombros, sino por la de la enfermería. Y a hombros, sí, pero de las asistencias. Desde luego él ya se recelaba algo. Por eso, con fecha 3 de mayo, dicta a sus hijos e hijas la que con razón será considerada como su carta-testamento.

“En la convicción de que éstos serán ya los últimos Capítulos a que Nos asistamos...”

Sí, ciertamente todavía asiste a los capítulos generales de sus dos congregaciones. Pero, amigos, el 19 de septiembre ese delicado cuerpecillo suyo da la impresión de que no da ya más de sí. Parece haber llegado a su término terrenal. Todo un mes se debate entre la vida y la muerte. Es como cuando se te parte el eje del carro por medio, decía, pero peor. Más brutal. En aquellos momentos siente como nunca el anonadamiento cristiano. Y el aniquilamiento y desapropio franciscanos. Se siente desfallecer.

«Gracias a Dios, el Señor se dignó oír vuestras súplicas en nuestro favor y nos restituyó la salud. Sin duda alguna para que, empleando mejor el tiempo en su servicio, aseguremos nuestra salvación eterna. ¡Gracias mil sean dadas al Señor, y a vosotros, amados hijos, por cuya mediación nos ha otorgado este beneficio!» Es lo que entonces escribe con inmensa gratitud y amor paternal.

Pero en todo caso está claro que en lo sucesivo sus fuerzas no dan ya sino para mondar cacao, y para muy poquitas cosas más. Sí, recuerda que a raíz de la recuperación las gentes le decían amablemente: *¡Qué bien se conser-*

va, Señor Obispo! ¡Qué bien se conserva!, lo que no es sino un cumplido y una manifestación evidente de que está mal. De todos modos hubo de hacerse los ánimos y seguir adelante. Desde entonces, aunque no se haya dicho ni escrito, las escasas fuerzas que el Señor tiene a bien reservarle las emplea, como las emplean los ancianos en general, en fanfarrias y poco más. ¡Ah!, sí, y en celebraciones de celebraciones, lo que no deja de ser también un preludeo del final.

Como consecuencia de la enfermedad de uremia, sufrida durante el otoño de 1926, sus fuerzas quedan evidentemente muy mermadas. Aconsejado por su confesor don Rafael Muñoz, párroco de Navajas, e instado por su resobrino, don Romualdo Amigó, que insistentemente le repite: *escriba, Señor Obispo, escriba*, dedica su tiempo a redactar *Apuntes sobre mi Vida*, que no es sino su sencilla autobiografía escrita con caracteres de humildad franciscana *para que sus Religiosos y Religiosas con mayor motivo se acuerden en la presencia de Dios de este su Padre y Fundador*.

A partir de entonces los años sucesivos se le van haciendo mucho más lentos y sombríos. Lo cierto es que en 1931, precisamente el 14 de abril, es proclamada la Segunda República. Él

se encuentra con sus hijas en el Santuario de Nuestra Señora de Montiel. Cuando llega a sus oídos la noticia -seguramente se la dan sus hijas- lo único que se le escucha musitar es: *¡Que no se entiendan, Señor!*

A partir de dicha fecha, de dicha fatídica fecha, en los años siguientes en España no se puede gozar ya de paz alguna. No ha transcurrido todavía un mes y, el 11 de mayo..., ya sabéis, Madrid, Barcelona, Valencia... Bueno, todos sabemos lo que sucede, pero *mejor no meneallo*, como diría el clásico. Lo cierto es que el Señor Obispo no abriga duda alguna de que sus hijos, si llegara la ocasión, tendrán pasta de mártires, como a su debido tiempo ponen de manifiesto bien a las claras.

Pero... dejemos aquí el relato, si os parece bien. Que la tristeza es ave de cortos vuelos y no alcanza a anidar en estas alturas. De todos modos el ocaso de la vida, el ocaso de cualquier vida, viene siempre teñido de sangrientos tonos crepusculares, ¿no creéis? Es como el último estertor de un meteoro. Es como un preludeo cruel. Y, luego cae la noche.

18. SILUETA ESPIRITUAL DE LUIS AMIGÓ

El temperamento y el carácter -dicen- constituyen la plataforma sobre la que luego se levanta la vida humana, religiosa y moral del hombre. El temperamento se hereda. El carácter, en cambio, se adquiere. Aquél se transmite juntamente con el capital genético. Éste es fruto del temperamento y de las innumerables vicisitudes por las que pasa toda existencia humana.

Luis de Masamagrell seguramente nace ya dotado de un temperamento bondadoso y caritativo. Pues el Señor, según él mismo confiesa, concede a su buen padre, el abogado don Juan Gaspar, un corazón candoroso y compasivo. Y a su santa madre, por otra parte, la dota de un espíritu prudente y mortificado tal, que jamás se conocen por su semblante las penas o los disgustos que la atormentan. Y a ambos progenitores les distingue el Señor con una fe firmísima. Que así lo asegura también Fray Luis de Masamagrell. Por lo demás, tiene la suerte de

ver la luz en el seno de una familia numerosa y muy, muy cultivada.

Lo cierto es que los sentimientos más perennes prenden en el espíritu humano desde los primeros años de vida. Es decir, desde los años de la niñez. Y Fray Luis de Masamagrell, ya desde niño, a más del calor familiar, sabe rodearse de amigos mayores que él e inclinados naturalmente a la piedad.

Por otra parte el ya Venerable Luis Amigó pasa los años de su niñez y juventud en la Ciudad del Turia. Su vida transcurre serena y pacífica en el recinto del Seminario Conciliar, en los alrededores de la Basílica de Nuestra Señora de los Desamparados, y en un ambiente profundamente caldeado de un franciscanismo seglar. Apoyado por sus compañeros de seminario, y por seglares comprometidos -que todo hay que decirlo-, practica las obras de misericordia en cárceles y hospitales. Aprende los rudimentos de artes y oficios, tan útiles luego a sus hijos espirituales. Y enseña catequesis por las barracas de la huerta valenciana de La Punta de Ruzafa.

La familia, los amigos de Seminario, el mismo ambiente ciudadano... van configurando, pues, en Luis de Masamagrell una espiritualidad eminentemente evangélica, fran-

ciscana y mariana. Y él la cimienta sobre un amplio fondo de piedad y compasión cristianas. Por lo demás el contexto ciudadano y la peculiar piedad de la época tiran con fuerza en esta misma dirección.

En la Ciudad del Turia Luis Amigó acude diariamente, como alumno externo, a las aulas del Seminario Conciliar. Desde los once años, en que ingresa en el Seminario, hasta los casi diecinueve, en que lo abandona para ingresar en el noviciado de los padres capuchinos de Bayona, Francia, forma su espíritu en latín y humanidades, en filosofía y letras, y en los rudimentos de la teología escolástica.

Son estos años -no lo podemos ignorar- los años de mayor alumnado del Seminario Conciliar de Valencia. Y son, posiblemente también, los años de mayores exigencias en la formación científica, religiosa y humana de los seminaristas. Las grandes personalidades de la época, formadas en sus aulas, así lo certifican. Por otra parte los padres jesuitas animan la vida de seminario y, seguramente, de ellos aprende Luis Amigó ese su amor a la Iglesia, esa su disciplina intelectual, esa primacía de la formación de la voluntad, y ese su amor por la obra acabada y bien hecha. Esto le proporciona un estilo de hombre de leyes que se percibe

enseguida en su forma de enfocar los problemas y en su actitud para solucionarlos. No se puede olvidar tampoco la amable figura del jesuita padre Llopart, su director espiritual, que ciertamente -según nos aseguran- tiene también dicha propensión.

Por otra parte la formación académica que recibe en las aulas del Seminario Conciliar la completa con una educación eminentemente práctica. No sólo es preciso pensar bien, sino obrar el bien. No sólo es necesario pensar correctamente, sino también obrar coherentemente siguiendo el hilo del propio pensamiento. A Luis Amigó nunca se le podrá tachar de incoherente.

Como por una propensión natural en estos años Luis Amigó va espigando en los evangelios y cartas paulinas los textos mayormente transidos de piedad, misericordia y redención. Le son particularmente queridas las llamadas *Parábolas de la Misericordia*. Siente especial predilección por la del hijo pródigo, por la de la oveja perdida, así como también por la resurrección del hijo de la viuda de Naím. En sus años de Administrador Apostólico de Solsona las sintetiza en la amable figura del Buen Pastor, que entrega su vida por sus ovejas, y que aporta como lema a su escudo episcopal.

En una época en la que goza de tanto relieve la salvación del alma, Luis Amigó la incorpora a su propia espiritualidad con el texto de Santiago: “No temáis perecer en los despeñaderos y precipicios en que muchas veces os habréis de poner para salvar la oveja perdida; ni os arredren los zarzales y emboscadas con que tratará de envolveros el enemigo, pues podéis estar seguros de que si lográis salvar un alma, con ello predestináis la vuestra”. Constituye el núcleo de la carta-testamento en la que recoge su última voluntad para sus hijas e hijos espirituales.

Asimismo encarna ya desde joven las actitudes de Pablo de Tarso: “Libreme Dios de gloriarme si no es en la cruz de Cristo, y Cristo crucificado” que, a través de Francisco de Asís, pasa al acerbo espiritual del Venerable Padre Luis Amigó y que, juntamente con el pasaje anterior, constituye uno de los textos bíblicos más citados en sus escritos.

La figura de un Cristo evangélico, pero profundamente misericordioso y redentor, constituye el núcleo de su espiritualidad evangélica. Esta figura aporta a su espiritualidad unas connotaciones dolorosas y corredentoras bien precisas. Luis Amigó las recoge en torno a la amable figura de la Virgen de los Dolores, que

incorpora a su obra salvadora y a su vida piadosa y apostólica.

Paralelamente a la instrucción académica Luis Amigó recibe en Valencia una formación de corte franciscano seglar. Es una formación que está en el ambiente y que adquiere como por ósmosis o contagio. Su trayectoria espiritual va de la Escuela de Cristo, a la Orden Tercera Seglar para, finalmente, recalcar en los capuchinos de Bayona, franciscanos de la estricta observancia. En este camino de franciscano seglar poco a poco va adquiriendo las virtudes propias del hermano menor. Entre ellas no podemos olvidar un espíritu mortificado y penitencial, sencillo y humilde, hecho de paz y serenidad, y especialmente ese sentido de fraternidad y minoridad tan presente siempre en los miembros de la Familia Franciscana.

Sin duda que Luis Amigó, durante su estancia en la casa noviciado de Bayona, igualmente se empapa de ese espíritu de profunda sencillez y humildad de los primeros compañeros de Francisco de Asís. Pues, de tal manera -afirma Tomás de Celano- están repletos de santa simplicidad, tal es la inocencia de su vida y tal la pureza de su corazón, que ignoran qué es doblez. Pues entre ellos, como una es la

fe, así uno es el espíritu, una la voluntad, y una la caridad.

Asimismo durante los días de noviciado Luis de Masamagrell entra en contacto con el espíritu del Seráfico Patriarca, quien quería seguir la humildad y pobreza de Nuestro Señor Jesucristo. Y que deseó siempre que sus hijos no fueran mayores, sino menores y sujetos a toda autoridad. Y que fuesen sencillos y puros. En una palabra, inocentes, humildes y sin doblez alguna.

Se adiestra igualmente en el ejercicio de la caridad y del celo apostólico de que ve dotado a su Seráfico Padre quien, también según Tomás de Celano, cual carbón ardiente, parece todo él devorado por la llama del divino amor. Este espíritu franciscano es el que el mismo Padre Luis Amigó desea traspasar a sus hijos, pues en su carta testamento recoge este triple aspecto:

“La Congregación es vuestra Madre que, con la vida religiosa, os ha comunicado su espíritu, su carácter y su predilección por las virtudes de humildad, sencillez, caridad y celo apostólico que caracterizan a nuestra Orden Seráfica”.

Por lo demás, y si nos referimos a su espiritualidad mariana, no conocemos por lo pronto

fundador alguno que no haya profesado un tierno afecto a la Madre del Señor. De Francisco de Asís se asegura que rodea de amor indecible a la Madre de Jesús, por haber hecho hermano nuestro al Señor de la Majestad. Y le tributa peculiares alabanzas, le multiplica oraciones, le ofrece afectos, tantos y tales como no puede expresar lengua humana... ¡Ah, eso sí! Los fundadores centran su afecto en una devoción bien precisa, la desarrollan en torno a un santuario mariano muy concreto y, amorosamente, tratan de inculcarla en sus hijos espirituales. Viene a integrar ese como aire de familia propio del Instituto y que se halla en su mismo nombre, lo que constituye como su carnet de identidad: Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores.

En Luis Amigó nace esta su devoción, -aparte naturalmente los hechos de la niñez-, o al menos se concreta, mediante su meditación diaria de la Pasión de Cristo. Los capuchinos de la restauración cada día meditan la Pasión del Señor, lo que les lleva frecuentemente a meditar asimismo los dolores de la Madre del Señor contemplándola, bien en la calle de la Amargura o al pie de la cruz, bien en el descendimiento o bien en su soledad. En una palabra, contempla a la Virgen de los Dolores. De ahí que su devoción sea a la Madre de los Dolores

en ese momento de su retorno sereno y doloroso de la Virgen de la Soledad que, en la mañana del Sábado Santo, a las primeras luces del alba, desciende del cerro del Calvario, trayendo amorosamente en su regazo los signos de la Pasión. Es la imagen de la Virgen de los Dolores o de la Soledad, la Madre del Crucificado y del Mártir del Calvario.

Luis de Masamagrell aprovecha las ocasiones que le brinda la ordinaria Providencia Divina, como es la felicitación el día de la Virgen de los Dolores, levantar altares en su honor, presidir sus fiestas patronales... En realidad acciones todas ellas sencillas, que suele ser la forma corriente de inflamar en el amor filial.

Y cuando en sus institutos surgen las dificultades les alienta en estos términos: "Mis carísimos hijos, si bien nunca, como padre, puedo olvidaros, aumenta no obstante mi recuerdo y, si se quiere, mi afecto, todos los años al llegar la festividad de Nuestra Santísima Madre de los Dolores y la fecha de la fundación de nuestro Instituto. Unámonos aquel día en el santuario del corazón dolorido de Nuestra Madre y pidámosle con fervor nos continúe sus bendiciones, dando a los prelados luz y acierto en sus disposiciones; a los súbditos,

unión, celo y sumisión y, por vuestros méritos, el perdón de sus pecados a este vuestro padre y siervo en Cristo”.

En la tradición cristiana hemos acentuado, tal vez excesivamente, la figura de Cristo como el varón de dolores. Y tal vez hasta hemos acentuado excesivamente la ascética como camino de perfección. En sus correrías apostólicas el Venerable Luis Amigó, como los clérigos de otros tiempos se llevaban su altarcito en forma de tríptico para la celebración de la santa misa, él lleva siempre consigo un díptico que recoge sus dos grandes amores, es decir, una tabla de la Pasión del Señor y otra de la Virgen de los Dolores. El hecho es lo suficientemente elocuente para indicar esa su espiritualidad evangélica, doliente y misericordiosa que tanto le caracteriza.

Espiritualidad eminentemente evangélica, franciscana y mariana. Espiritualidad que le viene dada por la contemplación frecuente de la figura de Cristo Buen Pastor. Espiritualidad que, por franciscana, acentúa los misterios de anonadamiento y transfiguración del Señor en su Natividad y en el Calvario. Una espiritualidad que le llega a través de Pablo, el apóstol de las gentes, cuyo eje lo constituye el Cristo resucitado y salvador.

Luego le llega tamizada por la figura del Seráfico Padre San Francisco, espíritu humilde y contemplativo; pobre y mendicante; hermano de los hombres y de la creación; espíritu limpio, iluminado, transparente...

Más adelante, de la orden capuchina recibe su honda espiritualidad, hecha de humildad y ascetismo; de espíritu mitad peregrinante, mitad misionero, amplia en devociones y de pastoral sencilla y popular. ¡Ah!, y de un gran amor a la Madre del Buen Pastor, la Divina Pastora. ¡Cuán rica de elementos contemplativos, enriquecedores de una vida minorítica, pobre y fraternal!

A través de este hilo conductor la espiritualidad de Luis Amigó, el padre amoroso de los pobres y gran apóstol de la juventud extraviada, se concreta en dichas tres constantes: evangélica, franciscana y mariana.

En torno a dichas tres constantes el Venerable Luis Amigó ha ido orientando y concretando toda una amplia gama de otras muchas virtudes, las que en su conjunto constituyen el cañamazo que entrama su amable silueta espiritual. Silueta que va adornando con tintes de mansedumbre y ecuanimidad. Con matices de serenidad y de prudencia. Y con tonos de sencillez y suavidad, de humildad y de piedad.

Y junto a todas estas virtudes -de escaso relieve externo, es verdad, pero sí de una gran exigencia interior- cultiva un espíritu fuerte y paciente, abnegado, obediente y pobre. Se ve, además, adornado de un gran amor a las parábolas de la misericordia, al sacerdocio ministerial, dentro de un estilo providencialista, fino y misionero, hospitalario y dotado de una no común afabilidad y finura exquisitas. Y con un gracejo no exento de ese matiz alegre, y aún a veces orondo, del franciscano más popular.

Esta es la silueta espiritual del Venerable Luis Amigó. Sencilla, natural, como hecha a plumilla. Esta su fisonomía que coenvuelve, como en un amplio aire de familia, todo su pensar y su obrar, toda su oración y toda su misión. Esta, la fisonomía de religioso, fundador y obispo. Esta, la fisonomía espiritual de quien pasará a la historia como religioso ecuánime, obispo piadoso y apóstol amoroso de la juventud extraviada.

19. ÚLTIMOS DÍAS DE MONS. AMIGÓ

El último tramo de la vida, sin duda alguna, es el tramo del ocaso en que se avistan ya las amables riberas de la eternidad. Es el tramo final que, como corredores de fondo, hemos de recorrer en solitario. El ritmo de la vida se vuelve lento y pausado. El mismo espíritu se manifiesta apacible y reposado. Es generalmente el tiempo de las últimas voluntades.

También Mons. Luis Amigó, por imperativo legal del guión, la última etapa de esta su pobre vida la ha de recorrer solo. En solitario. Con la ineludible soledad del buen corredor de fondo. Cierto que no es la etapa de su existencia de la que mejores recuerdos conserva, pero sí la más sentimental. Que el último recodo del camino de la vida, en cierto modo, constituye un retorno a esa primera etapa de la existencia, a la etapa inicial. ¿Acaso la salvación no es también un poco la recuperación del primer paraíso perdido?

Para 1925 han fallecido ya todos sus hermanos. El 17 de enero de 1921 fallece Julio. Y el 5 de enero de 1923 se va, así sin más ni más, su hermana Emilia. Y dos días después acompaña también hasta su última morada a su cuñado Salvador. Tan sólo le queda su hermana Rosita. ¡Tan ocupada, la pobre, por sacar adelante sus ocho hijos! Lo cierto es que Luis Amigó se apresura a manifestar su última voluntad, por lo que pudiera suceder.

El 23 de abril de 1925 se encuentra en Valencia. En casa de su hermana Rosa. El día amanece claro y azul. Se viste del azul más azul del mundo. Verdaderamente primaveral. Dice misa en la Basílica de la Virgen, a cuya parte de atrás tiene la casa su hermana. Reza de san Jorge, como se hace entonces. Y a eso de media mañana, en compañía de su cuñado Basilio Boada, de Carlos y Salvador Llana, y de don Lorenzo Tomás y Lucas, bajan los cuatro a la calle de la Leña. Cruzan la recoleta plazuela de la Almoina. Y se dirigen todos ellos derechos a la casa número uno de la calle de Palau. Tiene allí su bufete el abogado don Salvador Redón. Ya les está esperando. Y ante él otorga testamento, o lo que es lo mismo, estampa su última voluntad.

Al padre Javier María de Valencia, a la sazón superior general de sus hijos, deja el reloj de oro que lleva grabados sus retratos, y que le regaló la familia Jorba de Manresa. A su sobrino José María, el reloj de su despacho con cuerda para un año. Al hijo mayor de su sobrino, el cuadro de metal blanco con su retrato. A su cuñado Basilio el pectoral de oro. Y a su otro sobrino, don Salvador Escorihuela, un servicio completo de café... A cada cual deja un pequeño recuerdo sentimental. Que Mons. Luis Amigó ha observado siempre la estricta pobreza capuchina.

Al año siguiente el Venerable Luis Amigó ya barrunta la muerte. Y por mayo, cuando hace la calor, dirige a sus hijas e hijos espirituales una carta circular. Se la ha llamado, no sin razón, su carta-testamento. Y, ciertamente, lo es. En ella les escribe, entre otros avisos y consejos de padre amoroso:

“Tened gran estima, queridos hijos e hijas, de vuestra Madre la Congregación”.

“Debéis ser apoyo y sostén unos de otros”...

“Debéis procurar también haya entre vosotros una íntima unión”...

“Que os améis los unos a los otros, como tan insistentemente lo encargaba san Juan a sus discípulos”.

“Sed fieles observantes de vuestras Reglas y Constituciones”....

“Que os mostréis siempre muy agradecidos a la singular merced que el Señor os hizo trayéndoos al puerto de la Religión”.

Dicen que en la carta-testamento se olvida de inculcar a sus hijos una tierna devoción a la Madre de los Dolores. Y es la pura verdad. Que no siempre la memoria es fiel, y los sentimientos frecuentemente se olvidan en el tintero. Que por falta de amor a su tierna y buena Madre ciertamente que no es. Por cierto que, apenas concluidos ambos testamentos, le visita la enfermedad. Es ya un requiebro a la soledad.

A propósito, ¿no habéis leído *Requiem por un campesino español*? ¿No? Pues mirad, cuando Paco el del Molino, al volver con el sacerdote de administrar la extremaunción a un enfermo, le pregunta:

“¿Por qué no va nadie a verlo, Mosén Millán?”

Este le responde:

“¿Qué importa eso, Paco? El que se muere, rico o pobre, siempre está solo aunque vayan los demás a verlo. La vida es así y Dios que la ha hecho sabe por qué”.

La tarde del 6 de septiembre de 1926 Luis Amigó se siente morir. Un fuerte ataque de uremia le conduce al borde de la muerte. Se hace trasladar a Masamagrell. Quiere despedir a sus hijas Terciarias Capuchinas que vuelven a Colombia. Y allí le da. Don Romualdo Amigó, su familiar, dispone rápidamente que el Señor Obispo vuelva a palacio, a Segorbe. No puede permitir él que su obispo muera fuera de la diócesis. Se le administran, pues, los últimos sacramentos -que por la bondad de Dios no son tan últimos-, y la extremaunción, la que tampoco es tan extrema como en principio se presagia, al administrársela, gracias a Dios.

¡Ah!, don Alfredo Lorente, médico de la familia episcopal, constantemente está a la vera de su lecho en momentos tan difíciles. Y sus hijos, y sus hijas, y el Señor Vicario Episcopal también... Todos. Lo cierto es que, a pesar de tan numerosa y amable compañía, él se siente que está encarando ya el último recodo de la vida. Y que lo hace con la soledad del corredor de fondo. Dicen que pasó entonces once horas sin conocimiento y que durante un mes conti-

nuado se debatió entre la vida y la muerte. No lo sabemos. Pero... ¡entonces comprenden los circunstancias que *el que muere, rico o pobre, siempre está sólo aunque vayan los demás a verlo!*, como decía Mosén Millán a Paco, el del Molino.

Lo cierto es que también en esta ocasión tiene el Señor compasión de su persona. ¡Gracias sean dadas por todo al Señor! Y que la prórroga de su vida, como él dice, sea para emplearla mejor en su servicio.

A mediados de octubre el tiempo comienza a mejorar. Y también su delicada salud. Todavía puede gozar de un otoño, seco y soleado, como lo suelen ser los otoños en la ciudad ducal de Segorbe. Pero don Rafael Muñoz, su confesor, se hace presente en palacio con mayor frecuencia de la que suele ser habitual en él. Esto le da a entender que no está bien. ¡Cómo va a estar bien si ha bordeado ya los 70! ¡No puede estar bien! Uno de esos días, luego de un largo preámbulo, como es normal cuando se desea introducir un discurso serio, le insinúa que escriba sus memorias. Esta invitación le confirma aún más en su presentimiento y en sus convicciones. Así es que de 1926 a 1929 se va aligerando de algunas cotidianas ocupaciones. Y se dedica a escribir *Apuntes sobre mi vida*,

como se ha dicho. Es el postrer servicio que él puede prestar a sus hijas e hijos espirituales. Es su autobiografía. La gente importante escribe sus *Memorias*. Un humilde capuchino, *Apuntes sobre mi vida*. Que también en esto hay clases, según parece.

El invierno de aquel año, y de los sucesivos, lo pasa asegurando que se encuentra bien. Pero constantemente lo viene a desmentir su persistente catarro crónico. Este manifiesta que no se encuentra tan bien. Pero todavía llega a la primavera del año siguiente, y del siguiente, y del otro..., y de otros más. Y en los días soleados de la primavera, cuando las lomas se pueblan de yuntas de labranza, don Alfredo el médico, con su mujer y sus niños, acuden a palacio. E intentan hacerle más llevaderos sus dolores y sus días.

¡Ah!, doña Pilar Lorente, hija del médico don Alfredo, recuerda que en, una de esas visitas vespertinas, a su hermanito Alfredo, niño de cuatro o cinco años, no se le ocurre otra cosa que abalanzarse al estanque de palacio con el intento de coger los peces de colores que en el mismo cuida el bueno de fray Serafín María de Ayelo, su familiar.

Que sí; que no. Intervienen todos. Lo cierto es que con dificultad se le puede arrancar al niño del gozo con que chapotea en el estanque en busca de pececillos de colores. Y dicen que cuando el niño está embelesado en lo más recio de la contienda, y fray Serafín de Ayelo azorado en un intento supremo por sacar al niño del agua, aparece Mons. Luis Amigó en lo alto de la escalera de piedra que conduce a sus habitaciones, acompañado del padre del niño, el doctor don Alfredo Lorente.

También dicen que Luis Amigó profetizó taxativamente:

“Alfredo, tú eres un futuro alumno de Santa Rita”.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que el niño se hace muchacho. Y el muchacho, joven. Y el joven comienza a entrar en conflicto con los libros, y con sus padres, cosa harto frecuente en la juventud. Y él mismo con el tiempo pide su ingreso en la Escuela de Reforma de Santa Rita, en Madrid. Se le interna. Y allí comienza a sentar cabeza, según dicen luego sus propios padres y educadores.

En la Escuela de Reforma de Santa Rita está hasta poco antes de la guerra civil. Y el joven muere en la contienda, según parece, porque...

la vida es así y Dios que la ha hecho sabe por qué, según decía Mosén Millán. ¿Casualidad? ¿Providencia Divina? No lo sabemos. Dios lo sabe. Lo cierto es que de hechos como éstos se le viene a atribuir a Luis Amigó don de profecía el que él -la verdad- seguramente nunca tuvo conciencia de poseer. ¡Sea todo por el amor de Dios!

¡Ah!, en estos últimos años de la vida también le suele visitar don Baltasar Rull y señora, con los niños. Y quiere recordar don Baltasar que a sus hijos, Ramón y María Vicenta, les confirma el Venerable Luis Amigó en la capilla de palacio.

Desempeña entonces don Baltasar el cargo de Juez de Instrucción y Primera Instancia. Y con el tiempo, el de Magistrado del Supremo. Es un hombre fino y elegante, pero sencillo. Nunca se le pegó la adusta severidad de la toga de la justicia. Ni siquiera luego cuando es nombrado Alcalde de Valencia y dedica al Venerable Luis Amigó una bella plaza en el cogollo de la ciudad. Lo cierto es que con relativa frecuencia departe con él sobre leyes y tribunales de menores. Y, especialmente, sobre la forma de hacer más llevadera la estancia de los jóvenes en los correccionales de menores.

Él aprecia los problemas desde el punto de vista de la ley. Mons. Luis Amigó, en cambio, los considera desde la perspectiva de la piedad y la misericordia. Lo cierto es que ambos se entienden bastante bien. ¿Acaso la justicia no es la antesala de la misericordia?, ¿Y la piedad no es justicia administrada con entrañas paternales? Vamos, digo yo.

Sabido es que la vejez mitiga la vehemencia juvenil, y que el esfuerzo constante y sostenido no suele ser patrimonio de los ancianos. Y menos aún luego de una larga y penosa enfermedad, como le sucede al entonces Obispo de Segorbe. Por eso sus hijos e hijas, y sus familiares, se esfuerzan por distraerle.

- Padre, ¿por qué no se va al Santuario de la Cueva Santa? ¿O al Santuario de Montiel? Unos días de descanso le harán bien. Mire, don Rosendo Roig le invita a pasar unos días en su casa de campo en Ador. ¿Por qué no va a pasar con su familia algunos días de vacaciones?, le sentarán bien, le dicen.

- La familia Valero-Valenciano también tiene interés en tenerle con ellos en la Puebla de Valverde, camino de la Ciudad de los Amantes. El clima fresco y seco de Teruel ayudará su quebrantada salud. Y así sucesivamente. Lo cierto

es que él siempre profesó, como sabemos, una especial predilección por el silencio cartujano y por ambientes marianos y franciscanos. Y los suyos lo saben muy bien. Por esto acude en los últimos años frecuentemente al Santuario de la Cueva Santa, en Altura (Castellón) y al Santuario de Nuestra Señora de Montiel, en Benaguacil (Valencia), a Ador, y Puebla de Valverde, y Onteniente, a tomar las aguas...

Lo cierto que a estas alturas todos rivalizan en atenciones hacia su persona, lo que le hace preludiar un pronto final. Por esta razón se apresta por entonces a prepararse el ataúd, que tiene guardado en una habitación contigua. Cada día, luego de completas, le da un vistazo antes de retirarse a sus habitaciones.

Uno de esos días le visita el capuchino padre Mateo de Valencia. Siempre fue para él muy grata la visita de sus hermanos capuchinos. Y cuando le visitan él siente un gozo especial. Subiendo las recomidas escaleras de palacio, le dice al padre Mateo:

- Ven y verás qué maleta más bonita que me estoy haciendo.

- ¿A tu edad y todavía preparas viajes?, le pregunta asombrado el padre.

- Sí, sí. Ven y verás. Ven y verás, le responde.

Y le enseña una pequeña habitación donde le muestra el ataúd en madera de palo de hierro, traído de Fernando Poo, y obsequio de su amigo de Benaguacil, empresario en maderas finas, don Cayetano Roca. Y todavía tiene humor para decirle:

- "Mire, padre Mateo, mire qué bien me lo estoy acolchando para no pasar frío".

Y le enseña la capita de corcho que le acababa de traer el carpintero, señor Germán Roig. Entre los capuchinos, que cada día meditan la pasión y muerte del Señor, prepararse la morada definitiva con una cierta antelación resultaba, al menos entonces, bastante natural obviamente.

Los días se van sucediendo con la lentitud con que lo suelen hacer en la edad proveya. Tal vez el no poder apreciar los días jalonados de hechos concretos, como ocurre en la juventud, les suele dar un perfil de interminables. Lo cierto es que llega el año 1929. El día de san Juan de dicho año fallece su hermana Rosita. Y llega el 1930. Y asimismo el año 1931. Y con él llega también la II República. Dicen entonces que los tiempos no son buenos. Y es la pura verdad. El ambiente se va cubriendo por

momentos de un color bobo y plumizo. Como lo es siempre el polvo de ladrillo. No hay ya ganas de nada. Es un ambiente generalizado de desilusión.

El verano y el otoño de aquel año son extremamente secos. Como seco se presenta el ambiente de la convivencia nacional. Que Dios -dicen- no llueve sobre cosa que no es suya. El Venerable Luis Amigó se apresura a escribir a sus hijas: *Cuanto más perseguidos, más se en-fervorizan los católicos, y no dudo que hay pasta de mártires, si a tanto llegase la persecución.*

¿También es ésta una profecía? Yo más bien me inclino a pensar que es una premonición, fácilmente deducible del ambiente nacional de entonces.

En 1932 don Marcelino Olaechea, visitador apostólico, hace la visita ordenada por Roma al Seminario de Segorbe. Con profesores y seminaristas convive la tercera semana de enero. Hasta el ambiente exterior es frío. Mucho más lo es el clima político. Pero llega la primavera, en que despierta toda vida, y también Mons. Luis Amigó quiere visitar a sus hijos por última vez. Luego serán ellos quienes le visiten a él. Les visita en Teruel, Amurrio y Pamplona... y

se acerca hasta el pueblecillo navarro de Arizala, en las cercanías de la Serranía de Urbasa. Quiere agradecer personalmente a su párroco, don Anacleto Osés, las muchas vocaciones que, por su mediación, han venido a engrosar el número de sus hijas e hijos espirituales.

Pero al año siguiente, el 1934, como escribimos ya con anterioridad, cuando llegan los días del otoño, en la época de las lluvias tardías, parte senderillo arriba. Hacia las hermosas regiones de la Patria Nueva. Hacia la gran patria de los bienaventurados.

Es el momento más gozoso de su vida. Es el retorno a la casa de su Señor, porque... *la vida es así y Dios que la ha hecho sabe por qué*. Ya lo decía el bueno de Mosén Millán.

¡Sea todo por el amor de Dios!

20. OCASO DEL PATRIARCA

¡Cómo pasa el tiempo!

Me pasa y me repasa, como escribe el clásico. Parece que fue ayer cuando yo daba comienzo a la presente biografía del Venerable Luis Amigó, mi Padre y Fundador, y estoy llegando ya a la última curva del camino. Avisto ya los umbrales de la última puerta. Me vienen ganas de invitarle amablemente a pasar. Me provoca invitarle a cruzar la cancela, senderillo arriba camino de la Nueva Jerusalén. Me inclino levemente en una actitud humilde de cederle el paso. Pero, no puede ser. Me doy cuenta de que no puede ser. Claro que no puede pasar. Ni yo tampoco, evidentemente. Si bien mi espíritu no se resigna a abandonarlo. Me parece escucharle en esa actitud suya, tan paulina, que dice: “No sé qué elegir, pues por un lado deseo morir para estar con Cristo, que para mí es con mucho lo mejor; pero por otro quisiera permanecer en la carne, que es más necesario para vosotros”.

De todas las maneras me da la impresión de que tampoco en vida se hubiera aprestado a pasar. Que no hubiera querido pasar. Que tampoco los santos, por más que se diga, desean pasar. ¡Qué se le va a hacer! Por lo demás me apresuro a escribir:

¡Ah!, no, no, no. Eso sí que no, me repito interiormente. Que también él puede pasar. Claro que puede pasar. ¡Faltaría más! Si Unamuno mata a sus héroes novelescos cuando le parece y apetece, ¿por qué no voy a prolongar yo su vida en el tiempo cuanto desee y quiera, tanto más cuanto que él ha sido, es, un ente real? ¿Acaso su espíritu no se refleja en sus hijas e hijos espirituales? Más aún. Después de tan largo camino como me ha hecho hacer a lo largo de esta su biografía, ¿no me va a acompañar hasta el punto final o, al menos, hasta la contraportada de su biografía?

Por otra parte, en el orden de la fe, la muerte física no es sino un accidente en el camino de la vida. Que yo ya veo a Luis Amigó sufriendo con las angustias y dolores de sus hijas e hijos espirituales, y gozando también de sus triunfos y logros en los espacios infinitos. Y me repito insistentemente a mí mismo:

¡Ah!, no, no, no. Quedarse en el camino de ninguna manera. Nunca lo voy a permitir. “Que

hemos de hablar aún de muchas cosas, compañero del alma, compañero”, como dice el clásico Miguel Hernández. De todos modos me parece escucharle, queda, pausadamente:

No insistas más, que hasta aquí llega mi vida y acompañamiento, y no más allá, ¿vale? Aparte de que me queda una duda, una gran duda: “En tus incursiones y escauceos por mi vida terrenal no estoy muy seguro de si has dicho tú lo que yo quería o si, más bien, tal vez me has cortado un trajecito demasiado elegante para este fraile menor. De todos modos, lo dicho, dicho está. ¡Qué le vamos a hacer!

¡Sea todo por el amor de Dios!”

Y, por más que insisto a mi buen Padre Luis, él parece negarse en redondo a continuar el camino. Se niega a narrar conmigo sus últimos instantes terrenales. Y hasta susurra a mi espíritu un argumento irrefutable, apodíctico. “Mira -creo escucharle-, lo que no puede ser, no puede ser. Y, además, es imposible”. Que ya lo dijo aquel gran genio en el Arte de Cúchares, que fue El Gallo. O quien fuera, vamos.

Ante tan rotunda argumentación renuncio, pues, a insistir más. Honradamente no juzgo oportuno insistir más. Además porque, ¿qué hijo bien nacido no hace lo indecible por dar

cumplimiento a la última voluntad de su buen padre fundador? Y, a fe mía, que ésta sí es en verdad su última voluntad.

Con harto sentimiento, pues, de mi espíritu y de mi alma yo no tengo más remedio que acceder. Y bien que lo siento. Pues me hubiera gustado que mi buen Padre Luis nos hubiera narrado él personalmente, cual otro Moisés, los últimos instantes de su ingreso en la tierra prometida. ¡Qué a gusto hubiera escuchado yo su relato! Que, seguramente, no hay mirada tan penetrante y tan limpia como la de un santo para calibrar los hechos a la luz de la trascendencia. Y posiblemente de mirada tan humana tampoco. Ya lo decía también Unamuno: “La santidad, que es lo más divino en el hombre, es también lo más humano en él; la santidad es el supremo triunfo de la Humanidad en el espíritu humano”.

Así es que a mí tan sólo me resta ya el ingrato cometido de relatar sus últimos momentos terrenales. Y, cual otro desmañado sustituto de *Maese Pérez el organista*, de la conocida leyenda de Bécquer, yo estoy dispuesto a poner mis manos sobre el teclado. Pero no, no me acobarda la obra, que pasó a relatar como *El Ocaso del Patriarca*, y en versión poética. Yo, por mi parte, y ahora ya solo, ¡ay pecador de mí!, tra-

taré de llenar mi cometido lo menos desmañadamente que yo sepa y pueda.

Comenzaré por decir que yo me resisto a creer que “Dios, cuando no sabe qué hacer de nosotros, nos mata”, como replica Unamuno en *Niebla* a su personaje Augusto Pérez. Yo no puedo creerlo. No. Sería demasiado absurdo. Y hasta demasiado cruel. Más bien me inclino a pensar que el hombre madura poco a poco, lentamente. Que sazona a golpes de sacrificio. Que se va esponjando su vida bajo la mirada atenta y bondadosa de la Providencia Divina, el calor de la gracia y la inmensa piedad de Dios. Y que finaliza su itinerario cuando, totalmente maduro, Dios Padre en el momento oportuno lo invita a pasar a su gloria.

En el otoño de 1934 Mons. Luis Amigó se halla ya en sazón. Nada más puede ya dar de sí. Es lámpara que se extingue lenta, imperceptible, plácidamente.

A mediados de agosto se traslada a Masamagrell. Todavía abriga la secreta esperanza de recuperarse en la casa de sus religiosas terciarias capuchinas. Y el 6 de septiembre aún se llega a Valencia la Mayor. Va a casar, en la Virgen, a su sobrino Luis Boada. Pero, a su retorno, débil ya y enfermo como está, se queda en Godella. En la casa noviciado de sus hijos terciarios. Nunca

más llegará a Segorbe. Nunca ya. Lo había vaticinado al partir.

A estas alturas ha perdido ya casi totalmente la vista. Tanto que únicamente dice la misa de *Sancta María in Sábado*, que se sabe de memoria. Poco a poco se le van debilitando también sus nexos con el mundo exterior. Como en un intento supremo por desasirse del mundo corpóreo. Como en un intento supremo por sumarse ya a los alleluyas gozosos del *Sábado Eterno*.

En días sucesivos se recupera algo. Pero sus pies se niegan ya a andar más. ¡Pies desnudos, peregrinantes, misioneros! Pies que tanto camino hicieron; en la Huerta y en la Montaña; en Bayona, en Santander, en Valencia y en Solsona; en Antequera, en Torrente, en Segorbe, en Orihuela,... pies azulosos y redondos, pies... ¡que ya no caminarán más!

El 14 de septiembre, día en que ya entonces la iglesia celebra la Exaltación de la Santa Cruz, le visita Mons. Javier Lauzurica. Conversa con él como con un hermano. Sin prisas, lentamente. *La santidad y la sabiduría se abrazan*. Y conversa con la serenidad de quien está presto a partir. *Ligero de equipaje, casi desnudo, como los hijos de la mar*.

- “Pronto, -le dice Mons. Luis Amigó al Obispo Auxiliar de Valencia- muy pronto acabará todo y podré ir al cielo”.

- “Oh, no, no -le responde con viveza Mons. Javier Lauzurica-. Que aún les es necesario a sus hijos”.

- “Si aún soy necesario, responde Mons. Luis Amigó, no rehúso el trabajo”. Y dice esto despaciosamente, como recreándose, mientras eleva su mirada hacia un cielo azul que intuye mucho más que ve.

El 24 de septiembre el Venerable Luis Amigó se va acabando. Lentamente, pero se va acabando. De nuevo le visita Mons. Javier Lauzurica. Aquella mañana el claustro de la casa noviciado se ilumina de una luz nueva, indefectible, pascual. Y lo mismo el corredor grande de levante. Es el Señor quien viene a visitar a su siervo. Y es la despedida. El momento en que Luis Amigó, de rodillas, pide perdón a los circunstantes es tierno y emocionante. Tan tierno y emocionante como la mirada pura de un adolescente travieso.

Mons. Lauzurica le prodiga palabras de consuelo y fortaleza, luego de administrarle el Santo Viático. Sus espíritus parecen negarse al desgarrar de la partida. Son momentos cálidos

de lucidez infinita y de sinceridad suprema. El venerable enfermo le coge las manos y se las deja. Y se las vuelve a tomar de nuevo una y muchas veces. Y se las torna a besar diciendo:

- “Señor obispo, yo no soy más que un pobre pecador”.

- “Usted es -le responde Mons. Lauzurica- lo que Dios sabe y nosotros también”.

Y vivamente emocionado se retira diciendo:

- “Es un santo. Es un santo”.

El 29 de septiembre, a mediodía, aún tiene un momento de especial lucidez. El padre Laureano María de Burriana se le acerca para decirle:

- “Sus hijos de Colombia, y también de Italia, le acompañan con sus oraciones. ¡Ah!, también le escriben sus religiosas de China”.

El Padre, al sentir Italia, Colombia y China, saca las manos para aplaudir. Es feliz, muy feliz, por el progreso de la Obra. Pero, al declinar el día, empeora aún más. Se le acerca ya el momento supremo del *todo está cumplido*. Del paso de la espera y esperanza al gozo de la visión beatífica. La tarde levantina se vuelve de repente cenicienta y fea. El tiempo, desapacible y frío.

Al atardecer del 30 de septiembre unas golondrinas tempraneras, negritas y vivarachas ellas, se posan en los hilos del teléfono. Entre el palón del naranjal grande y la esquinita de su habitación. Emigran hacia las tierras cálidas del sur. Es el anuncio y la llegada de los primeros fríos. Es el vaticinio y presagio de la obligada partida.

Antes de la media noche Mons. Luis Amigó entra en agonía. Lo velan sus religiosos y religiosas. La hora de las doce a la una es la más larga e interminable de todas. Luego su ritmo vital se hace lento y pausado. Y, al límite de la una y cuarto, el tiempo termina por parar su rueda. Sus hijas e hijos, circunstanciales, se visten de noviembre. La noche clara, de silencio. El Venerable Luis de Masamagrell ha muerto. Pero ha muerto con el inmenso gozo de saber que su obra, la obra de su Señor, va progresando, se va extendiendo.

En aquella hora gloriosa de medianoche sobre el jardín perfumado de rosas se posa el último rruiseñor del otoño. Y en el centro se abre una linda rosa, una rosa roja, del rojo más intenso. Es ya el anuncio del nuevo día y es el amanecer del 1º de octubre de 1934.

Desde entonces, y hasta el día de hoy, siempre ha habido rosas rojas en el jardín de la

casa-noviciado. Y el ruiseñor aquel ya nunca ha dejado de gorjear entre la fronda de la enramada. En esa primera hora del día su espíritu seráfico vuela a un cielo de azules puros y de ángeles benditos. Desde entonces, y ya siempre, en los claustros de la casa madre aletea el espíritu, blanco y bueno, de su Fundador, el Venerable Luis Amigó.

Aquel día, y los sucesivos, son de dolor para los nobles hijos de la Huerta. Y el día 4, día del Seráfico Padre San Francisco, se tiene en Masamagrell la misa de funeral. Es una liturgia religiosa y sencilla como lo ha sido la vida toda del finado. Se inicia a las diez en punto de la mañana. Y antes del mediodía se procede a la sepultura. Los hijos del pueblo se disputan las últimas flores. Sus restos mortales son colocados en el trasagario de la iglesia de sus hijas terciarias capuchinas. Junto al altarcito de la Madre. Y a su lado izquierdo. Allí sus cenizas reposan, solas, silenciosas, esperando el día de la resurrección.

Pero al caer de la tarde de aquel mismo día, se ve entrar en el templo a tres viejecitas, enjutas, vestidas de luto. Una de ellas es Ana María, la señora de su sobrino José María Amigó; la otra, Amparo Guzmán, segundogénita de su amigo José; y la tercera, una religiosa terciaria

capuchina Y las tres colocan junto a la tumba, *no una rosa negra, otra roja y otra blanca*, como díz que colocan sobre la tumba fría de Martín Zalacaín una mañana de invierno tres damas, sino un búcaro lleno de rosas blancas y unas pocas siemprevivas. Y desde entonces, junto a la tumba, siempre se encuentra de hinojos algún devoto, algún hijo del pueblo. Desde entonces su sepulcro es lugar de peregrinación. Y desde entonces, y ya siempre, sobre la tumba del Venerable Luis Amigó, hay un búcaro rebo-sante de rosas blancas, frescas, fragantes.

Por su parte sus hijas, las religiosas terciarias capuchinas, tienen buen cuidado de que junto a la sepultura del Padre nunca falte la lámpara encendida. Y siempre también, en el precioso matroneo de la iglesia de la Sagrada Familia, se encuentra alguna que otra viejecita, avellanada y rezadora, que desgrana las cuentas del rosario o bisbisea el septenario, por la pronta beatificación de su buen Padre y Fundador.

Sí, allí espera Mons. Luis Amigó, bajo el calor de la plegaria de sus devotos, la resurrección. Allí espera este hijo de la huerta, sencillo, pobrísimo, amantísimo, *que entregó su vida por sus ovejas*. Allí espera la resurrección «el amable obispo de la barba blanca», “el padre amo-

roso de los pobres” y “el gran apóstol de la juventud extraviada”.

Perdóneseme el que haya descrito los últimos días de mi buen Padre Fundador con tonos amables y tintes poéticos. Pero es que durante 20 capitulitos he tenido siempre su figura ante mi vista con el noble intento de comprenderlo, primero, y de comunicarlo, después. Mi buen Padre tal vez, desde un cielo de azules inmortales de que goza, ha querido iluminarme, hacerme su figura asequible. Mi persona ha trabajado por hacer más comprensible el dato concreto, sus hechos, su espíritu y su pensamiento. Un pensamiento evangélico, sumamente franciscano y mariano, y siempre profundamente religioso y humano.

Es verdad que he delineado su biografía con expresiones tal vez demasiado modernas. He intentado hacer amable la figura del Venerable Luis Amigó, como amable aparece en sus sencillos *Apuntes sobre mi vida*. Por lo demás perdóneseme este atrevimiento en aras de presentar un Luis Amigó más cercano y más nuestro. Que el atrevimiento por amor -¡vamos, al menos eso creo yo!- es más fácilmente perdonable que no censurable.

Y hasta aquí he llegado. Que si ya falleció mi señor -¡qué buen caballero era!- no es justo

que le sobreviva su lacayo. Así es que renuncio a probar más la paciencia de mis lectores. Tanto más cuanto que se ha de escribir para gozo, deleite y solaz del espíritu, y no para tormento de las mentes. Con su permiso, pues, pongo punto y final al relato y a la presente biografía, y hago mutis por el foro.

Y...¡Sea todo por el amor de Dios!, como diría mi buen Padre Fundador Luis Amigó.

También me han asegurado que el Señor Obispo era muy querido en Segorbe. Y que lo era, pues... por eso, porque, al decir de Baltasara y Melquiades, era un santo. Y, según doña Mercedes, porque tenía unción. En sentir de Rosita, porque era la humildad de rodillas. Para Edesio, el leñador, porque era bueno. Y para Juan, el mulero, y para Salus, el de la María, porque habían comido a su mesa en algunas ocasiones importantes. Y para todos porque era prudente y humano, modesto y sencillo, pobre y hospitalario.

Por eso las gentes humildes, las que hablan con el corazón en la mano, se deshacen en elogios hacia el amable “obispo de la barba blanca”. Elogios que he podido recoger personalmente de sus propios labios. Elogios que me han llegado así, vivos, palpitantes, hasta el día de hoy.